

Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores



XI Edición (2017)

JESÚS ALFREDO DELGADO GONZÁLEZ

JAVIER DOMÍNGUEZ

RAFAEL ALIZO

XENIA GUERRA

FRANCISCO REYNALDO CAMPS SINZA

GUSMAR CARLEIX SOSA CRESPO

XII Edición (2018)

MARÍA PAULA RUSSA PÉREZ

MIGUEL EDUARDO GAMBOA RODRÍGUEZ

DANIEL FERMÍN MILLÁN

HEBERTO JOSÉ BORJAS

JUAN M. ROMERO Á.

ANDER HARUN DE TEJADA

RAFAEL URDANETA

Premio de Cuento
Policlínica
Metropolitana
para Jóvenes Autores

© 2017 Policlínica Metropolitana, C. A.

© 2017 Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores

POLICLÍNICA METROPOLITANA C. A.

JUNTA DIRECTIVA 2019-2021

Presidente	Dr. Jimmy Levy A.
Vicepresidente	Dr. Pedro Rivas V.
Secretario	Dr. Miguel Fernández R.
1.º Vocal	Dr. David Gentili G.
2.º Vocal	Dr. Nerio Leal L.
3.º Vocal	Dra. Mariángela Mata E.

SOCIEDAD MÉDICA POLICLÍNICA METROPOLITANA

JUNTA DIRECTIVA 2019-2021

Presidente	Dr. Guillermo Cabrera U.
Vicepresidente	Dr. Franzo Marruffo C.
Secretaria	Dra. Francis Sánchez O.
Tesorero	Dr. José Van Der Biest R.
1.º Vocal	Dr. Gerardo Gonzalo L.
2.º Vocal	Dr. Leonardo Moschini P.
3.º Vocal	Dr. Enrique Porta Ch.

Coordinación editorial

Samir Kabbabe

Héctor Torres

Producción editorial

Alfa Digital

www.alfadigital.es

Corrección

Carlos González Nieto

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Impresión digital

Podiprint

ISBN: 978-84-121450-6-9

Impreso en España

Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores

XI Edición (2017)

JESÚS ALFREDO DELGADO GONZÁLEZ

JAVIER DOMÍNGUEZ

RAFAEL ALIZO

XENIA GUERRA

FRANCISCO REYNALDO CAMPS SINZA

GUSMAR CARLEIX SOSA CRESPO

XII Edición (2018)

MARÍA PAULA RUSSA PÉREZ

MIGUEL EDUARDO GAMBOA RODRÍGUEZ

DANIEL FERMÍN MILLÁN

HEBERTO JOSÉ BORJAS

JUAN MANUEL ROMERO A.

ANDER HARUN DE TEJADA

RAFAEL URDANETA



Índice

Prólogo ~ 7

Héctor Torres

XI Edición (2017)

Veredicto ~ 11

Selfie ~ 13

Jesús Alfredo Delgado González

Ilegales ~ 25

Javier Domínguez

Hazme un favor ~ 41

Rafael Alizo

Condom Fest ~ 63

Xenia Guerra

Fiesta con whisky ~ 69

Francisco Reynaldo Camps Sinza

La sentencia emitida por Diani Álvarez ~ 77

Gusmar Carleix Sosa Crespo

XII Edición (2018)

Veredicto ~ **95**

Diez gotas ~ **97**

María Paula Russa Pérez

El amor que decepcionaría al viejo Tarás Bulba ~ **111**

Miguel Eduardo Gamboa Rodríguez

Chuchú ~ **131**

Daniel Fermín Millán

Papá ~ **139**

Heberto José Borjas

Asuntos respiratorios ~ **171**

Juan Manuel Romero A.

La olla de Camboya ~ **183**

Ander Harun de Tejada

Realismo ~ **193**

Rafael Urdaneta

Prólogo

El cuento es de los géneros literarios con más vigor en Venezuela. Desde *El cuento venezolano*, editado por la Asociación de Escritores de Venezuela en 1934, o la *Antología del cuento moderno venezolano*, compilada por Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón, en 1940, una centena de publicaciones, a lo largo de 80 años, han recogido muestras íntegras o parciales de cuentos producidos por autores venezolanos.

El cuento es un género comprimido que se alimenta del entorno del autor de una forma que ni él mismo puede evitar. Por eso, en sus atmósferas, en la escogencia de sus temas, en sus anécdotas, se asienta el estado anímico de un país en un momento determinado. Y en este caso particular, el estado anímico de sus jóvenes.

Eso se puede apreciar en los cuentos que componen este volumen. Desde el extrarradio hasta las especulaciones científicas, estas historias dan cuenta de vidas que pretenden preservarse en medio de la catástrofe. Historias que hablan de la decadencia de la vida conocida, de la fama efímera, del descreimiento, de la realidad alterna (también efímera) de las redes. Personajes abandonados a su suerte o cuyas vidas naufragan,

sin suerte. Evasión, frivolidad, tragedias familiares. Autoficciones veladas o testimonios urgentes. En estas historias gravita la certeza de lo precaria que es la vida cuando la tierra es una cuerda floja. Y gravita la violencia. Y el miedo. Miedo a ser confundido, a no ser reconocido, a quedarse solo en este mundo, a no ser lo suficientemente bueno, lo suficientemente valioso, lo suficientemente digno de amor.

Jesús Alfredo Delgado González, Javier Domínguez, Rafael Alizo, Xenia Guerra, María Paula Russa, Daniel Fermín Millán, Heberto José Borjas, Juan Manuel Romero, Gusmar Sosa, Rafael Urdaneta, Miguel Eduardo Gamboa, Francisco Reynaldo Camps Sinza y Ander Harun de Tejada son los nombres de los autores que conforman este volumen. Periodistas, escritores, profesores, gente que ya ha asomado incursiones previas en la literatura, o no, pero por sobre todas las cosas una nueva generación de autores venezolanos, cocidos en el fuego de un país devastado. Autores de un país sin las editoriales, ferias de libros y librerías que conocieron sus mayores, pero que no renuncian a una vocación que es más fuerte que el sentido común. Esta generación será conocida como la que comenzó todo otra vez para mantener viva una tradición.

Héctor Torres

XI Edición (2017)

Veredicto

Nosotros, Andrés Boersner, Lucas García París y Eloi Yagüe Jarque, miembros del jurado de la XI Edición del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores, luego de haber leído minuciosamente los 101 cuentos presentados a concurso, hemos decidido:

Otorgar el primer lugar al cuento titulado «Selfie», enviado a concurso S/S, por una diestra construcción psicológica de los personajes y una eficaz evolución de la narración y uso del lenguaje en el desarrollo de un tema de gran actualidad, como lo es el de las redes sociales, así como el universal tema del cuerpo y sus transformaciones.

Otorgar el segundo lugar al texto titulado «Ilegales», presentado bajo el seudónimo R. C. Dick, en el cual se elogia el sólido tratamiento de la ciencia ficción y el viaje en el tiempo, ambientado en nuestro contexto urbano actual. Se trata de una distopía, además de un homenaje a la narrativa de Philip K. Dick.

Otorgar el tercer lugar al cuento titulado «Hazme un favor», presentado a concurso bajo el seudónimo Paul Abati, por ofrecer una historia con un logrado componente emocional, en

la que se cuenta la compleja relación de un joven con un anciano, a partir de una estructura sencilla, pero bien trabajada.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser: Jesús Alfredo Delgado González (primer lugar), Javier Domínguez (segundo lugar) y Rafael Alizo (tercer lugar).

De igual manera, hemos encontrado méritos dignos de destacar en los siguientes cuentos (listados en orden alfabético), a los cuales les otorgamos menciones especiales:

-«Condom fest», de Xenia Guerra

-«Fiesta con whisky», de Francisco Reynaldo Camps Sinza

-«La sentencia emitida por Diani Álvarez», de Gusmar Carleix Sosa Crespo.

En Caracas, a los 29 días del mes de abril de 2017.

Andrés Boersner

Lucas García París

Eloi Yagüe Jarque

Selfie

Jesús Alfredo Delgado González

Sonrí, meto la barriga y aguanto la respiración. Cualquier experto en lenguaje corporal determinaría muy fácilmente que mi sonrisa es falsa; le sería obvia la ausencia de arrugas en la zona ocular; argüiría la falta de elevación de los pliegues labiales. Dependería de su calidad como profesional hallar en mi fisonomía rasgos de dolor. Coloco mi mano izquierda en mi cintura de manera que no se vean mis cauchitos y al mismo tiempo mi talle luzca reducido. Se sorprenderían al ver mis fotos de perfil en todas mis redes sociales: yo, regia, delgada y sin necesidad de Photoshop. Es una habilidad, una disciplina en la que, como en todas las demás, se mejora con el tiempo y la práctica. De cada diez fotos borro nueve. Para mí, es un buen promedio.

No dejo de maravillarme con lo que un buen ángulo y un poco de resistencia respiratoria pueden lograr: 100, 200, 300 *likes* y subiendo. Los necesito, me llenan, suben mi autoestima.

Sin embargo, debo confesarlo, me ha tocado ver la cara de decepción de más de uno de mis seguidores al verme en persona: ojos muy abiertos, índices disimulados,

miradas furtivas, codazos seguidos de risitas entre dientes, medias vueltas anteriores a carcajadas. *Estúpida. Estúpida. No debí decirle cómo estaba vestida* —cabizbaja, jugando con el pitillo y el hielo del vaso sudado, sentada sola en medio del restaurante.

Mi *alter ego*, mi versión mejorada de mí misma, la yo bomba sexy, el producto virtual de mí, lo que seas, como sea que deba llamarte, cómo te extraño en esos momentos.

* * *

Limpio con un paño húmedo los restos de pasta dental del espejo del baño. No quiero repetir la vergüenza ante mis *followers*: fui vilipendiado por ellos por haberme tomado una foto frente al espejo sucio. Raramente, ya lo olvidaron.

Me quito la camisa y me acerco al espejo. Me auto-provoco una erección y coloco mi pene perpendicular a mi cuerpo, sobre mi muslo izquierdo, notándose la forma cilíndrica bajo la elástica tela azul eléctrico de mi pantalón de licra. Me muerdo el labio inferior y estiro el pantalón hacia abajo de modo que mi ingle quede visible al lente. Contraigo deltoides, bíceps y tríceps de mi brazo izquierdo (el que sostiene el pantalón) y toco el botón central de la cámara. Salió movida. Maldita sea. Maldita sea. Había posado perfecto. Nunca hay dos fotos iguales... Ahora, a repetir el mismo proceso. Vuelvo a estimular mi entrepierna con caricias y apretones y repito mi posición frente al espejo. Gimnasio, privaciones, esteroides, dinero: requerimientos para lucir este abdomen de atleta y perfectamente definido. Cero alcohol, cero trasnocho y cero dulces por tres meses. La gente no ve eso, no saben el sacrificio que cuesta: solo les importa el producto final. Más allá

de mi belleza física, no les importa el empeño que puse para lograrla. Pero yo me conformo con su admiración.

La presión sanguínea comienza a mermar en mi entrepierna. Me apresuro a morderme el labio inferior...

* * *

Junto mis brazos para hacer sobresalir mis tetas. De entre los cientos de seguidores que *likean* mis fotos aún no encuentro ninguno dispuesto a pagarme la mamoplastia. Supongo que se deberá, en parte, a mi negativa a aceptar sus citas: sé que la no coherencia de mi apariencia virtual con la real cambiaría su disposición de ánimos para conmigo. Por eso me escondo. Por eso vivo de entre 16 a 20 horas diarias conectada. En la red (cualquiera que sea) soy otra. Publico frases ingeniosas, creo imágenes con sátiras escritas (tipo *Imagechef*); insulto directa o indirectamente, discrimino a multitudinarios tipos de personas, critico libre e impunemente y soy alabada por ello, por mi desenfado, mi atrevimiento; patrones de conducta todos los cuales me son imposibles de aplicar en la vida real. De hecho, soy tímida, insegura, y nunca por nada del mundo entraría en discusión frente a frente con nadie. Ni siquiera me atrevería a levantar la voz en público: el solo pensarlo me pone nerviosa. Y soy esta mentira, esa rudeza falsa, esa ingeniosidad en apariencia, esa maldita belleza apócrifa; un *sex appeal* fingido, inexistente, irreal. Y mis tetas lucen grandes en el lente, y mi nariz perfilada en el incandescente *flash*, y basta un filtro cualquiera para ocultar mis desperfectos faciales: manchas, puntos negros, espinillas, resequedad; y sonrío, sonrío aunque acabo de sentir cómo

se me soltó uno de los broches superiores de la faja, sonrió aunque necesite perentoriamente expulsar el aire de mis pulmones colmados. Y quiero liberar mi barriga, quitar esa mano incrustada como una tabla entre mi cadera y mis costillas. Y andar desnuda, mostrar mi celulitis, dejar mi cuero flácido a merced de la gravedad, y quemar en una hoguera todos estos malditos sostenes *push-ups*. Pero, por ahora, sonrió, cierro los ojos y tiro un beso a la cámara.

* * *

He presentado inconvenientes de índole eréctil en varias oportunidades. Ando siempre de muy mal humor y he notado que mis entradas se están expandiendo incipientemente: pelos en la almohada, en el lavamanos, en el piso de la ducha, en mis manos y en mis hombros. *No me dejes mal. Levántate, levántate. No me dejes mal* —bañado en sudor, encerrado dentro del baño—. Lo del cabello lo soluciono fácilmente: me peino todo hacia un lado y ese es el perfil que escojo para las fotos.

La disfunción eréctil, por otro lado, sí me ha afectado muchísimo más. Vendo, en internet, esta imagen de semental, de animal sexual, de cuerpo tonificado y rostro barbado, tatuajes. Me atormenta el solo hecho de pensar que no seré capaz de responderle adecuadamente a alguna de mis tantas seguidoras, las cuales constantemente se me insinúan y me invitan a salir. Imagino lo que ellas pensarían si tal fuese el caso: «pura bulla», y sacudo la cabeza queriendo deshacerme de esos pensamientos. *Primera vez que me pasa, te lo juro* —apretando los labios—. Pero en mi soledad no. Y por eso presumo de mi potencia frente al espejo. Y cada *like* es un mensaje muy claro.

Tengo para escoger: «muy gorda» (65 kg), «muy fea» (mulata), «muy pobre» (no tiene carro).

La gente se deja llevar muy fácilmente por las apariencias. Estoy seguro de que nadie me creería que soy virgen ni aun si yo mismo se lo confesase. Me juzgan por mi aspecto de «mala conducta», de «bad boy». Que soy un libertino, un mujeriego, todo eso está implícito en mi apariencia. No conciben —y yo tampoco, para ser sincero— que un chamo como yo (alto, adinerado, bello, popular) nunca haya penetrado a una mujer. *Maldita sea. Otra vez no. Párate. Párate* —flácido, bañado en sudor, frente al espejo del baño, con los ojos aguados.

Suelo pensar que desperdicio mi potencial, que hay hombres mucho menos aventajados que yo que tienen un largo historial sexual. Para ellos es tan fácil; al parecer no sienten ningún temor, seguros de sí mismos y de su potencia.

Mi apariencia imponente, mi cuerpo fornido y tatuado, mi barba viril, esas características físicas que atraen a las mujeres a mí, son precisamente las que juegan en mi contra: les crean muy altas expectativas. Ven en mí a un animal, a un actor porno cuya lascivia las dejará sin aliento. Y yo me retraigo. Me intimidan. Pero ahora, en este preciso momento, no. Soy Dios. Soy, bajo la luz del *flash*, lo que siempre he querido ser. Abro los ojos en actitud de sorpresa y saco la lengua.

* * *

Deslizo mi índice derecho sobre la pantalla táctil. Aumento el *zoom*. Dudo por un segundo y borro, borro y borro: «fea», «cara de susto», «espelucada». Nada como tener la libertad de escoger qué fotos irán a la red. No como

en las reuniones (como en la que estoy ahora) y fiestas en las que las fotos se toman con distintos celulares y cámaras y una entonces pierde en gran medida control sobre su propia imagen, y al final termina una saliendo bien desfavorecida, objeto de críticas. Claro que está la opción de borrar clandestinamente las fotos en las que una no salga bien, por supuesto sin que el dueño del dispositivo lo note, pues de lo contrario se pueden perder incluso amistades: a nadie le gusta que borren sus fotos sin su permiso, y mucho menos que las borre alguien bajo la excusa de haber salido mal cuando el dueño del dispositivo cree haber salido bien. Fotos grupales: jauría de hipocresía. Un momento perpetuado para siempre; sonrisas, gestos, muecas, abrazos, señas. Aunque los odie a todos, malditos, aunque me parezcan las personas más estúpidas sobre la faz de la tierra, sonrío y los abrazo, porque debo dejar constancia de mi asistencia hoy aquí, debo lucir mi *outfit*, no puede esta ropa desperdiciarse ni pasar desapercibida. No pueden estos pantalones a la cintura que tan bien recogen mi figura, ni estos tacones hermosos que me suman quince centímetros de altura, ni esta blusa descotada que, con la ayuda de los *push-ups*, realza mi pecho, no dejar constancia, en una foto que irá a todas mis redes sociales y servicios de mensajería instantánea, de su repotencialización de mis atributos físicos. La que tiene la Gopro es una perra que se la pasa tirándome puntas por TV. El chamo cuya mano rodea mi cintura una vez habló paja de mí, diciendo que lo había hecho conmigo solo porque estaba borracho, que bueno y sano ni de vaina, que dos botellas de ron en el cerebro hacen ver bella a cualquiera. El DJ dijo una vez que se lo mamé en el baño en una fiesta, cosa que es falsa. En fin,

estos son mis amigos, con ellos me reúno y junto a ellos sonrío a la cámara.

* * *

«Dios mío», «I'm wordless», «cómo has crecido», «comparte con los pobres», son algunos de los comentarios que reciben mis fotos. Respondo, a veces, con simpatía y modestia, pero solo a quien me interesa responder. Y me siento tan bien, tan querido, tan confiado en esos momentos. Tengo entonces impulsos optimistas que creo me durarán eternamente, me olvido de los problemas y quiero aprovechar la vida al máximo. Me sumerjo en esa realidad alterna en la que soy quien quiero ser. Me digo a mí mismo que a partir de entonces nada tiene que volver a ser como antes: no más estrés, no más impotencia, no más falsedad, no más vanidad, no más onanismo, no más temor, no más inseguridad. Experimento una catarsis fugaz; pienso que todos mis problemas se resolverán por sí solos. Me siento bien, poderoso, omnipotente. *No quiero volver a pensar en ello. Párate. Párate. Otra vez no* —sacudo violentamente la cabeza.

Cuesta mucho mantener esta imagen: gimnasio cinco días a la semana, batidos proteicos, suplementos vitamínicos, mucha carne blanca, ocho horas diarias de sueño, un solo *cheat meal* los domingos, fibra, grasas saludables, edulcorantes artificiales, leche de almendras, arepas a base de masa de avena, cachapas a base de linaza, doce claras de huevo diarias. Muchos vegetales. Y estando en el banco de pecho, en el gimnasio, con 90 libras en cada extremo de la barra cuyo centro oprime mi esternón, hiperventilado, mirando al techo laminado, no es por mí que hago el último esfuerzo, enrojeciéndome y

conteniendo el aire en mis mejillas infladas, no es por mí que levanto las 196 libras hasta llegar al fallo muscular, no es por mí que me siento satisfecho de haber podido completar una serie más que la semana pasada: es por ustedes, *followers*. Porque sé que admirarán mi cuerpo, frente al espejo; el torso desnudo bajo la luz del *flash*. Querrán imitarme, me admirarán. Seré una especie de guía, de *coach* virtual para ustedes. Vivirán al pendiente de mis recomendaciones, de mis rutinas, y yo, al mismo tiempo, viviré para ustedes.

* * *

Sonríó no porque quiero sino porque puedo. Puedo porque le pagué a un odontólogo experto en diseño de sonrisas para que me pusiera estas carillas que tan blancas y simétricas lucen. Dijo que tengo un par de caries y que necesito tratamiento de conducto en el 46, pero yo lo aplacé: eso no es prioridad. Ahora puedo desplegar mis labios de ancho a ancho segura de lucir hermosa. No más medias sonrisas tímidas a boca cerrada. *Gorda, fallaste a la dieta.*

Sonríó, también, porque sé que mis extensiones lucirán espectaculares y la pintura roja de mis labios le dará voluptuosidad a mi boca. *Solo uno. Solo un cuadrito.... Gorda, por eso nunca cambiarás. No tienes fuerza de voluntad* —llorando sentada con los pies cruzados sobre la cama; la boca llena de chocolate derretido.

Todos los lunes de mi vida comienzo indefectiblemente una dieta; todos los martes, la rompo. Entonces me prometo comenzarla de nuevo el próximo lunes.

Nunca he tenido la fuerza de voluntad suficiente para perder un solo kilo; las ansias siempre me ganan, siento la

necesidad de comer, aunque sé que después vendrá la culpa, el arrepentimiento; aunque sé que me castigaré por no haber resistido, cedo a la gula, y como hasta quedar inmóvil, para luego ir frente al espejo y llorar ante mi abdomen grasoso.

Sujeto con ambas manos el exceso de grasa de mi barriga y aprieto en dirección al ombligo. Veo mi celulitis con repulsión. Maldita sea —digo sacudiendo y apretándome la barriga violentamente— maldita gordura.

* * *

Tomo té verde tres veces al día o, en su defecto, café negro sin azúcar: aceleran el metabolismo y además son diuréticos. El único problema es que me hacen orinar demasiadas veces al día como para poder ignorar mi pene y su disfunción.

He pensado en incursionar en la homosexualidad. Me atrevería a decir que les resulto más atractivo a los hombres que a las mujeres, incluso. No lo sé, pero en todo caso no me harían falta pretendientes. Basta ver las listas de *likes* en mis fotos para encontrarse con una gran cantidad de *followers* hombres que son asiduos admiradores de mi belleza.

Sería, entonces, dada mi condición, un homosexual esencialmente pasivo. Mi contribución carnal se limitaría a un buen sexo oral y a dejarme penetrar. He llegado a imaginarme bocabajo, con la ingle levantada y un hombre respirándome en la nuca, y no me ha parecido del todo mal.

Pero entonces mi pareja tendría que ser un gay exclusivamente activo, puesto que de lo contrario su deseo de ser penetrado lo llevaría a serme infiel.

Estoy dispuesto a incursionar en la homosexualidad porque estoy ávido de placer y cansado del onanismo, la

soledad, el dolor, todo lo cual me ha hecho proclive a soportar estoicamente el dolor rectal y el tufo espermático a fin de poder disfrutar del sexo; aunque no sea de la forma ni con la compañía con que originalmente lo había concebido. *¿Qué pasó? Creo que no vamos a poder hacer nada* —bajando la cabeza, avergonzado.

* * *

Ya no hay caballeros. Y no lo digo en la manera en que las mujeres ignorantes suelen convertirse en un incisivo apén-dice más del patriarcado al pretender hacer sentir culpables a los hombres por la renuencia de estos a cederle el puesto a otra mujer en una unidad de transporte público. No. Me refiero, en cambio, a la falta de reserva que hoy en día tienen algunos con respecto a lo que hacen con nosotras, las mujeres.

Sí, me gusta hacer sexo oral. Lo chupo, lo muerdo y me lo trago. No veo cuál es el tabú. Sí, suelo hacérselo en las fiestas a quien me gusta.

Pero, aun siendo así, no entiendo por qué tienen que divulgarlo. Todos a los que se lo he hecho lo han disfrutado. Todos me han oprimido fuertemente contra sus ingles, mordiéndose los labios, con los ojos cerrados, volteados.

No sé si es que se sienten más hombres al difundir lo que hacemos. Yo no me sentiría más mujer por vociferar a los cuatro vientos que a más de uno, justo antes de su eyaculación en mi garganta, le he metido el dedo en el culo, ni que más de uno me ha empujado la mano.

* * *

La próxima vez te prometo que la pasaremos mejor. Nunca hay próxima vez. Porque el miedo a que se repita me lleva a abstenerme de reiterar la cita. Una vez, tengo el beneficio de la duda; dos veces, no.

Esta es mi contextura. Son los genes. Son las pastillas. Mentira. Basta de mentirte a ti misma. Tú eres la culpable.

El temeroso, el impotente, el narcisista, el homosexual potencial: todo lo contrario a lo que soy ahora. Bajo mis pantalones hasta la ingle, cruzo un brazo sobre mi pecho, miro a la cámara y espero que la luz viaje hasta el espejo y se regrese para iluminar mi torso desnudo.

No más inseguridad, no más culpa, no más complejos, no más baja autoestima, no más arrepentimiento, no más ocultamiento, timidez; por ahora, no más... Por ahora: sonrío, meto la barriga y aguanto la respiración. Lloraré al brillar el *flash* y sonar el obturador: volveré a ser quien soy.

Sonrío, contraigo el tríceps y el abdomen. Lloraré al brillar el *flash* y sonar el obturador: volveré a ser quien soy.

Ilegales

Javier Domínguez

Galarza miró de nuevo a la avenida, detalló a los comerciantes informales instalados al borde de la acera. Les observó por tres días y solo le llamó la atención un vendedor de perros calientes que se hacía llamar Sánchez. Llegaba cerca del mediodía a su punto y se quedaba ahí hasta el final de la tarde. Usaba un carrito hecho con láminas de acero inoxidable con compartimientos para cocinar las salchichas, otro para los panes, otro para los vegetales, queso, papitas y debajo la bombona pequeña de gas para alimentar el quemador. Además, le había adaptado una sombrilla, ruedas y una motocicleta, así, al terminar la faena se trasladaba sin muchos inconvenientes por las calles.

Al tercer día decidió pasearse por la acera para mirarlos a todos más de cerca. Escogió la hora más concurrida para diluirse entre la gente. Cuando pasó frente a Sánchez escuchó su voz. Dijo una frase escueta, común, pero reconoció el acento, aunque desgastado por el uso de otro. Creyó reconocer algo familiar en el timbre de su voz, en su forma de arrastrar las palabras. Sánchez se volvió un sospechoso, Galarza debía corroborar si el tipo simpático de los perros calientes era o no un *objetivo*.

Pensó en seguirlo al final de la tarde, pero no quiso correr el riesgo de que lo descubriera, así que esperó al día siguiente. Si Sánchez no regresaba, entonces se habría delatado. Pero volvió al otro día y al siguiente también. Galarza se paseó de nuevo entre los comerciantes y volvió a escucharlo, sus sospechas crecieron. ¿Por qué regresaba al mismo sitio todos los días? Concluyó que Sánchez se había adaptado al entorno, tal vez creía haberse mimetizado. Decidió seguir evaluándolo como a un *objetivo*.

Sánchez saludaba todos los días a sus vecinos de la acera: bromeaba con la gente del carro de las parrillas, con los del puesto vecino que preparaban arepas. Compartía la sombra de un árbol enorme con un vendedor de ropa, el árbol les proporcionaba el cobijo perfecto para trabajar debajo del sol del mediodía. Unos metros más allá se ubicaba el de los discos piratas y uno de zapatos deportivos. Incluso, había otro vendedor de perros calientes a cincuenta metros de Sánchez y una vez lo vio compartir insumos de trabajo como pan, salchichas, salsas o repollo. Todos ellos se ubicaban en el mismo lugar siempre, no les hacía falta señalización o marcas para identificar su espacio de trabajo. Los obreros de la planta ensambladora que estaba al frente también conocían a los vendedores habituales y solían llamarlos por su nombre.

—¡Sánchez! Prepara tres con todo —le gritaban los obreros desde un pasillo al aire libre antes de salir.

A Galarza le sorprendió la comodidad con la que se desenvolvía el *objetivo*. Quizás llevaba suficiente tiempo en ese lugar como para sentirse así. Los fugitivos regulares solían quedarse por un día o dos en un sitio y luego buscaban otro punto para trabajar, pero seguro Sánchez lo sabía y por eso adoptó una rutina, para no llamar la atención de los agentes.

Muchos fugitivos se dedicaban a vender comida. Al principio, Galarza lo vio como una casualidad, pero cuando se agotó su provisión de pastillas alimenticias y probó los alimentos locales lo entendió: la carne real tenía sabor, daba más energía, agudizaba los sentidos.

De los perros calientes le atraía el olor, la textura, la pequeña explosión en el paladar y, contrario a lo que le habían dicho en su entrenamiento, no se envenenó ni se deshidrató. Morder un pan con salchicha se sentía como una pequeña gloria. Comida chatarra le dicen los nativos, pero él los prefiere a los suplementos alimenticios que usó durante toda su vida.

Galarza convirtió la hora del almuerzo en una pequeña ceremonia. Disfrutaba de ocupar una mesa, ubicar el plato, los cubiertos, el vaso, tomar jugo (las gaseosas le desagradaban). Los pequeños negocios de *almuerzos ejecutivos* le permitían realizar su rito diario. Se cuidaba de no asistir con regularidad a los mismos lugares para que no lo reconocieran.

Le gustaba saborear cada elemento del platillo por separado, los unía, probaba de nuevo, tomaba un trago de jugo y agradecía por ese instante. En casa, el almuerzo era solo un trámite que el reloj indicaba a las doce y se cumplía con dos pastillas proteicas; a las cuatro de la tarde una como merienda; a las seis otra para cenar, acompañada de los suplementos digestivos.

También le gustaba aspirar el aire limpio (o menos viciado que el de su casa). La intensa luz solar lo revitalizaba. A veces, al mediodía, se paraba en el medio del estacionamiento del centro comercial que estaba detrás de Sánchez y se quedaba ahí un rato, sintiendo picazón. Esa sensación se debía a las células de su piel quemándose, pero eso no le importaba, prefería eso a las cremas que debía untarse en casa a diario

para protegerse de la radiación solar. Aun así no logró perder la palidez característica de su sitio de origen.

Las tentaciones abundaban y seducían con facilidad. Galarza comprendió por qué los ciclos de permanencia se hicieron tan cortos, a veces de solo horas. Pero eso no evitó que las deserciones de los agentes se incrementaran. Se esperaba que hubiese algunas de vez en cuando, se consideraban como el nivel entrópico indispensable de cualquier sistema para funcionar.

Pero la cantidad de agentes que no regresaban comenzó a salirse de control y ahora el ministerio tenía que lidiar con los ilegales usuales y los agentes desertores. Galarza trabajó recuperando prófugos regulares hasta que ejecutó a dos de ellos sin autorización y sus supervisores lo suspendieron. Cumplió parte de su castigo y pidió que lo reintegrasen para trabajar recuperando a los agentes fugitivos. Galarza alegó que los desertores conocían las tácticas de búsqueda y sabían cómo ocultarse, pero él tenía la experticia necesaria para ubicarlos rápidamente. El ministerio accedió a reincorporarlo, siempre y cuando respetase las normas de la institución.

Sin embargo, cada caso podía tomar semanas en resolverse. Por eso decidió alargar las estadías hasta culminar cada misión. Al principio, esto le trajo problemas con los supervisores, pero cuando comenzó a presentar los resultados, dejaron de molestarlo.

Inició su búsqueda dentro de los grandes grupos de vendedores ambulantes. Los ilegales regulares solían unirse a ellos porque podían trabajar sin las trabas burocráticas de costumbre, no necesitaban documentos, ni cuentas bancarias, todas sus transacciones se hacían en efectivo. Y para los nativos, los buhoneros eran prácticamente invisibles. Por lo

tanto, tenía sentido que los agentes desertores procediesen de la misma forma.

Para ingresar al comercio informal se requería dinero. Por eso, los ilegales trabajaban al principio haciendo cualquier cosa. De esa forma ahorraban y se adaptaban al medio ambiente, no les importaba dormir en la calle las primeras noches. Muchos de ellos disfrutaban ver las estrellas y la luna. Se quedaban absortos admirando esa luna extraña, completa, sin los trozos del satélite flotando a su alrededor. En casa, cuando el cielo nublado lo permitía, se apreciaban sus restos como migas, como si un gigante interest espacial la hubiese mordido.

Algunos se empleaban por temporadas en la construcción. Tomaban los trabajos pesados que nadie quería. Como esas labores quedaron a cargo de los robots después del 2050, a los ilegales les costaba mucho esfuerzo ejecutar ciertas tareas y su falta de experiencia los dejaba en evidencia al mover una carretilla o al mezclar el cemento. Los superiores de Galarza le recomendaron vigilar a estos trabajadores durante sus primeras misiones, porque identificaría con facilidad a los *objetivos*. Capturó a varios en ese sector, hasta que un día tuvo problemas con dos de ellos.

Los fugitivos se desempeñaban como ayudantes de albañilería y cargaban sacos de cemento y cajas de materiales en una construcción. Galarza tuvo sus sospechas apenas los vio. Trabajaban con el torso desnudo y el color de la piel los delataba, él reconoció enseguida esa palidez grisácea, así como el estabilizador temporal en la muñeca.

Ese brazalete parecía un adorno para los nativos, pero para los ilegales era un accesorio indispensable para soportar la estadía durante los primeros meses, incluso años. Ese

dispositivo ayudaba a adaptarse al entorno y evitaba que enloquecieran.

Se requería de tiempo para que la mente aceptase por completo el viaje. Sin la pulsera, esta se resistía a creer que se encontraba en el pasado y los estados de vigilia empezaban a confundirse con los sueños y los recuerdos. Las personas hasta alucinaban y muchas veces negaban encontrarse en el siglo XX o XXI, el dispositivo liberaba pequeñas dosis de calmantes al torrente sanguíneo que servían para tranquilizar al usuario. Al mismo tiempo, la pulsera llevaba un pin que se insertaba en la piel y funcionaba como un filtro para las toxinas de los alimentos; sin ese filtro, el organismo podía rechazar la comida y hasta el agua.

Cuando Galarza quiso arrestarlos, estos lo golpearon y huyeron. El trabajo los había fortalecido. El agente Galarza, en el suelo, presionó un botón en su estabilizador y envió una señal al de los prófugos, los dispositivos liberaron una descarga eléctrica que los tiró al piso.

Galarza se incorporó y caminó adolorido hacia ellos y les dijo que volverían con él, de lo contrario serían ejecutados. Los hombres, aún atontados, dijeron que preferían morir que regresar. No temían a la cárcel, sino a perder la vista de la luna, la sensación del aire limpio, la luz del sol y, por encima de todo, el sabor de la comida. La vida corriente ya parecía un castigo, no había forma de empeorar nada de eso. Uno de ellos venía del 2115 y el otro del 2134.

Entonces, Galarza les dijo que los ejecutaría en vista de que ya habían reconocido su culpa y por lo tanto ya no hacía falta un juicio. Antes de proceder, les explicó que viajar al pasado ponía en peligro a la raza humana, cualquier pequeña modificación en la línea del tiempo podía tener consecuencias

inesperadas en el futuro (es decir, en el presente de Galarza). Los ilegales no dijeron nada, permanecieron en el piso escuchando la perorata hasta que el agente envió otra señal a los estabilizadores y les provocó un infarto.

Sus superiores lo reprendieron cuando regresó al ministerio. No correspondía a él realizar ejecuciones, ese mal ejemplo podía ser replicado por otros agentes. El uso de la fuerza quedaba estrictamente limitado a la defensa propia. Galarza alegó que ya habían confesado, tenía una grabación que lo demostraba, además, para ellos no bastaba la deportación. Volverían a fugarse a la primera oportunidad. Eran irrecuperables. De cualquier forma, él no tenía la autoridad para decidir eso, afirmaron los superiores. Su misión consistía en traerlos al ministerio y luego el sistema judicial haría el resto. El ministerio no podía arriesgarse a que otros agentes imitaran a Galarza y se formara una banda de justicieros saltando por el tiempo.

Lo suspendieron mientras se decidía si continuaría o no como agente activo. Galarza tomó la sanción con calma y se marchó a su módulo residencial (un habitáculo de un solo ambiente en el que dormía, cocinaba y veía el holovisor).

Le torturaban las noticias sobre las fugas, hasta el presentador de un noticiero que solía ver desapareció, nadie lo notó al principio porque los productores recrearon su holograma usando grabaciones. Pero los rumores de su huida se esparcieron.

Galarza llamó a los compañeros del ministerio para que lo tuvieran al tanto de la situación. Confirmó lo que se decía en las noticias: había bandas organizando escapes masivos con aparatos de fabricación casera. Debido a las limitaciones técnicas de tales dispositivos, el salto se hacía sin precisar con

exactitud a qué época del siglo XX o XXI llegarían. Los agentes desertores habían aportado conocimientos para mejorar los saltos, pero todavía quedaban huecos muy amplios en los paréntesis temporales.

En las noches se revolcaba pensando que perdía el tiempo encerrado en su módulo. *Perder el tiempo*, la expresión siempre le sonó extraña, pero ahora, cuando le llegaban los chismes de que sus colegas también se escapaban, la sentía como un peso atado al cuello. Cada fugitivo representaba *una pérdida de tiempo* para el presente, porque su presencia en el pasado ya introducía cambios en la línea temporal. Incluso alguien que respirase en el pasado dejaba una huella de carbón que no debió haber estado ahí, una planta o un animal moría de más. Las consecuencias eran imprevisibles.

El clima empeoró con los meses, los casquetes polares entraron en una fase de fusión irreversible y muchas ciudades costeras se perdieron en inundaciones, pero poca gente se albergó en los refugios dispuestos para el desastre. Después de varias semanas quedaron prácticamente vacíos. Nadie podía explicar en dónde se encontraban los refugiados. Se decía que se habían marchado a otras ciudades con familiares o amigos. Aunque el problema de espacio en las ciudades impedía a muchos darse el lujo de la solidaridad. Los campos tampoco, estos solo se usaban para la actividad agrícola a través de permisos especiales a los que accedían los grandes inversionistas. Se había creado la expectativa de que los refugiados harían colapsar los centros urbanos. Por lo que muchos inversionistas compraron y alquilaron terrenos, esperando con ansias el momento en el que los gobiernos se vieses obligados a comprárselos para construir albergues para los refugiados. Pero transcurrieron los meses y los vaticinios

de la crisis del espacio nunca se dieron. Se llegó a la conclusión de que los refugiados se habían fugado al pasado y estos habían causado alteraciones en la línea del tiempo hasta afectar el clima. Entonces, los gobiernos concluyeron que todo se reducía a resolver el problema de los prófugos del tiempo.

Galarza solicitó reintegrarse al servicio activo. Deseaba contener a los ilegales, especialmente a sus colegas, ellos sabían ocultarse mejor que los demás, pero él tenía la experiencia necesaria para encontrarlos. Sus superiores lo escucharon y decidieron hacerle varias pruebas psicológicas antes de tomar una decisión. Un jueves por la tarde le notificaron sobre su reincorporación. Galarza imaginó que ya quedaban pocos agentes de donde escoger, pero no le importó, solo deseaba volver al trabajo.

Unos días después hizo su primer salto a finales del siglo XX. Le habían asignado un sector de una ciudad en Suramérica. Le recomendaron buscar entre los comerciantes informales que pululaban en la ciudad.

Tardó unas semanas en encontrar al primer agente entre los vendedores callejeros de libros usados. Le pareció absurdo regresar, hacer el papeleo y esperar a que lo autorizaran para un nuevo salto, así que se quedó sin avisar a nadie. Ya tenía un *objetivo* probable, así que lo siguió, miró su rutina, se acercó un día a las cajas de libros, tomó uno y dejó que el *objetivo* le hablara. Confirmó sus sospechas por un comentario que le hizo sobre un ejemplar de *El proceso* de Kafka que él hojeaba.

—Me gustan estas historias viejas en libros de papel —dijo el hombre—, en el futuro no las habrá de esta forma, serán reemplazadas por versiones interactivas. Usted tomará *El proceso* y podrá escoger entre ser Josef K. o el juez del

tribunal y vivirá toda la novela como si estuviese ahí. Parece muy divertido, pero en realidad usted experimentará la versión del programador, no la suya. Aunque leer es siempre un simulacro, le quitarían el placer de recrear la historia en su cabeza. ¿Se imagina eso? En el futuro hasta los sueños serán una aplicación de la inteligencia artificial.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Lo leí en una revista, ese será el futuro, ¿va a llevar el libro?

Lo que terminó por delatar a aquel hombre, además de haber descrito la experiencia de la lectura con tanto detalle, fue la frase *inteligencia artificial*; aún faltaban varios años para que desplazara a la palabra *computadora* del habla común.

Esa noche, después de que el vendedor recogió sus libros, Galarza lo siguió hasta un callejón en donde le disparó un dardo tranquilizante por la espalda. El hombre dio unos pasos más y se detuvo. Galarza se acercó y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Arnold Gil.

—¿De dónde vienes?

—De Puerto Ordaz, capital de la Nova Amazônia brasileira.

—¿Y cuál es tu trabajo?

—Vendo libros usados debajo de un puente.

—¿Y antes de eso?

—Trabajé como agente del Ministerio Temporal, en deportaciones.

—De acuerdo, sígueme.

Gil siguió a Galarza hasta el final de la calle y desde ahí hicieron el salto hasta el ministerio. Galarza entregó al prisionero. Luego de la reprimenda por exceder el tiempo

autorizado, tuvo que hacer pruebas físicas y psicológicas. Todo salió bien y se le consideró apto para ejecutar un nuevo trabajo.

Antes de saltar, Galarza se reunió con sus supervisores y les sugirió que se le enviase a una época anterior a la última. Imaginó que los rumores sobre la desaparición de Gil se esparcirían y podían poner sobre aviso a los desertores de los años subsiguientes. Propuso escoger un intervalo en la línea de tiempo que no sería visitado por agentes. Eso daría la idea de que existía una época a la que el ministerio no llegaba, podrían incluso esparcir rumores sobre limitaciones técnicas para alcanzar ciertos años. Sugirió suplir el mercado negro con componentes para hacer saltos a ese período en específico. Eso debía producir una acumulación de desertores en ese hueco temporal y entonces se podría hacer una redada. Espías ocasionales harían visitas solo para verificar si la estrategia funcionaba, nada de capturas ni ejecuciones.

Los supervisores se mostraron de acuerdo con el plan. A Galarza se le nombró jefe del equipo de tareas para recuperar desertores. Él pidió trabajar a solas al inicio, luego evaluaría a algunos agentes para cumplir diversas fases del proyecto.

Todos estuvieron de acuerdo y solo se le exigió someterse a un examen psicológico cada vez que volviese de una misión. Galarza accedió y saltó de nuevo al pasado como se había programado.

Después de su experiencia con Gil, probó entre los vendedores callejeros de cosas usadas. Los ilegales sentían una extraña y nostálgica admiración hacia las antigüedades. Así identificó a una prófuga que vendía ropa de segunda mano, otro que reparaba electrodomésticos dañados para luego venderlos. Los ilegales habían descubierto un resquicio de felicidad en ese país en los años previos al Acuerdo del

Orinoco, el que dividiría el territorio en dos bloques como forma de pago a sus acreedores, el bloque al norte sería administrado por China y el bloque sur por Brasil.

Una forma sencilla de identificar a los *objetivos* consistía en hacer comentarios al voleo para engancharse con ellos en una conversación intrascendente. Si se daba el intercambio, Galarza evaluaba el lenguaje corporal de los sospechosos: si notaba en la cara la huella de una *saudade* pasando como un fantasma, entonces había que indagar por su lugar de origen, por sus familiares, por algún recuerdo de la niñez. Aprendió a ganarse su confianza hablándoles sobre los objetos que vendían. Cualquier pregunta sobre la calidad de la tela de la ropa la respondían dando tirones a los pantalones con la excusa de mostrar su resistencia, a veces caían en una especie de trance kinestésico con la tela, disfrutaban de la textura, del olor y hasta del sonido del jean al estirarlo con fuerza. Galarza observó que los nativos no sentían ningún apego hacia su mercancía más allá del valor económico, solo se apuraban por venderla, a cualquier precio en algunos casos, pero más nada.

Por eso le costó reconocer a Sánchez, quizás porque vendía perros calientes y estos se devoraban en pocos minutos una vez puestos en manos de los clientes o porque elaborarlos no requería mayor destreza que la de manejar correctamente la pinza. Además, los panes no emitían música, ni en las salchichas hay historias secretas y fascinantes de otros mundos, lo único llamativo es el perro caliente terminado, con su ensalada de repollo y zanahoria, las papitas fritas y el baño de queso amarillo que lo convertía en un diminuto carnaval de colores destinado a desaparecer antes de que se pudiese crear algún lazo entre Sánchez y el objeto. Quizás la fijación de Sánchez tuviese que ver con el sabor, pero nunca

lo vio comiendo uno, tal vez hasta él mismo se había aburrido de ellos. Galarza no encontró nada en particular que confirmara sus sospechas.

Luego de varios días observando quiso desistir, ya había invertido suficiente tiempo con el sujeto y no podía darse el lujo de equivocarse, no después de haber ignorado la fecha de regreso y consumido todos sus recursos, prefería buscar otro sospechoso y capturarlo, así no regresaría sin resultados. Lo tenía decidido, pero justo esa tarde, varios de los obreros de la planta de enfrente se acercaron al carrito de Sánchez y quiso echar un último vistazo de cerca, así que se unió a la bandada de clientes. Entre los gritos y risas de los comensales, Galarza se acercó y levantó el índice para señalar que deseaba uno.

—¿Con todo? —preguntó Sánchez.

Galarza asintió, no quería arriesgarse a que lo reconociera por su acento. Comió con parsimonia y observó los frascos de salsas que Sánchez limpiaba continuamente, al igual que una pequeña plancha que había adaptado en una esquina del carrito para sofreír carne picada con cebolla y pimentones, que luego servía en el pan en lugar de la salchicha; después de cada pedido removía los restos de la superficie con una espátula. Era una alternativa que ofrecía en lugar de los perros calientes por un poco más de dinero. En la esquina opuesta a la plancha había un termo enorme de plástico con jugo de naranja, una opción extraña comparada con la usual y cómoda gaseosa; eso le llamó la atención, tal vez a Sánchez le desagradaba el refresco tanto como a él. En *casa* todas las bebidas eran artificiales excepto el agua. Hizo otra seña a Sánchez para que le sirviera un jugo y este actuó con rapidez para dárselo. Lo saboreó con prolongado deleite.

Galarza arrojó el vaso y la servilleta a la papelera, dejó ver su brazalete de seguridad, miró a Sánchez y él no hizo ningún gesto al ver el estabilizador.

Galarza pagó y dejó su mano extendida con los billetes, mostró de nuevo su pulsera. Sánchez tomó el dinero, lo contó y devolvió el cambio. El agente dio media vuelta y se marchó pensando que Sánchez no podía calificarse como un *objetivo*, ya había retirado personas por equivocación y no se podía pronosticar el impacto de esas *arrugas* en la línea del tiempo. Así que prefirió dejarlo pasar. Cruzó la calle, caminó hasta la siguiente esquina y al doblar miró de nuevo.

Observó que Sánchez limpiaba las superficies del carrito con un paño amarillo, lo deslizaba despacio y retiraba las migajas de pan, los restos de repollo o papitas, las marcas húmedas de los vasos, las salpicaduras de las salsas. Tomó una botellita con atomizador y esparció un líquido azulado sobre el metal, pasó la punta de un cuchillo entre las uniones de las láminas, secó todo con hojas de papel absorbente. Sonrió al ver su reflejo en el metal. Galarza también sonrió, había encontrado la señal definitiva, dobló en la esquina y se ocultó.

Al finalizar el día, Sánchez recogió los bancos y demás accesorios de trabajo, movió el carrito y con una escoba limpió su área. Cuando se disponía a subir a la moto, Galarza lo sujetó por un brazo y le hundió un objeto por un costado.

—No te muevas —ordenó.

Sánchez no opuso resistencia, ni siquiera volteó a mirarlo.

—La plata está en el carrito.

—Tú sabes que no busco dinero. Camina.

Galarza lo llevó al estacionamiento del centro comercial al lado. A esa hora ya todos los comercios habían cerrado y

caminaron hasta un rincón detrás de una caseta de energía. Ahí lo soltó y lo apuntó con el arma: un objeto pequeño y rectangular. Sánchez levantó las manos y se apoyó contra la pared. No quitó la vista del dispositivo.

—Veo que conoces esto —dijo Galarza agitando el arma—. Debo notificarle que se encuentra bajo arresto. Se le acusa de los crímenes de inmigración temporal y deserción. Regresará conmigo o deberé ejecutarlo.

—No puedes ejecutarme y tú lo sabes —dijo Sánchez sin disimular su acento.

—A menos que mi vida se vea en peligro.

—El único que lleva un arma y hace amenazas eres tú. Por eso te buscamos.

—¿Buscarme?

—Te nos has escapado por mucho tiempo.

Entonces Sánchez presionó con un dedo la palma de su mano derecha y un pulso eléctrico desde el estabilizador temporal de Galarza lo hizo desplomarse. Sánchez se acercó al cuerpo tembloroso del agente y le quitó el arma.

—Todavía no sabemos cómo proteger a los *viajeros frecuentes* de la esquizofrenia, el brazalete sirve por un tiempo o para un salto o dos, pero los saltos continuos terminan afectando a las personas. Cuando mataste a esos dos hombres imaginamos que habías caído, pero tus supervisores se resistían a creerlo, te aprecian en el ministerio, por eso acordamos la suspensión. El departamento de conducta pensó que tenerte ocioso podía empeorar tu estado, así que sugerí continuar con tu juego del cazador implacable, eso nos ahorraría mucho tiempo y recursos, hasta podríamos recuperar algunos ilegales durante el proceso. Pero cediste, le agarraste el gusto al sol, al aire, probaste la comida y prolongaste tu estadía sin

autorización. El ministerio emitió su veredicto de inmediato. Lo traigo conmigo por si lo quieres ver. Te volviste irrecuperable. Ni siquiera has confirmado si soy un ilegal regular o un agente. Solo deseabas ejecutarme. ¿No es así?

Sánchez tomó el arma y lo apuntó.

—Por cierto, la emigración se legalizó. Preferimos darle un salto seguro a la gente. O al menos a los que puedan pagarlo. Ya nadie quiere quedarse allá —dijo Sánchez antes de ejecutar la sentencia.

Hazme un favor

Rafael Alizo

A mi padre...

Nunca creí que mi abuelo llegase a ser una de las personas más locas que hayan existido en mi vida. A pesar de su condición, eso no le impidió llevarme a la experiencia más extraña, alucinante pero enriquecedora de todas. Empiezo por aclarar que no me refiero a mi *abuelo-abuelo*, sino a mi bisabuelo, un vejestorio de noventa y cuatro años, el cual tuvo a toda la familia ocupada mientras estaba lidiando con su vejez. *Hay que buscarle cierta medicina al viejo, hay que llamar al doctor, tenemos que llevarlo a donde tal hermano.* Sus hijos y nietos se lo turnaban de casa en casa para mantenerlo a flote, hasta que llegó un punto en que debía mantenerse en camilla de hospital por su propia seguridad; ahora sería problema de las enfermeras el bañarlo y darle sus tres papillas al día. No obstante, eso no evitó que la familia entera lo visitara periódicamente para velar por su alma atormentada. Entre ellos su cuarta nieta, mi madre, por ende, yo.

Fueron varias las veces que permaneció en nuestra casa, hasta el punto de parecer un mueble más de la decoración hogareña por la cual mi madre siempre se esfuerza en mantener estética. No sé cómo lo logró, pero hizo que un señor con cánulas terminando en bolsas sostenidas por lúgubres tubos

grises tuviera concordancia con la colección primavera del proveedor de muebles.

El viejo tuvo cuatro hijos: dos mujeres y dos hombres, de los cuales solo quedaban tres; el abuelo Mauricio había fallecido por un ataque al corazón hace más de diez años, pero todos hicimos lo humanamente posible para que el padre no lo supiera, aunque muy en el fondo sé que él sabe, solo que su habla está demasiado limitada como para darnos a entender una oración de ocho palabras inteligibles. Es de verdad lastimoso el tener que escucharlo, puesto que habla como si una cuchara le limitara el paso de aire al diafragma, por lo que al hablar reafianza el estereotipo del anciano que está en sus últimas. Su condición se lo otorgaba, pues no sufría ninguna especie de mal específico, solo la ancianidad que cubre sus huesos y los vuelve tan pesados hasta el punto de tener que usar toda la fuerza de un salto para mover solo la mano.

Esta historia transcurre cuando me tocó, entre cientos de nietos, sobrinos, hermanos y primos, cuidarlo. Tenía una reunión con mis amigos ese día y tuve que cancelar a raíz de cuidar algo que posiblemente el próximo mes ya no estaría allí. Pero bueno, familia es familia, y mi ausencia no evitó que los demás tuvieran su reunión en la pizzería —de todas formas, ¿quién quiere divertirse comiendo pizza con amigos hoy en día?—; podría llevarme mi teléfono y entretenerme un poco, robando wifi del hospital, así que no todo estaba perdido. Fui con mi madre y ella me dejó a mi suerte, con el costal de huesos a mi lado y un olor no muy agradable cubriéndolo. Mi trabajo consistía en estar allí hasta medianoche, hasta que uno de mis tíos me supliese, mi madre me pasaría buscando a esa hora, por lo que lo único a lo que me tenía que limitar era que el oxígeno estuviera en orden y que

el viejo no diera problemas. En caso de ser así, podría llamar a una de las enfermeras y pedir su ayuda.

El ambiente tan inerte y brillante en esa cabina solo podía prevenir el sopor que tarde o temprano sufriría con un anciano mirando al vacío, envuelto en sábanas, con cara de cascarrabias y farfullando cosas ininteligibles. Respiraba a trancadas puesto que los gases del viejo no me dejaban en paz, sea lo que sea que le estuviesen colocando en esas papillas, había de ser bastante fuerte; consideraba que él se divertía observándome tragar sus flatulencias, pero en realidad su cara no dejaba entrever esto. Él permanecía inmóvil en la cama, con tubos llegando a su dedo índice y venas de la mano derecha, y unos más gruesos para el oxígeno en la nariz; si se desprendían, se ahogaría en cuestión de segundos, decía mi madre.

En medio de una conversación telefónica con la chica con quien estaba saliendo desde hacía dos meses, escuché un murmullo, que pensé era del correcorre fuera de la habitación. No, era el viejo, por lo que colgué de lleno.

—Julio —dijo mi abuelo, con voz tenue pero clara—. Julio, vente para acá.

—Abuelo, soy Alberto, Julio es mi primo.

—Quien carajos seas, hazme un favor —espetó, sin remordimiento en el tono ni sumisión.

—Dime —contesté sin dejarme ofender, al fin y al cabo la gente en esas condiciones termina por ser poco cordial. Además, había pronunciado sin tanto esfuerzo una oración compleja, algo que no ocurría desde hacía cierto tiempo—. ¿Quieres que llame a la enfermera?

—No, me pincharán más —dijo con cierta pausa, su respiración era una limitante extrema. Daba enormes

bocanadas de aire para luego lanzar de golpe todo lo que necesitase (o pudiera) decir—. Por favor, llévame a la feria.

—Disculpa, ¿que tienes *histeria*?

—¡A la feria, bobo!

—Perdón, es que casi no te escucho —mi irritación comenzaba a aparecer, a la par de su demencia senil—, pero no puedo, eso queda lejos.

—Claro que no. Cinco cuadras.

Sorprendentemente estaba en lo correcto. La feria del pueblo estaba a cinco cuadras del hospital, un camino muy transitado en época de fiestas por algunos borrachos aventureros con coraje de más; de ese tipo nunca sobran. Pero por más cuerda que estuviera la oración y su sentido, debía responder sutilmente con una negativa.

—Perdón, pero no puedo, debes estar aquí, seguro.

—Estoy cansado de estar aquí —pausa—. Quiero salir a tomar aire —pausa—. Ir en la rueda de la fortuna como de niño.

Era cierto que la feria era una atracción bastante longeva en mi ciudad, datando de los tiempos de mi bisabuelo el infante, y por más descorazonadora súplica, debía mantenerme en hacer caso omiso de la petición.

—No puedo en verdad, debes quedarte aquí y tomarte las pastillas.

—¿Qué? —la sordera atacaba.

—Las pastillas, abuelo —aumenté el volumen y me acerqué—, se las tiene que tomar.

—Pastillas del demonio.

Di un largo suspiro volviendo a mi asiento, pero con el celular no tan abarcado. Ahora solo me dediqué a mirarlo fijamente, sin que él me devolviera la mirada, evitando notarse

conocedor de que alguien lo estaba observando indiscretamente. Sus ojos ahora habían cambiado, mi madre y mis tíos decían que el abuelo casi no hablaba, solo se limitaba a asentir o negar con la cabeza a todo lo que se le preguntaba. A decir verdad, yo nunca recuerdo haber hablado tanto con él. En mi juventud no lo había visto más de un par de ocasiones, y ya para la tercera estaba encamado, por lo que nuestras charlas eran esporádicas. Tenía una mirada vidriosa, consciente de lo que pasaba. Por un momento, vi que se mantenía lúcido ante la orden de llevarlo a la feria, y mi mente dio un vuelco.

¿La feria? ¿Por qué específicamente la feria? Estaba relativamente lejos para alguien que tratara de llevar a un anciano encamado de noventa y cuatro años en la noche. Miraba de nuevo al viejo y comprendí que sería de las mayores locuras que hiciera.

—¿Por qué quiere ir a la feria, abuelo?

—Llévame y te digo. No digas a las enfermeras.

Por un momento me sentí como un estúpido, ya que era eso lo que estaba a punto de hacer. En mi mente ahora aparecía la escena más vergonzosa de todas, que era yo preguntándole a una enfermera si podía llevar a mi abuelo enchufado al hospital para la feria. La sola idea se me antojó distante, pero solo significando que la iba a hacer. No, de ningún modo. Debía aguantar sus súplicas por más intensas que fueran, y lo curioso es que no se esforzaba en convencerme, solo preguntaba tranquilamente, quizá sabiendo de antemano que iba a ser rechazado.

—Sé que no iremos. Mírame. No puedo moverme solo. Pero está la silla de ruedas.

—Abuelo, esa silla es solo para cuando se necesite urgentemente transportarlo a otra cama, y ya no estará en más habitaciones; esta es la definitiva.

Cerré la boca de golpe. No entendía por qué dije eso; no debía decir eso. El comentarlo de esa manera significa que le acababa de decir al viejo que esa era la última habitación donde iba a estar en vida. Me sentí bastante mal, con un malestar en el estómago que no hizo sino empeorarlo todo. Sin embargo, él desvió la mirada, como si no hubiera escuchado nada.

—Me duele la panza, abuelo, no creo que lo pueda ayudar.

—Cierra a medianoche. Llévame, por favor. Solo ese favor. Ya lo pedí antes, nadie me creía.

Hubo un silencio de ambas partes. Él para procesar más información y agarrar aire, yo era porque trataba de entender lo que estaba pasando.

—¿Ya les había dicho a los demás?

Asintió con la cabeza.

—Sí, todos me dijeron loco. Solo eso pido. Vamos a la feria. Allí está la silla.

La locura se estaba convirtiendo en demencia. Me levanté de mi asiento y miré hacia afuera. Estaba helando en los pasillos, el aire acondicionado se mantenía estático para todo el recinto y el frío me congelaba hasta la médula; ese era el ambiente que el abuelo estaba pasando desde hacía tiempo. Solo había unos cuantos doctores en el área, hablando de sus temas; pensé que, si hacía esto, posiblemente me metería en problemas mayores a un jalón de orejas de toda la familia. Volví con el abuelo.

—No hay gente afuera —comentó con cierta complicidad—. Nunca hay a esta hora —desvió la mirada—. Eres el único que queda. De la familia entera. Que aún no le decía. De ir a la feria.

Ahora sabía que la cosa iba en serio. Estaba incluso preocupado por el hecho de saber a qué hora había menos tráfico de gente en los pasillos. Ya había planeado todo, lo cual era muy triste. Según él, le había comentado a la familia, quien hizo caso omiso, quizá por considerar esto demasiado descabellado —igual que yo—, pero no se rindió ni siquiera conmigo. ¿Sería entonces aquel que lo sacase de su monotonía?

—Creo que estoy verdaderamente loco, abuelo. Dime, ¿cómo hago para quitarte estos cables?

—Solo lleva el tubo del suero. No despegues, quita del pecho —explicaba de una manera tan metódica que hasta daba miedo.

Le quité los chupones en su pecho como indicó y de golpe me sentí como si estuviera cometiendo un crimen grave. Llevarse a una persona en una condición delicada no era moralmente ético, pero negarle a alguien una posible última petición sería imperdonable.

—Que sepa que esto es lo último que hago por usted, no me pida después que lo lleve a las montañas.

—Solo esto y ya. Gracias, hijo —dijo *gracias*... ¿Hurra?

De un momento a otro pasé de aburrirme con mi celular a tener la mayor conversación con mi abuelo en toda mi vida, con el tema de llevarlo a la feria. Si mis padres o mis tíos se enteran de esto, terminaré en la habitación de cuidados intensivos, justo al lado.

Tomé al viejo y lo senté con sumo cuidado en la cama, teniendo en cuenta que los cables podían enredarse, usé un poco de cinta plástica para juntarlos entre sí. Arreglé los tubos del suero y, con un pulso más rápido que un Fórmula 1, tomé al adulto con todas mis fuerzas, lo senté en la silla y avancé,

siendo esta su primera salida en días. La sensación de cargarlo me hizo sentir extraño, ya que nunca había cargado a alguien así, y cumple con los mismos requisitos que un bebé: pequeño, frágil, liviano —por su estado pesaba un tercio menos que yo—, envuelto en un halo de vida delicada, no muy consciente de lo que sucede alrededor, pero sabe que algo está pasando. Su mirada se mantuvo estática durante todo el proceso, lo cual fue bueno, pues no se veía que lo estuviese haciendo mal o que le doliera algo. De ser ese el caso, ¿por qué mi familia no lo hubiera llevado así sea a la esquina, si tan buena era su condición? Ahora tenía una visión egoísta de ellos. Pero no podía vanagloriarme, puesto que estaba en una posición comprometedora con el anciano.

Pasamos el pasillo sin que nadie se diera cuenta, y al momento de entrar en el siguiente, ya podíamos ver que la gente nos miraba como si el paciente estuviera de paseo rutinario por las instalaciones, sin levantar mucha sospecha. Uno que otro interno se nos quedaba mirando, pero alejaba la mirada al momento en que el abuelo correspondía con la suya.

—Vamos bien, hijo, tranquilo —dijo con su voz entrecortada; las comisuras de la boca formaban una C acostada. Méndigo viejo, no pido que grite de la alegría, pero que al menos sonría por lo que estamos pasando; eso de seguro me calmaría los nervios, que seguían con el pulso acelerado.

—Me puedo meter en muchos problemas por el solo hecho de estar aquí. ¿Cómo se supone que saldremos del edificio?

Con suma parsimonia, mientras yo seguía empujando la sillita, el abuelo sacó de su bata una sábana. Me pidió que lo envolviera con ella.

—Esto no es *E.T. el extraterrestre*, abuelo.

—Hágalo, carajo.

Suspiré y sucumbí ante la necesidad. Ahora efectivamente parecía la película de Spielberg, pero de una manera más lúgubre y retorcida. La sábana era muy suave, rosa con amarillo, siendo algo notable incluso para el otro extremo del corredor. Seguí todas las indicaciones que hizo con los espasmos de su mano izquierda, hasta que llegamos al vestíbulo principal, o al menos al pasillo anterior a este.

—Bien, fin del viaje, no podemos pasar eso, abuelo, está hasta el cuello de gente.

—Ve a la puerta izquierda.

—¿Cuál, aquella?

Asintió y esperó a que lo cumpliera. Pidió que la abriera y en mi mente pensé *¿ya qué demonios?, si estoy en problemas, pues mejor llevarme el combo completo*. La abrí y allí estábamos, en un pasillo lleno de basura, pero que conectaba con la intemperie. Al parecer allí era donde botaban basura improvisadamente, eso explicaba el olor; mi abuelo las tenía para ganar, por su oxígeno —el cual había enganchado con batería y todo en el fondo de la silla—, no olía nada. Caso contrario, pasé lo más rápido que pude, aguantando las arcadas, pisando restos de inyectoras y demás vidrios. Al terminar el recorrido, estábamos en un callejón, lejos de la visión de todo el mundo. Habíamos logrado salir, gracias al abuelo mismo.

—Abuelo, ¿cómo es que sabía de la puerta?

—Yo, construí, hospital... sesenta años.

Era cierto. Mi abuelo en su adultez fue un reconocido arquitecto, creando cantidad de edificios para la ciudad, y me sorprendió sobremanera que recordase aún el plano completo del hospital, tan bien, que hasta pudimos salir sin ser pillados. El frío golpeaba tanto como afuera, así que le di mi chaqueta al

viejo, pasando la sábana a sus pies empantuflados. Ahora parecíamos la pareja dispareja. Acomodé la silla para mantenerla en la acera, comenzando nuestra marcha. Los autos pasaban y el viejo los veía con suprema atención, detallando cómo habían cambiado esos armatostes de cuando eran apenas unas cajas expulsando humo tan negro como sus pinturas; ahora eran de colores tan brillantes que dañaban la vista, y haciendo tanto ruido como las máquinas del hospital al lado de su oído. Los guijarrillos se hacían sentir en las ruedas de la silla, causando que el viejo diera pequeños brincos. Dio su primera emoción no de la mejor manera, y fue cuando, accidentalmente, dimos con un pequeño hueco en la acera que hizo a la silla saltar unos cinco centímetros; por un segundo llegué a pensar que el anciano se iba a volcar, dando por terminada esta breve aventura. Acomodé todo y seguimos, recibiendo una reprimenda en forma de mueca por parte de mi copiloto. Me disculpé y continuamos, siendo el centro de atención de la mayoría de las personas al pasar, no sé si por el juego de cables, el hecho de un anciano en esas condiciones en la calle, o que tuviera puesta mi chaqueta tan anacrónicamente; todo esto me hizo temblar más de los nervios que del frío, el cual se hacía notar a cada segundo. Las luces de la feria se vieron primero que su música, la cual no tardó bastante en llegar. Tenían una extraña combinación entre música de carnaval, la cual siempre sonaba en algunos juegos, y la modernización de la música actual en puestos de mayor concurrencia, como si de un centro comercial se tratara. La fila era corta, quizá por la hora —los momentos del apogeo en la boletería eran justo durante la apertura, a eso de las seis de la tarde—. No supe cómo hacer para pedir dos boletos, puesto que desconocía el protocolo para seres de más de medio siglo. Me dijeron, no sin cierta curiosidad, que el viejo

podía pasar gratis, incluso, pero que tuviera cuidado con algunas atracciones, la empresa no se iba a hacer responsable por descuidos ocasionados en caso de falta de vigilancia para el viejo. Di mi visto bueno, alegando que él no tenía ganas de montarse en la montaña rusa de dos piruetas mortales o en los carros chocones al mejor estilo sarcástico, y procedimos a pasar, dejando una sonrisa a la cajera, quien a pesar de haberme informado el requisito anterior, parecía alegre de que un joven como yo llevara a alguien tan delicado como el abuelo a un lugar así, y que el viejo todavía pudiera dar la talla como para disfrutar todo. Me paré frente al copiloto y revisé el teléfono, el cual no tenía ninguna llamada ni mensaje pendiente, así que técnicamente aún no estaba en problemas, por lo que podía permanecer tranquilo. Pero fue este pensamiento el que pareció invocar al dios de la mala fortuna, brindándole la habilidad de que mi madre supiera que me estaba portando mal, llamándome de momento. Entré en pánico.

Mi reacción primaria fue la de cancelar la llamada, y fue lo que hice, solo para entender que luego de esta acción, iría directamente a ocasionar un inicio de preocupación por parte de ella, lo que haría que me llamara de nuevo. Efectivamente así ocurrió. Me fui corriendo al lugar donde menos ruido hubiera, tapando los contornos del teléfono con la palma de mi mano, y todo esto tenía que hacerlo sin perder al viejo de vista.

—Aló.

—¿Aló? Alberto, ¿cómo anda todo por allá?

—Hola, mamá, eh... pues todo anda bien —tenía que luchar por no sonar sospechoso—. El viejo anda aquí, sin dar problemas, acostado, creo que anda durmiendo.

—¿Por qué hay tanto ruido por allá?

—Creo que es porque afuera tienen un televisor, supongo, no he salido del cuarto, aunque tengo ganas, por todo el frío que hace.

—Si quieres sal un rato, debes estar congelado, o agarra una de las sábanas que están en los bolsos de tus tías. Y diles a las personas del pasillo que le bajen al televisor, puedo escuchar eso desde aquí.

—De acuerdo, no hay problema —veía al abuelo y este no paraba de girar la cabeza, asombrado, veía todo como si fuera un niño. La montaña rusa trataba de seguirla inútilmente con la mirada, pero simplemente no podía, los juegos estaban atiborrados de niños quienes probaban su suerte por vez primera, las parejas estaban en los puestos de comida tomando malteadas, algo que yo anhelaba hacer con la chica con la que estaba saliendo. Pensé que era increíble todo el tiempo que pasé imaginando cosas nuevas e interesantes que pudiera hacer con ella, cuando la feria estaba en mis narices. Supongo que por el hecho de que era un lugar bastante concurrido, y hasta aburrido, para la gente de la ciudad, consideré que era un destino repetido, cuando en ningún momento había ido románticamente con nadie allí.

La verdad es que no iba a la feria desde que era pequeño, cuando mis padres me llevaban, sin preocupación de las responsabilidades que hoy tengo, y sin imaginar que esa sería una opción para una cita con alguna muchacha guapa. Sin tener que cuidar un hombre moribundo, el cual irónicamente me arrastró hasta allá; debería agradecerle yo a él, pero mientras estemos en riesgo de regaño, no puedo decir nada. Las personas disfrutando a nuestro alrededor eran un espectáculo tan bueno como los juegos en sí.

Regresé una vez terminada la conversación, a la par que veía personas acercándose al vejestorio solitario en medio del camino —tuve que explicarles que estaba conmigo—, quien seguía observándolo todo en silencio. Le pregunté lo más cerca del oído, cuidando mi voz, a dónde quería que fuéramos, y él me respondió simplemente que diéramos una vuelta por el lugar, para apreciarlo. Así fue. Recorrimos todo el espacio, con luces dándonos de golpe en los rostros; incluso tuve que cubrirme en ocasiones porque el brillo era exagerado. Mi abuelo solo se tapaba con la sábana, la cual había quitado de sus pies. Se veía cómico. Como una escena sacada de una pintura antigua: el anciano al borde de un colapso físico que pasea por el lugar más lleno de vida de la ciudad. Un panorama alentador para quien lo mirase de esa forma. Compré un perro caliente, siendo mejor que la sopa que mi madre me había dado para calentar en el hospital; a mi abuelo no le pude comprar nada por su carencia de dentadura. Me compadecí de él; su única comida se limitaba a papillas tibias y suero inyectado en sus venas, que ahora mismo lo nutría. Fuera de eso, tenía que ver a los demás a su alrededor saborear aquello que él extrañaba. Le pregunté cómo la estaba pasando y él, sin decir nada, asentía con rictus inexpresivo. Me molesté un poco, habíamos hecho todo lo que él quería y no parecía mostrar la menor pizca de cortesía. Al menos un *gracias* no caería mal.

—¿A dónde quieres ir ahora, abuelo? Sabes que no podemos estar mucho tiempo aquí, por lo que la visita ha de ser rápida.

—Dar más vueltas.

—¿Más vueltas? Ya hicimos eso.

—Quiero más —parecía cansado, y sus ojos daban parpadeos largos y profundos. Creí que más bien ya era hora

de regresar, algo feo podía pasar si no estaba en hospitalización, más cuando en unas horas llegara mi tío—. Más vueltas. Hasta llegar a la rueda.

—¿La rueda de la fortuna? —me sorprendí.

—No. La rueda de los carros chocones —tras una pausa hizo una mueca burlona.

Era increíble cómo este viejo, en su condición decrepita, todavía podía lanzarme una técnica de sarcasmo, las cuales no poseían distinción de edad.

—Abuelo, sabe que no nos podemos meter allí —mentía. De hecho sí se podía, puesto que por cuestiones de accesibilidad «nadie debía perderse de la diversión», por lo que las cabinas de la atracción disponían de espacios amplios, para usuarios en silla de ruedas, por lo que eso no supondría problema, pero mi abuelo no era solo una persona en silla de ruedas, era alguien con condición física inestable, y no sé si por la altura pudiera montarse.

—Claro que sí. Intenta y verás. No vinimos para nada.

No pensaba que el viejo llegara a hablar con esa convicción; estaba firmemente decidido a hacer todo eso y no iba a aceptar un no por respuesta. Lo único que pude hacer fue llevarlo para cumplir su deseo, al fin y al cabo, de eso se trataba todo ese escape nocturno.

Terminado el perrito caliente, nos dispusimos a recorrer hasta la atracción más grande de todas. Nos preguntaron si el viejo podía pasar, lo miré y él asintió. La gente comenzó un cuchicheo sobre lo que estaba ocurriendo; esa sensación no me gustaba, ser el centro de atención no era parte del plan. A mi abuelo esto de seguro lo traía sin cuidado, solo le importaba subirse y disfrutar, pero para mí era como si cualquier paso en falso que diera significase una humillación

épica. Acomodamos su silla en la cabina, y con ayuda de unas cuerdas, ajustamos lo necesario para que no se resbalara, por lo que todo estaba en regla. Tras un par de minutos que nos parecieron eternos, comenzó el viaje. Lentamente, nos elevamos lo más que se podía, teniendo una vista completa de la ciudad. Fue cuando el abuelo habló:

—Recuerdo cuando construí algunos edificios.

—Eso fue hace unas semanas, ¿verdad?

—No te burles. Yo era un niño cuando me monté aquí por primera vez.

El hecho de que recitara una oración larga en una sola seguidilla, no de la manera cavernícola con que siempre hablaba, me hizo preocupar un poco. La preocupación pasó a ser tristeza cuando vi una verdadera expresión en su rostro. No arrugó su cara de pasa, ni la contrajo, solo permanecía cabizbajo, mirando la placa que llamábamos suelo. De sus ojos salieron pocas lágrimas que, al igual que él, carecían de fuerzas incluso para despegarse de sus ojos; al final lo lograron y descendieron hasta su camisón, provocando tenues manchitas oscuras. Para el momento en que estuvimos lo más alto que se podía, miró por la ventana y su cara cambió de la manera más brusca.

Ahora veía a un señor con la mayor sonrisa de todas. Abrió la boca desdentada, como un niño en una mueca de asombro, analizando toda la escapada. Observé también y vi a la ciudad en todo su esplendor. Desde allí se veía la estación de bomberos, la universidad pública, el edificio corporativo más grande del estado, las urbanizaciones de los alrededores, incluso el hospital, que tanto tedio le otorgó a su espectador. Entendía por qué había querido ir para allá, quería observar su ciudad una última vez. Con todas sus fuerzas pronunció:

—¡Gracias, hijo, gracias! Jajajaja.

Una poderosa risa histérica se apoderó de él y no lo dejó por un largo minuto. No sabía qué hacer, solo me quedé contemplándolo, en una escena surreal, tan inocente y maravillosa que hizo que se me aguaran los ojos. Luego de la agitación y los gritos victoriosos, quedó callado, todavía con la sonrisa enorme en su rostro. Así quedó hasta que terminamos el viaje.

Bajamos y salimos tranquilamente, ahora sin reparar en miradas acusadoras del público. Eran las nueve y media, por lo que no había apuro en regresar; sin embargo, no debíamos entretenernos bastante, y cuando le dije al viejo que era hora de regresar, no puso objeción.

En mi mente rondaban pensamientos positivos, pero nerviosos. No sabía lo que me podía ocurrir si la familia se enteraba de lo que hice, por lo que el regresarnos en horas tempranas supuso ser una buena elección.

El trayecto estuvo más apagado, esta vez mi abuelo no habló, lo único que sonaba era el murmullo de las calles y la máquina de oxígeno. El suero se estaba acabando, pero tenía una bolsilla más en caso de tener que cambiarlo, cosa que no hizo falta, pues en menos de lo que canta un gallo, terminamos de nuevo en la habitación, sin ser reclamados por nadie. Puse al viejo en la cama y este me sonrió en la cara mientras lo hacía.

—¿Qué dices, disfrutaste?

Movió enérgicamente su cabeza de arriba a abajo, mientras yo me aseguraba de que todo quedara como antes.

—Me alegro, viejito, ya casi vendrá mi tío, ni una palabra de esto, ¿sí? —volvió a asentir, y selló sus labios en un gesto infantil. Cerró los ojos y reposó. Tomé una frazada e hice lo mismo. Esperando.

Para resumir lo más que se pueda, al llegar mi tío, todo se volvió un caos. Tuvieron que sacarme en seguida de la habitación, puesto que trataban de resucitar a mi compañero de aventuras. La escena ocurrió muy rápido y no me dio tiempo de reaccionar ante nada. Mi madre apareció detrás y me dio una cachetada, que ni traté de esquivar, y al cabo no dolió en nada.

—¿Qué cosa le hiciste? —dijo envuelta en lágrimas, con ojos rojos y pálida como las paredes. Detrás de ella estaban sus hermanos y algunos primos mayores.

—¿De qué? —dije estúpidamente. En este punto, ya ella sabía lo que pasaba y yo intentaba zafarme de una manera por demás milagrosa, pero inútil.

—¿Cómo que de qué? Una enfermera vino a la revisión y no estaba ninguno de los dos, hemos dado una carrera infernal hasta acá.

—¿Hace cuánto? —balbuceé.

—¡Hace cuánto qué! —mi mamá trataba lo más posible de bajar la voz por respeto a los demás inquilinos, pero le era difícil por la cólera que sufría de momento.

—Hace cuánto pasó la enfermera.

—Hace media hora —miré mi teléfono y descubrí que solo habían transcurrido quince minutos desde que nosotros aparecimos en la habitación. Tuvimos demasiada suerte al no encontrarnos a nadie antes, si no, hubiera sido un caos más temprano. Si hubiéramos tardado más en la feria, de seguro ya tendríamos a la policía en el cuello. Tampoco sentía que hubiese pasado tan poco tiempo, porque cuando desperté sacudido por los médicos y mi tío, pensé que había dormido por lo menos una hora; resultó que estaba más cansado de lo que creía, lo suficiente como para no darme cuenta de nada.

El viejo se ha ido. Fue lo que nos dijeron los médicos una hora luego de que todo el espectáculo ocurriera; pero se fue durmiendo, que era lo que importaba. Al segundo siguiente estaba en una silla del pasillo, siendo interrogado por tantas caras que incluso pensé que me orinaría de los nervios. Y sí, hubo un regaño, uno largo, pero solo de mi madre; estaba a punto de ser una reprimenda general de toda la familia cuando los médicos interrumpieron de golpe, diciendo que se nos solicitaba en una oficina. Al principio mi madre pidió que me quedara atrás, pero la solicitud era para los miembros de la familia presentes. Éramos mis cuatro tíos, dos tíos abuelos, dos primos y yo en el pequeño recinto. Un doctor cumpliendo con el estereotipo del oficio —gafas cristalinicas, cabello con gomina, bata pulcra, lapicero en bolsillo frontal, corbata roja, cara cuadrada y con bordes curvos— nos hizo comunicar algo, en palabras de él, *extraordinario*, con un discurso sacado de una película dramática, ensayado a la perfección y sin ningún error en el libreto.

—Señores, gracias por venir, y antes que nada, déjenme darles mi más sentido pésame. Como bien sabrán, en estas instalaciones nos encargamos de lidiar con pacientes enfermos o, en este caso, de edad muy avanzada, como era el señor Claret. Sin embargo, se nos notificó de que hace unos minutos —*horas*, corrigió mi mamá—, horas, el señor Claret estaba ausente ¿Saben por qué fue eso? —pasé a explicar la situación con cada detalle, una vez más, sin tener una buena mirada de mi familia. La mirada acusadora y lagrimosa de mi madre hacía esta nueva versión mucho más culpable—. Sí, lo supuse, ya que eso es lo que dice esta notita que encontramos en la mesa al lado de la cama del señor —todos quedamos desconcertados, preguntando qué era eso—. Si quieren, yo

la leo, si es que lo creen prudente. ¿Sí? Bueno, la letra está un poco doblada, al parecer escribió algo justo antes de fallecer:

Escribo esto como lo último que haré en vida, para decirles a todos: gracias. Uso mucha fuerza para esto, así que resumiré: pedí a Alberto que me llevara a la feria, pero era porque confiaba fuera el único que me pudiera hacer semejante favor. Cuando era pequeño fui, a los siete años, toda una vida atrás, y el volver al lugar del único recuerdo totalmente lúcido que tengo es una maravilla. No tengo memoria para saber el nombre de mi exmujer, ni siquiera recuerdo a mis padres, pero la feria siempre estuvo en mí; la rueda de la fortuna me hizo ver aquello que logré construir, una última vez. No culpen al muchacho, al fin y al cabo, logró lo imposible: hacer realidad mi última petición (era mi última oportunidad, irónico), por lo cual ya me puedo ir en paz, algo que he esperado por un par de meses, pero todos decían que estaba loco. Pues este loco se irá esta noche, pero se irá con una sonrisa. Tal vez no recuerde nada, pero al menos sé que me fui feliz, porque, como a un niño, me llevaron a la feria.

El doctor bajó poco a poco la hoja y notó lágrimas en los ojos de todos en el salón, incluyéndome. No podía entender lo que ocurría, pero al menos sí capté por qué ahora volvía a ser el centro de atención de todos.

Un tío básicamente arrebató el papel de las manos del doctor, para comprobar que fuese la letra del anciano y no la del nieto tratando de zafarse del castigo. Confirmó que sí era la letra exacta, conservando matices inequívocos del hombre en cuestión.

—El señor —continuó el doctor— al parecer estaba ocultando algo, y era que, según él, ya tenía una fecha de

defunción, como si él mismo decidiera cuándo partiría. Averiguamos y no tiene absolutamente nada que ver con el esfuerzo que hizo con todo el trayecto improvisado que hizo con el muchacho aquí presente. Es más, si nos apegamos a lo que dice la nota, cosa que admiro, porque escribir algo en su condición no es nada fácil, pudo irse feliz. Muchacho, hiciste feliz a tu abuelo una vez más, y siento que es uno de los internos a los que más les tendré envidia. También considero que fue mucha la suerte de que justamente el último miembro familiar al que le comunicó su petición fuese el que la llegase a realizar —me tendió la mano y la apretó firmemente, haciendo sonar algunos de mis huesos—. Ahora, sobre el papeleo tras la defunción...

Siguió hablando sobre las cosas póstumas cuando alguien perece en el hospital, caso que no me competía. Los primos y yo salimos del cuarto, hablando sobre el abuelo, ya sin tantas lágrimas.

La anécdota permanece en mi familia y en mi recuerdo, siendo una historia que no hace falta cuando se tiene una conversación conmigo. Al día siguiente, sentí un enorme vacío, de esos que tienes cuando un ser querido se va, pero todo lo contrario a cuando debatía mentalmente si ayudar al abuelo o no a ir para la feria. Me deja pensando: ¿qué hubiera pasado si no? Y si mi familia le hubiera hecho caso desde el principio, ¿se hubiera ido hace mucho tiempo? No lo sé, pero dentro de mí, hay una persona llena de emoción al saber que pude ayudar a un viejito a realizar una última travesía, trayendo de regreso su primer y más apreciado recuerdo.

Un mes después llevé a cierta muchacha a la feria, donde terminó siendo mi novia —supongo que le agarré cariño al lugar, no dejaré que mi madurez me impida disfrutar cosas

así—. Declaré mi amor luego de contarle la anécdota en el mismo lugar donde el abuelo sonrió por última vez, donde dijo con la mayor cara de felicidad, de esas que solo se dan una vez en la vida: *Gracias*.

Condom Fest

Xenia Guerra

Aún siento comprimidas las paredes de mi vagina. Una hora o menos estuve tratando de adivinar por qué había despertado en mi cama. Solo sé que el 14 de febrero me llegó la invitación al Encuentro de Jóvenes Promesas, lamenté un poco tener que ver las caras de las promesas que ya no se cumplirían, pero el trabajo llamaba y fotografiar gente con nombre me producía un interés diferente, pero divertido, aunque en mi portafolio los rostros se repitieran. El lugar del evento era una casa cuyos adornos agraciados cumplían su función, generar un ambiente al precio de ser ignorados en su particularidad. Capturé un par de imágenes con floreros sobre hornillas de cocina; llamar la atención es un propósito legítimo, sobre todo en una fiesta que quiso llamarse «Condom Fest» con cocteles servidos en diminutas pocetas de plástico. Escuché a alguien alabar con euforia todo aquel eclecticismo forzado, era muy temprano para adjudicarle un *delirium tremens*, así que me dediqué a trabajar de la única manera que lo hace un buen fotógrafo, aguantando la respiración.

Mientras trabajo solo me abstengo de emborracharme, nunca de beber. En el alcohol hallo ese sentido político de la

fotografía documental, mostrar y negar a la vez, una imagen como prueba a costa del resto que no pudieron ser capturadas, es decir, se trata de todas las copas que se rechazan cada vez que aceptamos una. Hay división de clases en la bebida, el güisqui siempre estará apartado para los sabidos que se mueven poco, la cerveza es el elixir de la gente que baila y conversa, mientras que los apasionados siempre llevaremos algunas onzas de vodka en la cartera. Además de la integración, el sentido político del alcohol está en el cuestionamiento al otro, ese «no estoy borracho» en el que insistimos con el cuerpo balanceándose. Cuestionar, insistir, qué sobrios hemos estado frente al poder.

Para mí, la fiesta comenzó cuando llegó Victoria, se notaba que su presencia se debía al compromiso, hablaba poco y nos miraba a todos con el desprecio de quien reconoce la escasez reflexiva. Nunca me molestó mi inferioridad frente a ella, quien ni siquiera se molestaba en verme así. Cuando me saludaba sentía algo parecido al síndrome de Estocolmo. Ella me caía bien, ella y todas sus posibilidades de evitar el contacto humano. Todo se lo podía permitir, tenía veintisiete años y su última novela sobre una nación que debió proyectarse sin Dios para reconstruirse me había hecho descubrir lo cómodo de mi mediocridad. Me acerqué y le dije que su novela me pareció interesante. Después de su sonrisa de labios apretados me di cuenta, tarde, como siempre, de que usé el adjetivo más ofensivo para un gran libro. Intenté borrar mi torpeza con más honestidad diciéndole que la relación entre el hombre y lo divino que había percibido en la novela era la de una persecución mutua no jerárquica. Esta vez, la sonrisa no traía los labios apretados y respondió afirmando que me escribiría porque debía marcharse. No le di mi número

de teléfono ni mi *mail*, pero dijo que me escribiría y le creí, porque ese es su trabajo y porque es una diosa.

En el cuarto de revelado se van amontonando algunas fotos que tomé desde el suelo, debajo de la mesa, mi mesa repleta de vasos con vodka gratis. Una foto muy particular mostraba los zapatos brillantes que transparentaban los pies enrojecidos de Reyna después de pasar casi toda la noche tratando de lograr con sus sonrisas lo que sus poemas no habían alcanzado: seducir al editor francés invitado por la Fundación Jóvenes Promesas. Un hombre blanco con una nariz arabesca que administraba la luz en su rostro, iluminando o ensombreciendo su perfil dependiendo del giro de su cabeza. Aún me pregunto cuál fue la razón que cuestionó la homosexualidad de Reyna, que hasta esa noche sostenía una relación amorosa con Adriana, mi compañera en la universidad y una fotógrafa reconocida por editoriales nacionales. Sin embargo, solo despotiqué cuando, en el balcón, la vi lamer el cuello de Ismael, el poeta adolescente de moda, pero como el odio y la adjetivación no se me dan bien en el juego poético, tan solo se me ocurrió tacharla de engavetada con toda esa luz cautivada en la palidez de sus hombros sorprendidos.

Otra de las fotografías mostraba las redondas y entristecidas nalgas de Gregorio. De espaldas a mi cámara y frente a un espejo buscaba la manera de lograr la foto más interesante de la fiesta. Era quien más pertenecía al decorado de aquel lugar con su posado y artificial *look* despreocupado-cuidadosamente-acabado. Curiosamente, es una de las jóvenes promesas que más leo y menos me gusta, quizá porque siempre he insistido en encontrar genio más allá del fundamental «escribir bien» que logra con los procedimientos narrativos hartos conocidos.

Fue el único que pidió la palabra en la fiesta, y en su discurso usó el adjetivo «umbroso» un poco menos de diez veces, creo que buscaba que nos preguntáramos por la ortografía de la palabra para que no nos preguntáramos por el sentido de su discurso. Sin embargo, he de confesar que la tristeza que crecía en la parte inferior de su espalda hizo de la foto algo más que interesante. Una espalda que se veía dispuesta al diálogo con la carnosidad de un culo subsumido en los pliegues del pantalón y al que parecía habersele negado la diversión. Este valor confesional fue, quizá, la razón por la cual ofreció el rostro al espejo y no a la cámara.

Siempre confirmo que nunca es muy diferente la fotografía documental a la que me dedico en la revista de este tipo de fotografía *sociální*, en ambos casos los seres que están dentro de ellas solo puedo imaginarlos, no identificarme ni identificarlos porque ellos siempre serán otros, solo me queda aproximarme a la legibilidad que las imágenes me ofrecen. Es esto lo que contesto a la pregunta sobre mi inclinación hacia la fotografía, para confundir un poco y no tener que responder nada que tenga que ver con mi gusto, de por sí, indescifrable.

Durante el revelado de la última foto las paredes de mi vagina se descomprimían para dar paso a una sensación de dilatación palpitante. Era la primera vez que me emborrachaba trabajando, quizá porque era la primera vez que servían buen vodka, creí saber por qué había amanecido en mi casa cuando leí en el reverso de mi brazo:

Tú nunca sabrás
que te amo,

que duermo cerca de la muerte
y sacudo mi reclusión.

Pero la ilusión de un supuesto romance terminó cuando Google me dijo que se trataba de Lars Forsell, un poeta que estuve leyendo sentada en mi mesa, con mi botella y un lapicero sin cuaderno. Me obligué, entonces, con más fuerza a recordar cómo había llegado el Condom Fest a mí. Pero el deslizamiento de un líquido caliente que comenzó a descender repentinamente entre mis piernas explicó que yo había amanecido en mi cama y no en la de otro-otros-otra-otras porque el dolor de vientre que acompaña al síndrome premenstrual había podido con la borrachera trayéndome a casa sana y célibe.

Tengo veintitrés años, aún no reconozco todos los síntomas de mi periodo y, aunque gozo mi trabajo, a veces me gustaría quedarme en casa como cualquiera de esos escritores que quise fotografiar en la fiesta a la que no asistieron por sospechar de cualquier promesa.

Fiesta con whisky

Francisco Reynaldo Camps Sinza

Al llegar a la esquina, había olvidado el número que me había dado mamá para que lo jugara por la lotería del mediodía. Le di lata para que no lo anotara (estoy grande) y se me fue de la chaveta. Creo que era 341 y a la inversa (mamá hablaba de permutas y cada mañana hacía un triángulo de lo más hechicero viendo el programa de El Iluminador). No tuve otra opción que devolverme cuando la señora Lourdes estiró la mano para recibir el papelito, como de costumbre. Me quedé petrificado, miré a la señora que estaba detrás, llevaba una bata, no tenía sostén y sus pezones apuntaban a mis ojos. Me devolví. Si la ve, pensé, la señora Lourdes con su voz de cacatúa le contará lo ocurrido. Ya la escucho reírse, con su estruendo que incendia la vereda. Lo mejor es que no le riña a mamá en la noche al mandarme botar la basura, al escuchar de sopetón el frenazo del camión, siempre a la hora de la cena y tener que dejar la arepa sobre la tele (porque si la dejo sobre la cama, como sucedió, el perro se la come), salir volando por las escaleras y hacer de Forrest Gump otra noche más.

Me escabullí del rollo diciéndole a mamá que la señora Lourdes había cerrado. Algo sucedía, dije, porque no esperó

hasta mediodía para clausurar la taquilla. No había meditado del todo la mentira, del local a la casa era un camino muy corto. Podía añadir que a la señora Lourdes le dio un síncope, se retorció frente a los clientes, dando vueltas como las bolitas de la máquina de lotería. Pero sería demasiada ficción. En otra oportunidad, ese cuento le habría dado motivo a mamá para dejar el arroz quemándose y salir apurada para cerciorarse de la fidelidad de mi historia. Por suerte, no fue así. Se quedó dubitativa, viendo el techo, el viejo avispero seco suspendido sobre la cocina, la herencia de tu padre, como decía. Mejor ve a comprar una cebolla, dijo, que si esperamos otro día, se pone más cara. No objeté. Aunque tenía que caminar seis cuadras ante un sol infernal para poder aderezar el aburrido arroz con zanahoria.

Esa noche había una fiesta cerca de la casa. Esto era algo común. Las veredas estallaban en merengue, salsa y changa con cierta regularidad. Pero la diferencia entre una fiesta y un zaperoco espontáneo era la comida. Porque la caña abundaba como el río. Pues bien, la estrategia de mamá, como en otras oportunidades, era ir donde la festejada, pedir algún favor y luego quedarse un buen rato para comer lo mejor posible. El juego era el siguiente: mamá debía conocer al menos a un invitado de la fiesta o, en su defecto, a la cumpleañera. Está de más decir que mientras más grande el lugar y más gente haya, más sencilla es la tarea. Yo aguardaría en casa, acostado viendo *Sábado Sensacional* o cualquier pendejada, y si en media hora mamá no retornaba, me enrumbaba a la rumba. La casa era grande, blanca, de tres plantas, la última sin frisar, clavada en la mitad del cerro Santa Cruz. Luces rojas, azules y amarillas titilaban y las trompetas de un merengue retumbaban a lo lejos. Mamá no hablaba del asunto, ni yo le

preguntaba. Sucede cuando se pierde, inesperadamente, en la noche y yo en plan de niño bueno salgo en su búsqueda. Una vez mamá había salido y tardó casi una hora en regresar. Me sentí confundido porque había ruido en varias casas (era viernes) y la voz de Ismael Rivera se superponía al ritmo de Billo's. Salí, unos hombres tomaban en la bodega de Justo y unas mujeres cantaban rancheras mientras se empinaban la Polar. Mamá no estaba en el barullo y Martincito custodiaba la entrada de su casa, con cara de perro. Luisito y Piti lo llamaban Dóberman porque era negro, siempre estaba arrecho y en las noches no reconocía a nadie. No quise entrar a la casa de su mamá, Felicia, para preguntar por la mía. El poste de la esquina tenía varios días sin funcionar; daba la sensación de que era medianoche, cuando no pasaba de las nueve. Una figura poco discernible se amasaba con otra en el rincón del callejón contiguo, lóbrego; pasó un Impala viejo, los iluminó tenuemente, creí ver a mamá, sus zarcillos dorados iluminados y su maraña de cabello abultado en una colita roja. El tipo era alto como una vara, con sus manos de chimpancé sobre ella. Me devolví. No me vieron. Esquivé a dos borrachos, uno de pelo largo y bigote de brocha bloqueaba el paso, gritaba pendejadas del presidente, lo empujé ligeramente, trastabilló, masculló algo ininteligible y entré a la casa.

Eran un poco más de las 9:30 cuando mamá salió. No se arregló tanto: se quitó la bata de costumbre, de girasoles y gladiolas, se arregló el cabello ante el espejo de la salita, llevaba un *short* corto, de los de andar por el barrio, una blusa violeta que transparentaba un sostén negro y las sandalias brasileiras.

Pasaron quince minutos o menos, los que me indicaba el reloj del microondas; veía la tele, *Sábado Sensacional*, Lila Morillo cantaba por segunda vez «El Cocotero», sonaban

aplausos robotizados y el público vitoreaba con frenesí. Bajé el volumen, escuchaba a lo lejos Wilfrido Vargas, imaginé a mamá bailando, a lo mejor con el tipo alto como una vara, a ella le encanta el merengue. Me contó hace tiempo que conoció a papá bailando la música del dominicano en una fiesta a la que sí había sido invitada. Era mi alarma, así que salí.

Al llegar a la casa, luego de subir una veintena de escalones, dos señores conversaban en la puerta y, aunque estaba de par en par, tenía que esquivarlos para entrar. Eran dos torres, uno con afro y el otro de barbas gruesas como Jesús con gorra de los Mets. Hola, carricito, dijo el Jesús de los Mets, y el de arbusto en su cabeza me preguntó por un tal Antonio. ¿No sabes quién es Antonio?. Yo era Antonio, pero no el que buscaban. Es de tu tamaño, dijo la torre con afro. Se parece a ti, dijo el de gorra tomando mi quijada. Mis ojos se nublaron por el bombillo, di dos zarpazos, abrí camino entre sus caderas y entré a la casa trastabillando. Tres parejas bailaban: una mujer de *blazer* rojo, otra con vestido verde y cabello a lo Marge Simpson y una de falda negra que transparentaba sus grandes nalgas. Una decena de personas estaban detrás de la sala despejada como pista de baile, y sobre un mesón, al rincón, se divisaban boles con Ruffles, Doritos, pepitonas, dos botellas de whisky erectas como las torres de Parque Central, además de tres pepsicolas de dos litros. Entre los vaivenes de los bailarines, veía a una señora emperifollada de vestido malva y grandes zarcillos. En otra silla, cuando la mujer de *blazer* rojo llevaba a su pareja por media sala, veía a una chica narizona, blanquita, con cara de sopor. A su lado, mamá charlando con una señora gorda de vestido amarillo. Mamá pasaba su dedo sobre el borde de un vaso plástico y la señora comía galletas de frutilla. ¡Me encantan esas galletas!

Sin que me percibiera mamá, me acerqué a la mesa en búsqueda de galletas de frutillas, pero dos chicos ruidosos se abalanzaron sobre el mesón, tumbando el whisky que salpicó mi camisa. Hey, coño, vayan p'allá, carajitos, gritó un señor con voz socarrona, paltó, corbata azul de punticos blancos y cabello blanco alborotado como Einstein. La chica narizona me vio, pero mamá no, o eso creo. Igual, una de las reglas tácitas es no hablarnos hasta llegar a la casa. La chica se levantó de su asiento, plegó su vestido blanco y desapareció. Había visto unas escaleras al fondo, cruzando la cocina, atestada de adultos que mandaban a los niños a la sala. Me senté allí solo, la iluminación era pobre, solo el resplandor amarillento del bombillo de la cocina llegaba hasta las escaleras. Al ratico, la chica narizona se paró frente a mí. ¿Quién eres?, dijo. No respondí. Vamos a limpiarte, dijo y subió las escaleras con la palma derecha cubriendo la parte baja del vestido. La seguí. Llegamos a un baño al fondo de un pasillo angosto y oscuro. Quítate la franela, dijo, prendió la luz del baño, abrió la puerta de su cuarto, un chorro de luz bañaba el pasillo, buscó un pañuelo y lo untó con algo que desconozco. Ella era mucho más alta que yo, llegaba al espejo sobre el lavamanos sin hincarse. En mi defensa, el espejo estaba bastante alto. No supe su edad ni su nombre, pero debía estar en tercer año, es decir, entre trece y catorce, unos cinco años mayor que yo. Esto es para que no huelas a caña, dijo. Me dio el pañuelo, olía rico, jabón y perfume; lo restregué sobre la camisa, sin mucha agua, como me advirtió.

Llevó la franela a su cuarto y la puso frente al ventilador que rechinaba un poco. Le falta aceite, dije como un tonto. Ella se sentó en su cama. Yo me recosté sobre el marco de la puerta. Tenía un par de pósteres de los Backstreet Boys, una

peinadora rosada y un baúl chiquito abierto que vomitaba joyas. Mamá tenía uno similar en su cuarto. Odio las fiestas, dijo. El cuarto estaba oscuro y la luz del baño inundaba el suelo de la habitación y el rostro del tatuado de la *boy band*. No me dijiste tu nombre, dijo, recostada en su cama. Antonio, respondí. Su falda se había levantado y el baño de luz trepaba sus piernas blanquísimas, asaltada por par de lunares que parecían pulgas. Disimilé y volví a la cara inquisidora del cantante. No sé cómo puede dormir con esos rostros petrificados mirando fijamente el abismo, como los santos en el cuarto de mamá. Ah, dijo, Antonio, sí, te andan buscando. ¿Dónde te metiste?, dijo con sorpresa, como si me conociera, o desconociera al Antonio por el que me confundían. Una tropa de chicos fueron a explorar abajo en tu búsqueda, dijo. No eres de mucho hablar, dijo, eso me agrada. No supe qué responder: si mentía, podría terminar todo mal; me buscarían los padres de Antonio y al descubrir que no era ese Antonio, se alarmarían mucho más y se desataría el pánico en la fiesta. Preguntarían quién era yo, quién es mi mamá, la mamá de Antonio estallaría en llanto y mi mamá se arrearía por el lío que se armó. Nunca te había visto antes, dijo, y volvió a sentarse en la cama. Sus piernas estaban abiertas, se formó una especie de cueva entre sus piernas, una boca de lobo, o mejor dicho, loba, como la esquina donde vi a la mujer y el hombre vara besarse. De repente, sentí que se me ponía dura y me encorvé ligeramente. Qué te pasa, dijo, me duele el estómago, dije, mejor bajemos, dijo, no dejé reemplazo y alguien tiene que ser la muñequita de porcelana, dijo sonriendo. Me dio la franela todavía húmeda, apagó la luz del baño y tomó mi mano; no la soltó hasta llegar al último escalón. Una pareja bailaba, la de *blazer* rojo se había sentado. La silla donde

estaba mamá había sido ocupada por un niño de pelo largo que dormitaba. Sonaba Sandy y Papo, la señora del vestido amarillo tomaba pepsi, no hablaba. La chica narizona volvió al asiento, que estaba vacío. Volvió a arrellanarse, de brazos cruzados, con el mismo sopor de antes, como si nada hubiera pasado. El hombre de afro y el Jesús de los Mets dejaron de bloquear la entrada, y al salir, una bandada de chicos llegó a las carreras con dirección a la cocina. A lo mejor encontraron a Antonio, o informarían a su mamá sollozando que había que declararlo desaparecido.

La sentencia emitida por Diani Álvarez Gusmar Carleix Sosa Crespo

Diani Álvarez me dijo: «No olvidarás jamás este pueblo, volverás aquí».

Yo no le creí, mi adolescencia no me permitió entenderlo: hay un poder profético en la sentencia pronunciada por una mujer.

Lo entendí once años después, cuando Carolina, con sus ojos de fuego y el odio encendido en sus labios, me dijo: «Morirás solo, sin nadie, insatisfecho». Disimulé no escuchar su sentencia, pero temblé, tragué grueso. No se me ocurrió nada para decir y propinarle el mismo daño recibido tras sus palabras.

Recordé a Diani Álvarez en ese instante; no sus palabras, no sus labios hermosos e inocentes diciéndome: «Si bebes agua del Cardón, no olvidarás jamás este pueblo, volverás aquí». Recordé su mirada bonita apuntándome, mientras cenábamos en la sala de su casa con sus dos hermanas y su madre; la recordé, todavía no sé por qué, diciendo: «Es mentira, no engordas si bebes mucha agua mientras comes».

La recordé con su obsesión de engordar, haciendo todo cuanto escuchó, sin lograrlo. Me pregunté si acaso seguía

siendo aquella flaca lindísima, aquella diosa bailando en el escenario de la Plaza de las Banderas del pueblo, uno de los 13 de junio de mi adolescencia.

Me pregunté si ella volvería de vez en cuando al pueblo, a nuestro pueblo. Yo no, desde mi partida decidí no regresar, no hay nada para mí aquí; aunque en ese instante, mientras Carolina decía «Morirás solo, sin nadie, insatisfecho», y yo recordaba a Diani, sentí el impulso de volver para verla danzando. El deseo se apagó de inmediato, el recuerdo de Diani se desvaneció y las palabras de Carolina permanecieron allí, sonando, como un eco legendario y eterno.

Me enteraría dos años después. También lo descubriría: la tuve cerca la noche cuando Carolina volcó su desprecio contra mí. Desde mi descubrimiento sufriría un dilema mortal: originar o no un encuentro con ella. Pero no dos años antes, porque ese tiempo lo pasaría intentando superar el desprecio de Carolina.

Muchas veces pasé frente a ese local, en el Centro Cívico de la ciudad. Nunca me detuve a mirar hacia adentro. Solo caminé la calle Bolívar cuando fue estrictamente necesario. Siempre le tuve alergia al trayecto desde el Salón de Belleza Arte Moderno, una cuadra después de la Catedral del Centro, hasta el edificio de la fábrica de Cristales Oftálmicos de Occidente, donde trabajé desde mi partida de este pueblo hasta el año cuando Carolina me echó de su lado.

Nunca lo imaginé: a dos locales después de Arte Moderno estaba ella: Diani Álvarez.

La pregunta con la cual intenté silenciar el efecto atormentador de la sentencia de Carolina fue respondida cuando por primera vez miré hacia ese local, desde el otro lado de la calle, y la vi. Ella seguía siendo aquella flaca lindísima.

La vi danzando. Todavía me pregunto si fueron mis recuerdos o alguna transfiguración de dimensiones bíblicas. Tres maniqués vestidos con ropa elegante para damas me dificultaron la vista. Mientras Shakira gritaba desde los altavoces de una zapatería «ahí te dejo Madrid», yo veía a Diani moviendo sus caderas como lo hizo todos los 13 de junio, dándole a la feria de San Antonio un verdadero toque glorioso.

Fue en ese momento cuando la voz de Carolina dejó de atormentarme. El eco se apagó. Me avergoncé por el miedo a comenzar de nuevo, también por esquivar, tantas veces, las miradas de mujeres interesadas en mí.

Sentí pena por el hombre en el cual me convertí, por negarme a vivir, como si Carolina fuese lo único digno de mi determinación de vivir; también estaba Diani Álvarez, la chica de mi adolescencia. Con quien me escapé de clases tres o cuatro veces para besarnos detrás del mural donde el padre Rufino fue retratado, desde donde mira eternamente hacia la plaza del pueblo. Su retrato jamás nos cohibió. El padre Rufino Pérez Valles fue el fundador del liceo, el reconciliador de los pueblos de la zona rural, el ungido enviado por Dios para redimir los pecados del pueblo; pero nosotros éramos los dueños del momento.

Shakira continuó cantando, ella dejaba Madrid porque ya no quería cobardes con rutinas de piel y con ganas de huir. Ella hablaba de quien fui antes de volver a encontrar a Diani.

* * *

A Carolina la conocí en la ciudad, tres semanas después de instalarme allí.

Abandoné el pueblo tal vez por la misma razón por la cual abandoné la universidad y he abandonado todos mis proyectos: «Eres inconstante, no sabes qué quieres en la vida», dijo Carolina aquella noche.

Mi madre diría, lo dijo una vez: «Eres un genio, por eso se te dificulta poner la atención en una sola cosa».

Mi madre, una señora con pañuelos en la cabeza, con vestidos coloridos y sonrisa eterna. Murió sonriendo, anciana, llena de días bonitos y días amargos. Mi madre, una señora fuerte. De manos benditas. Murió y yo a su lado; murió en el ambulatorio del pueblo. Su sonrisa eterna la acompañó en la muerte. Mi madre, ¿para qué iba a seguir yo en este pueblo? Además, Diani se había ido de aquí un año antes.

Le hui a la soledad, de la misma forma como mi madre le huyó al abandono. Así como la madre de mi madre les huyó a las formalidades impuestas.

A mi abuela la quisieron casar con un señor de casi cincuenta años, cuando ella tenía casi diecinueve. Decidió fugarse de su casa, huir lejos de su pueblo.

A mi madre la abandonó mi padre. Se fue con otra, nos dejó. Recuerdo a mi madre gritándole: «¡Te olvidas de tu hijo! ¡No lo verás nunca más!». Su palabra se cumplió, mi padre no me vio más después de aquella noche; seguramente, cumpliendo la sentencia emitida por mi madre, también me olvidó.

Ella decidió por mí, vendió la casa, le dio la espalda a la ciudad donde murió mi abuela y vinimos a dar aquí, donde yo conocería a Diani, donde yo vería morir a mi madre; de donde huiría para encontrar a Carolina, allá en la ciudad.

Con Carolina viví años buenos. Tiene el mismo carácter de mi madre. Fue aquella tarde cuando me di cuenta del

poder de las palabras pronunciadas por una mujer. Ella dijo «Morirás solo, sin nadie, insatisfecho», como dijo mi madre «¡Te olvidas de tu hijo! ¡No lo verás nunca más!». Pensé en Diani. Sin embargo, en lo más profundo de mí, las palabras de mi madre hacían eco, no solo su sentencia a mi padre, ella también había dicho: «Un día, hijo, estarás solo, no estaré para ti, debes ser fuerte», y sucedió, allí estaba yo, a tan solo minutos de quedarme solo; allí estaba yo, necesitando ser fuerte.

Diez años tardaron en cumplirse las palabras de mi madre, y me fue revelado el gran secreto: hay poder profético en la sentencia pronunciada por una mujer, y ni siquiera la sonrisa bonita de Diani Álvarez diciéndome «Es mentira, no engordas si bebes mucha agua mientas comes», pudo distraerme del miedo, porque yo no quería morir solo, sin nadie, insatisfecho.

Los años con Carolina, antes de su sentencia, fueron buenos. Intenté aferrarme a ellos las primeras semanas después del fin de nuestra relación. Ella se arrepentiría de sus palabras, se daría cuenta de su error. Me extrañaría, como yo a ella y su amor por el orden; me extrañaría, como yo a ella y su amor por las rutinas, eso pensé.

Llegaron los meses de constantes lamentos, cayó sobre mí la culpa, la frustración. Mi inseguridad se acentuó, terminé de abrazar la soledad, me refugié en proyectos destinados al abandono. Carolina nunca dejó de sonar en mi mente, pero aprendí a vivir con su voz airada, con su mirada de furia. Protegí su fantasma, ninguna mujer me quitaría el recuerdo, ninguna mujer amenazaría lo construido por ella y por mí, lo destruido por los dos. Durante dos años me mantuve fiel al recuerdo de Carolina. Ninguna mujer fue capaz de

amenazar su recuerdo; ninguna mujer, excepto Diani Álvarez y sus caderas danzando al ritmo de Shakira.

* * *

No entré al local esa tarde.

No quería interrumpir el baile, aunque todavía no sé si realmente ocurrió. Diani Álvarez no cambió nada, era la misma adolescente. El paso de dos o tres vehículos hizo el efecto visual de una película avanzando a cortes violentos. Diani bailaba en el centro del local, de repente lo hacía junto al mostrador; luego desapareció, justo cuando Shakira apagaba su voz como si agonizase después de un orgasmo. Al rato se asomó de nuevo, apareciendo desde atrás de una puerta.

Me pareció verla mirándome, yo estaba del otro lado de la calle. Levanté mi mano en señal de un saludo, no fui correspondido. Quizás solo miraba hacia el vacío, mientras pensaba quién sabe en qué. Yo sí pensaba en ella. Por un instante pensé en cómo me veía saludando desde lejos a nadie, tal vez como un tonto. No quise mirar a los lados, no quise descubrir si alguien me veía como un tipo ridículo agitando la mano en señal de un hola no respondido. Como alguien no visto, ignorado, irreconocible ante los ojos de una Diani cuya adolescencia jamás se fue. La mía sí. Se fue con ella aquella tarde de julio.

Diani me esperó detrás del mural del padre Rufino. Como todas las tardes, el padre tenía sus lentes puestos y su sotana negra, o más bien pálida; se la pintarían unos meses después, y yo lloraría frente a él y su sotana recién pintada. «Todo ha sido lindo, Miguel», me dijo Diani. Con el pasar de los años, me avergonzaría del adjetivo con el cual ella definió

nuestra relación, y querría olvidarla. No por resentimiento, simplemente por vergüenza. Pero no podría, porque Diani Álvarez es inolvidable. No podría olvidar su sonrisa bonita y pícara, su mirada inocente, como si cargase el origen dentro de su alma; no podría olvidar su voz, cuyo sonido despertaba algo en mí, como un río descubriéndose de repente contenido en algún cauce y negándose a quedarse entre los límites.

«Todo ha sido lindo, Miguel», dijo Diani y yo no sospeché cómo acabaría aquella frase.

Los padres de Diani se divorciaban. Decidieron vender la casa del pueblo. La señora se quedaría con las hijas y se mudaría a la ciudad. La escuché contarme. «Pero todavía no te vas...», dije y ella me interrumpió: «Es mejor dejarlo ya, ¿para qué posponer lo inevitable?».

Inevitable es recordarte, Diani Álvarez. Inevitable es recordar la tarde cuando llegué al pueblo malhumorado porque yo no quería vivir allí, pero mi madre insistió en huir. Fuiste la primera niña a quien vi en el pueblo. Inevitable es recordar tus ojos curiosos viendo el camión de mudanzas pasar frente a tu casa. Yo me quedé mirándote, tú seguiste el camión con tu mirada, el camión giró a la izquierda y ya no estabas. Inevitable es recordar la noche cuando te reconocí danzando en el escenario de la Plaza de las Banderas, donde te vería danzar cada 13 de junio. Inevitable es recordar aquella noche cuando, dos años después de la tarde de mi llegada al pueblo, me atreví a acercarme y tú disimulaste. No me reconociste, eso me hiciste creer, para confesarme, semanas después: «Yo me quedé mirando el camión donde llegaste al pueblo».

«Algo podemos hacer...», dije y me interrumpió para repetir: «Todo ha sido lindo, Miguel». Se negó a cualquier

posibilidad, no perdía a su padre, quien se iba de su casa para vivir con otra mujer, perdía la fe en todo; y allí, frente al mural del padre Rufino, un hombre de fe, Diani Álvarez mató mi fe.

* * *

Llegué a la ciudad con mi mirada cansada.

En el pueblo intenté encontrar a mi madre en cada rincón, con su pañuelo en la cabeza, con sus manos benditas arrugadas, con su sonrisa; antes de su muerte no noté su sonrisa.

Después de su muerte no pude encontrarla. La busqué, su sonrisa sonaba en mi mente, como deben sonar los fantasmas cuando aparecen, pero ella nunca apareció. Y dolía su sonrisa. Porque su ausencia se rellenó con los recuerdos de las noches cuando me asomaba a su habitación, antes de llegar a este pueblo, y la encontraba llorando. No me atreví a acercarme a ella esas noches, lo lamenté cuando no pude encontrarla más.

Con la muerte de mi madre, el pueblo se hizo denso. Quería encontrarla y no podía; deseaba al menos encontrar a Diani Álvarez para decirle cuánto me dolía mi madre y su sonrisa, cuánto me arrepentía por la falta de coraje durante mi niñez, por no atreverme a cruzar la puerta de la habitación y abrazarla. Y la busqué a ella también, a Diani, detrás del mural. Recostando mi espalda sobre el retrato del padre Rufino, la esperé algunos jueves a las dos de la tarde.

Un 13 de junio me quedé mirando el escenario de la Plaza de las Banderas, deseé ver su cuerpo danzando, su mirada pícara, su sonrisa bonita, su cabello esparciéndose en todas direcciones con ritmo propio. Ella no apareció.

Lo supe esa tarde: debía huir, debía huir o moriría, debía huir para morir.

Mi mirada, cansada. Mi voluntad, derrotada. El sabor de la vida, amargo. La oscuridad, apropiada. El amanecer, inoportuno. Los sueños, indiferentes.

La ciudad me estorbaba tanto como el pueblo. Los recuerdos de Diani comenzaron a avergonzarme, los de mi madre me dolían. A Diani pude enterrarla, a mi madre jamás.

Y conocí a Carolina. En su sonrisa encontré a mi madre. Dejó de doler mi madre.

Ella le dio reposo a mi mirada, restauró mi voluntad; encontré otra vez el sabor dulce de la vida, el mismo sabor de los cepillados con los cuales mi madre y yo disimulamos haber olvidado a mi padre. La oscuridad continuó siendo apropiada, para disfrutarla con Carolina. Sus caricias me redimieron de las noches muy oscuras transcurridas en llantos y lamentos. El amanecer se volvió oportuno, para comenzar con ella un nuevo día, para reencontrarnos, redescubrirnos. Los sueños comenzaron a importar, apuntaron hacia el futuro; un futuro compartido, bonito, digno de cada amanecer.

La ciudad se hizo escenario de una gran historia, mi historia y la de Carolina, la chica de mi juventud, la chica de mi edad adulta, la chica de la víspera de mis treinta. Pero no la de mis treinta, porque ella creyó descubrir un mejor futuro sin mí, porque qué carajo iba a hacer con un hombre incapaz de culminar un solo proyecto en su vida, sí: «Dime, Miguel, qué carajo voy a hacer con un hombre incapaz de culminar un solo proyecto en su vida, qué carajo, Miguel...». Descubrió atormentador mi silencio, sí: «No me dices nada, Miguel, no hablas conmigo». Descubrió la desventaja de tener a su lado a alguien cuyo carácter explota repentinamente, sí: «No

entiendo tu carácter, Miguel, no entiendo tus cambios de humor, esos cambios inesperados, eres como diez hombres distintos, Miguel, eso pienso a veces». Y yo solo la miraba, la miraba sin ningún pensamiento al cual aferrarme, la miraba en silencio y entonces pronunció la sentencia, sí: «Morirás solo, sin nadie, insatisfecho». Y apareció Diani en mi memoria.

* * *

Fue mi rutina durante un año.

Al menos tres veces a la semana iba al Centro Cívico, caminaba por la calle Bolívar, me detenía unos minutos frente al local, del otro lado de la calle, y me quedaba observando a Diani Álvarez. Siempre en distintos horarios.

Ella llegaba a las siete de la mañana, entraba al local, se sentaba detrás del mostrador con su celular en las manos. A veces la veía reír, como si hubiese alguien junto a ella con quien compartía su risa. Luego se levantaba, les echaba un vistazo a los maniquís, les cambiaba alguna prenda y encendía el neón de «abierto».

Durante el mediodía no cerraba la tienda, el neón se mantenía encendido; Diani comía allí, atenta a la llegada de los clientes. Tomaba agua constantemente mientras comía, como queriendo todavía engordar. A veces sacaba el almuerzo del microondas, otras veces llegaba un Daewoo Cielo color verde, con aviso de taxi, de donde bajaba un muchacho moreno de unos veinticinco años y le entregaba una pizza, o una hamburguesa de McDonald's y un refresco, esto ocurría solo una o dos veces al mes.

Los lunes, miércoles y viernes, Diani se vestía deportiva, cerraba a las cinco de la tarde, una hora antes de lo anunciado

en el horario grabado en el vidrio de la puerta, y se iba al gimnasio, a cien metros del local.

Nunca vi señales de un novio o esposo, de hijos o de sobrinos. Sus hermanas no aparecieron durante ese año, tampoco su madre o su padre. Parecía una chica solitaria, aunque feliz.

Durante ese año despertaron todos mis recuerdos. Alicia, la amiga con quien eventualmente me encontraba en el pueblo para dejar escapar mis lamentos después de la partida de Diani, y antes de la muerte de mi madre, me había dicho: «Ella fue tu primer amor. Incluso cuando aparentemente logres olvidarla, recordarás el primer beso, el primer obsequio, la primera discusión...». Sentencia cumplida.

Me quedaba parado frente al local, como si estuviese esperando a alguien; miraba el reloj eventualmente, como quien está desesperado y cansado de esperar.

Del otro lado de la calle recordé el primer beso, el primer obsequio, la primera discusión.

Después de reconocerla danzando en el escenario de la Plaza de las Banderas, la veía a cada instante en los pasillos del liceo. La perseguí con la mirada, la seguí otras veces. Finalmente, una mañana de julio, ella se detuvo y volteó hacia mí, me quedé paralizado, me sentí descubierto. Ella solo me sonrió, volvió a mirar hacia el frente y continuó caminando. Dos días después estábamos hablando solos en el salón durante el recreo. Fue ella quien me besó por primera vez.

Sus labios dulces. Su respiración quieta. Sus ojos cerrados. La pasión de una chica amante de la danza y el escenario. Sus manos tomando las mías y llevándolas a su cintura. Su sonrisa bonita después del beso, de los besos.

Su voz, susurrándome al oído «Vamos a escaparnos hoy de Matemáticas» y yo afirmando con mi voz ahogada y mi respiración agitada.

«La feria de San Antonio también fue una idea del padre Rufino», me dijo una tarde después de besarnos de espaldas al retrato del padre, por primera vez me hice consciente del retrato y sentí vergüenza.

«Me gusta bailar salsa», me dijo otro día en el patio de su casa mientras sonaba «Una fan enamorada» desde el equipo de su sala. Se levantó de la silla y comenzó a bailar. «Sueño con ir a un concierto de Servando y Florentino», dijo bailando. Ese día supe cuál sería mi primer obsequio para ella. Un mes después llegué al liceo con un *cassette* de *Muchacho solitario*, el segundo álbum de estudio de los hermanos Primera.

La mañana cuando le entregué el *cassette* envuelto en papel de regalo, me quedé mirándola mientras lo destapaba. Su rostro se iluminó, miró hacia los lados y me abrazó. Quise vaciar su mirada en una botella y llevármela conmigo para siempre, envolver su sonrisa con los restos del papel rasgado por sus manos y conservarla. El obsequio me hizo merecedor de un abrazo y una sesión de besos; por supuesto, el padre Rufino fue testigo.

Una semana después ocurrió nuestra primera discusión, llegué a su casa y me recibió con un abrazo, sentí temor porque su madre podría observarnos. Ella leyó el temor en mi cuerpo: «No seas tonto, mamá no está en casa». Unos minutos después estábamos en el patio, debajo de los naranjales, ella encendió su equipo de sonido y Florentino Primera comenzó a cantar, me extendió su mano, quería bailar conmigo, pero yo no sabía bailar, todavía no lo sé. No quise admitirlo, tan

solo dije: «No quiero bailar». Ella se molestó, discutimos, me fui. Durante tres días no nos hablamos, me salvó un examen de Geografía, Diani me pasó su hoja de examen tan pronto la profesora Débora se descuidó y respondí sus preguntas.

Un año transcurrió y entonces me di cuenta, debía atravesar la puerta y pararme frente a ella, me reconocería, me abrazaría, reiríamos recordando.

* * *

Esperé hasta el 13 de junio.

Quería provocar nuestro encuentro de la manera más perfecta posible. De haber podido, habría puesto a sonar a Servando y Florentino en el local del otro lado de la calle. Así, cuando estuviese entrando, el canto de los hermanos Primera hubiera anunciado mi entrada. Tampoco pude esperar hasta las ocho de la noche, la hora acostumbrada para los números de danza el día de San Antonio en la feria del pueblo. El 13 de junio ella cerraría a las cinco de la tarde para ir al gimnasio.

Ese día me levanté temprano. Revisé las redes sociales. Llevaba un año siguiendo a Diani Álvarez en sus redes sociales. Busqué en *Youtube* las canciones «Fan enamorada» y «Muchacho solitario». Las hice sonar una y otra vez durante al menos tres horas, mientras revisaba el Facebook e Instagram.

Diani despertó a las cinco de la mañana producto de una pesadilla. Eso decía la leyenda de una fotografía capturando una extraña sombra producida por la luz de su mesita de noche. La foto la publicó en el Instagram, desde donde la compartió al Facebook. Vi la foto a las siete de la mañana, cuando ya tenía treinta y seis *likes* en Instagram y doce en

Facebook. A las ocho publicó otra fotografía: «Estoy lista para la jornada, hoy trabajo y *gym*». Me pregunté si ella recordaría la feria de San Antonio. Sus redes sociales no daban señales de ello.

A las dos, un nudo se apretó en mi estómago. Mis piernas se paralizaron y me dificultaron dar los pasos proyectados por mi mente. Desde aquella tarde, cuando vi a Diani por primera vez, no pude cruzar la calle y caminar por el lado donde se encuentra su local. Me armé de valentía, miré el reloj y levanté mi mirada de nuevo. Diani Álvarez tomó el celular y apuntó a su rostro sonriente, disparó un *selfie*. Detuve la intención de cruzar la calle y saqué mi celular para mirar en sus redes sociales. «Hoy es un gran día, lo mejor siempre está por llegar», decía la leyenda de la fotografía mostrando su rostro hermoso, su mirada bonita. La fotografía me retrasó una hora. Decidí caminar hacia La Fuente, la heladería en el Centro Cívico. Me comí un helado. Me levanté decidido. Caminé por el lado donde está el local y, cuando me hice consciente, mi mano izquierda abría la puerta y mi pie derecho entraba en el local.

Lo juro por Dios, escuché la voz de Servando gritando desde el otro lado de la calle: «Imaginé que me amabas, más allá del mismo amor».

La puerta se cerró tras mis pasos. El sonido llamó la atención de una señora, una cliente, quien miró hacia atrás y me sonrió. El rostro de Diani Álvarez se asomó a un lado de la señora. Ese era mi momento, nuestro momento. Justo allí Diani abriría sus ojos sorprendida, como si encontrase el *cassette* de los hermanos Primera al rasgar el papel de regalo; correría hacia mí, me abrazaría, me daría un beso. La señora se quedaría asombrada, pero disfrutaría ser testigo del

encuentro, incapaz de interrumpirnos se iría y más tarde le estaría contando lo sucedido a su esposo.

«Un segundo, por favor, ya la atiendo», eso fue lo dicho por Diani.

Su voz, doce años después, todavía despertaba en mí como un río descubriéndose de repente contenido en algún cauce, negándose a quedarse entre los límites. Ella seguía siendo aquella flaca lindísima, su rostro conservaba la adolescencia con la cual me enamoró. Y yo, yo no. Vi mi rostro reflejado en el espejo detrás del mostrador, no quedaban ni rastros de mi adolescencia.

Le di la espalda al mostrador, abrí la puerta de nuevo y salí del local.

* * *

No fue en ese instante cuando recordé la sentencia de Diani Álvarez.

Por un momento pensé en Carolina. No pensé en su sonrisa, donde encontré una vez más a mi madre. No pensé en los años buenos, pensé en aquella noche cuando, con sus ojos de fuego y el odio encendido en sus labios, me dijo: «Morirás solo, sin nadie, insatisfecho». Mi mano izquierda abría la puerta para salir. Hay un poder profético en la sentencia pronunciada por una mujer. Diani Álvarez no me salvaría de la sentencia de Carolina.

Regresé a casa derrotado.

Mi mente inquieta. Quería olvidarla de nuevo. La noche se asomó y con ella las palabras de Diani Álvarez, su sentencia: «Si bebes agua del Cardón, no olvidarás jamás este pueblo, volverás aquí».

No tenía escapatoria, debía volver al pueblo por mi cuenta o su sentencia me traería. Cinco meses han pasado. Aquí estoy. Frente a este arroyo. Frente al Cardón. No debí tomar de estas aguas ese día.

XII Edición (2018)

Veredicto

Nosotros, Armando José Sequera, Víctor Alarcón y Lennis Rojas, miembros del jurado de la XII Edición del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores, luego de haber leído detenidamente los 141 cuentos presentados a concurso, hemos decidido:

Otorgar el primer lugar al cuento titulado «Diez gotas», enviado a concurso bajo el seudónimo Polly Wants A Cracker, por la eficacia y claridad en el uso de los recursos expresivos con los cuales narra una historia que queda resonando en la mente del lector, retratando con humor negro las complejas y contradictorias circunstancias de sus personajes, obligando al lector a reflexionar en torno a ellas.

Otorgar el segundo lugar al texto titulado «El amor que decepcionaría al viejo Tarás Bulba», presentado bajo el seudónimo Alirio Calderón, en el cual valoramos su alta manufactura irónica y autorreflexiva, además de su solvente mención de elementos literarios y referentes cultos con un tono irreverente que evita diestramente el discurso pedante.

Otorgar el tercer lugar al cuento titulado «Chuchú», presentado a concurso bajo el seudónimo Juan Martín Torres,

por su capacidad de enganchar al lector con una historia que expone circunstancias grotescas y abismales dentro de un realismo muy bien construido, las cuales reflejan diversas vivencias de nuestra existencia cotidiana.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser: María Paula Russa Pérez (primer lugar), Miguel Eduardo Gamboa Rodríguez (segundo lugar) y Daniel Fermín Millán (tercer lugar).

De igual manera, decidimos destacar con una mención especial el texto titulado «Papá», el cual fue presentado bajo el seudónimo Leticia Viñas, cuyo autor resultó ser Heberto José Borjas.

Finalmente, hemos encontrado valiosos méritos en los siguientes cuentos (listados en orden alfabético), los cuales también decidimos mencionar:

- «Asuntos respiratorios», de Juan Manuel Romero Á.
- «La olla de Camboya», de Ander Harun de Tejada
- «Realismo», de Rafael Urdaneta.

En Caracas, a los 14 días del mes de mayo de 2018.

Armando José Sequera

Víctor Alarcón

Lennis Rojas

Diez gotas

María Paula Russa Pérez

Ya yo no era un adolescente. Ya había vivido casi toda la década de los veinte sin bañarme y dándomelas de rasta, ateo y hasta medio comunista. Ya había pasado las noches en Cuyagua y en Playa Pantaleta con media botella de anís y con cualquier bobita que se prendara de mis discursos diletantes de argentino *wannabe*.

Sabía que tenía buen porte. Alto, blanco, de rulos rubios y barba medio rojiza. Par de tatuajes en la espalda que, aunque creía saber qué significaban, no estaba del todo seguro. Nunca dejé que las marcas que el acné de la pubertad me dejó me hicieran sentir menos. Yo sabía que era bien parecido y que los Ray-Ban de aviador eran ese toque que ocultaba cualquier imperfección.

Usaba palabras como «auto» en vez de «carro», «laburo» en vez de «trabajo», «guita» en vez de «plata» y nadie me corregía. Todos me celebraban mi forma encantadora de hablar y se sentían seducidos por el mismo cuento de siempre: aunque no nací en Buenos Aires, me siento porteño porque papá lo es. Además hice un curso de mercadeo tres meses por allá. Eso cuenta.

La verdad es que el curso no me sirvió de nada, pero le hice suponer a mucha gente que con ese certificado sabía más que un doctor en Física Cuántica de la Universidad de Oxford... Y me creían. Qué curioso.

Nunca supe mi verdadera vocación. Nunca supe qué me gustaba hacer, ni para qué era bueno. Siempre me la pasaba con malas juntas, fumando marihuana y cigarros. Detrás de faldas sin cerebro que me hacían sufrir. Cómo me encantaba sufrir. Llorar por las esquinas amores que nunca tuve.

Me entusiasmaban los proyectos absurdos. El que más me gustó fue el de sembrar cannabis en Mérida. Compré las palas, el pasaje en autobús, reuní para la posada. Aprendí un poco de botánica, de geología, de meteorología. Para eso sí estudié.

Y mientras yo andaba en nada, papá luchaba contra dos accidentes cardiovasculares y un cáncer de páncreas. Nadie nunca me ocultó nada. Mamá me lo explicaba todo y aunque yo no alcanzaba a entender con exactitud, la abrazaba, le daba un beso en la frente y salía de casa muy triste a buscar cualquier otra distracción o algún problema nuevo. Algo tenía que ponerme a hacer. Algo que no fuera ocuparme de ellos.

El insomnio siempre fue mi compañero de todas las noches. Tomaba café sin parar, para no dormir. Los hombres interesantes como yo debíamos permanecer sin descanso.

Yo no creía en fantasmas, pero una noche pensé que había visto uno. Era papá que deambulaba de un lado a otro. «Estoy amarisho», me dijo. Mamá se había ido a casa de mi hermana a cuidar a Sebas, mi sobrino. Estábamos solos.

Me tocó ponerle un pantalón y un suéter, subirlo a la camioneta y arrancar para la clínica. «Le queda poco. Llévalo a casa», fueron las palabras del doctor. Y así nos devolvimos.

«Algo debe quedar por hacer», pensé. De pronto recordé todo lo que había leído acerca de la marihuana y sus propiedades medicinales. Que estaba comprobado que tenía efectos favorables en pacientes terminales. No cura el cáncer, pero adormece los dolores o los pensamientos.

Papá no aceptaría fumarla, aunque sabía que yo me gastaba la quincena comprándoles a mis «amigos» de la cuadra. Tenía que encontrar la manera de suministrársela sin que supiera.

Por fin el café y el insomnio tenían utilidad. Pasé tres madrugadas leyendo, buscando a quién contactar, averiguando qué tratamientos alternativos e ilegales pudieran ayudar. Al fin había encontrado una distracción provechosa. A nadie le he dicho, pero todavía no sé qué me embriagaba más, si la idea de salvar a mi padre o el hecho de que el motivo de su mejora fuera gracias a lo que a mí más me gustaba, a eso por lo que siempre había sido juzgado, criticado, execrado. Todos tendrían que tragarse sus palabras, sus miradas reprobatorias.

Después de tanto indagar, di con el tipo. Una especie de brujo homeópata, que comprime la hierba, la pasa por unos procesos químicos y la convierte en un concentrado. Unas gotas, que suministradas dos veces al día podrían hacer lo que tanto dinero gastado no pudo. No es que fueran económicas. Tendría que pedir las vacaciones para cobrar el bono y juntar unos ahorros en verdes, para poder comprarlas y estar con papá para ver cómo evolucionaba con mi tratamiento.

Llamé al Chino. Un viejo amigo del liceo, que acababa de terminar su posgrado en Medicina Interna y le conté. «No sé cómo vaya a reaccionar, pero no está mal que pruebes», me dijo.

Cuando tuve la guita me fui en busca de la dirección. Le pedí al Chino que me acompañara. Yo era un comunista sifrino y con esta cara de extranjero no me sentía seguro yendo solo.

La casa del brujo era en La Bombilla de Petare, un barrio peligroso y sin ley. Tuvimos que agarrar el metro, un autobús y un *jeep* que nos subiera hasta la parte más alta del cerro. Al bajarnos, caminamos bastante. Subíamos y bajábamos escaleras, buscando el lugar. No nos llevamos nada. Andábamos sin celular, con los zapatos más viejos que teníamos y con la guita de las gotas metida en los interiores y las medias. Menos mal que el Chino sabía poner cara de malo. Quién sabe por qué le decíamos Chino, si era más venezolano que la bandera, no solo por lo moreno sino por lo bien que se sabía mover en empresas de este tipo. El Chino era el que entraba a las licorerías con el uniforme del colegio y salía con «una» de ron Superior sin ningún problema, el que se robaba los exámenes y les cambiaba los nombres, el que le había metido la mano por el sostén a Alejandra en sexto grado. El Chino era un héroe. Siempre lo había sido.

Una vez en el lugar, una señora nos hizo pasar a lo que ella llamaba la sala. Un espacio pequeño delimitado por sábanas de distintos motivos, guindadas del techo, que hacían las veces de paredes. «El doctor Genaro no puede atenderlos, está con un paciente. ¿Tienen la plata?», nos dijo la mujer. Se la di y a cambio ella me entregó una pequeña botella de vidrio marrón, tapada con un gotero negro. Era el típico remedio de botica. «Aquí está. Diez gotas cada doce horas», agregó y nos fuimos. El regreso fue peor y más largo. Ya los malandros del barrio sabían que dos catiritos del este andaban por sus territorios. «Sí, yo soy catire. Catire pasado de horno», me dijo

el Chino entre dientes. Los bichos esos sabían también que habíamos estado donde Genaro, por lo que no se metieron con nosotros. Esa era una regla: a los pacientes del doctor, no. Pero igual nos decían cosas, nos amenazaban, nos pedían que saliéramos rápido de ahí, que no había plata para la piedra y que nosotros teníamos cara de billete.

Cuando llegamos a casa, al Chino se le ocurrió una idea: «Vamos a probar esta vaina a ver. Cinco gotas cada uno». Pero para nosotros eso no era suficiente. Teníamos que elevar la experiencia, así que nos fuimos al barcito que papá tenía en el estudio. Una mesa con ruedas donde había varios licores. Para qué tomarnos las gotas con agua, si podíamos diluirlas en brandy, jerez, coñac. Teníamos que brindar a la salud de mi viejo.

Una, dos, tres, cuatro y cinco gotas en dos vasos cortos. Elegimos whisky. Sin hielo. Y nos sentamos en los sillones de cuero del estudio a libar como si fuéramos dos intelectuales. O bueno, eso creíamos nosotros. Empezamos a hablar de puras tonterías: el trasero de Isabel, el motor de la camioneta, el equipo de sonido de la camioneta, el tubo de escape de la camioneta. Cuando nos terminamos de tomar el trago, nos dimos cuenta de que nada había cambiado. No nos sentíamos más ligeros, ni más agudos, ni más felices. «O Genaro me estafó, o ya nos volvimos *masters* de la marihuana», le dije al Chino y los dos nos reímos. No hizo falta decir nada. Yo me levanté de la silla y destapé la botella de whisky otra vez. El Chino contó cinco gotas más en cada vaso y volvimos a brindar por papá. Nada. Era un hecho. El típico calor que siente uno en el esófago cuando un trago es seco. Teníamos dos opciones, seguir contando de cinco en cinco gotas, hasta que sintiéramos la diferencia, o experimentar con el verdadero

paciente. Elegimos la obvia. Pero si esto iba a ser una fiesta, tenía que ser una fiesta de verdad. Había que llamar a un par de nenas bien dispuestas.

Isabel y Mariana estaban en Greenwich, un bar que debe tener en Caracas los mismos años que tiene la ciudad de fundada. Ese hueco siempre ha estado ahí, con el letrero de neón en la entrada, las mesas de madera, las paredes de piedra y el mismo disco que, cuando se termina, vuelve a empezar. Ellas siempre se sentaban al fondo. Allí fue donde las conocimos. No eran tan bellas, pero la estaban pasando tan bien aquella noche con sus faldas cortas y sus labios rojos, que buscamos unas sillas y, en medio de tanta gente y tanta oscuridad, nos presentamos, intercambiamos teléfonos y desde ese día cada vez que había un plan sospechoso las llamábamos a ver en qué andaban, porque nunca decían que no. Ellas no eran las niñas de su casa, con zarcillos de perlas, pantalones blancos y suéteres amarrados al cuello. Tampoco eran de las que iban en la tarde a merendar con las amigas a hablar de los novios, de los anillos de compromiso, de las vacaciones en Miami. Isabel y Mariana eran completamente distintas. Eran la versión femenina de nosotros. Nada más sensual que eso. Dos mujeres fumando Marlboro Rojo, teniendo sexo por diversión y probando lo que les pusiéramos en frente. Llenamos una carterita con el whisky que estábamos tomando, agarramos la botella de las gotas y nos fuimos en la camioneta de papá a encontrarnos con ellas.

Ahí estaban. Donde siempre. Piernas cruzadas y risas estruendosas. En la mesa tenían varias latas de cerveza ya vacías, *shots* de tequila que ya se habían tomado y esas mujeres se veían enteras, como si hubieran pasado el rato a punta de agua. El Chino y yo quisimos emparejar el nivel de alcohol.

Dos whiskys era chuchería en comparación con lo que siempre tomábamos. «¡Tequila para los caballeros de esta mesa!», exclamó Mariana y le hizo al mesonero el típico círculo en el aire con el brazo, indicando la nueva ronda. Llegaron cuatro cervezas y cuatro tequilas. Y así empezó la noche.

El Chino y yo nos habíamos repartido a Mariana y a Isabel en varias oportunidades. A veces yo me llevaba a una por ahí y él a la otra. Y a la semana siguiente cambiábamos. Esa noche me daba igual. Con cualquiera que estuviera dispuesta a irse conmigo a la cama más cercana, era suficiente.

La botella de las gotas me latía en el bolsillo interno de la chaqueta de jean. Me llamaba como si estuviera desesperada por salir de ahí. Me quemaba el pecho, como si tuviera un carbón encendido. Ya era el momento. «Compré algo que todavía no sabemos qué hace, ¿quieren?», dije en voz baja, como si las demás personas pudieran escuchar algo en medio de tanto ruido. Las muchachas, sin ni siquiera pensarlo, acercaron los pequeños vasos en los que hace unos minutos estaban hasta el tope de tequila, puse cinco gotas en cada uno y dos dedos del whisky que me había llevado en la carterita y que se acabó inmediatamente. A partir de ahí el procedimiento tenía todo un orden: primero el *shot* de tequila, luego la cerveza y finalmente las gotas diluidas en lo que fuera: vodka, ron, ginebra, cocuy.

Greenwich estaba repleto de gente y el ambiente estaba como siempre, pero nosotros teníamos nuestra propia fiesta privada en la mesa del fondo. Las cervezas nada tenían que envidiarle a la champaña. Isabel y Mariana nada tenían que envidiarles a esos modelos top que salen en las revistas. El Chino y yo nada teníamos que envidiarles a los novios de esas modelos.

Las chicas, para variar un poco, empezaron a pedir cosmopolitans, piñas coladas, mojitos, y nos pedían a nosotros martinis y *old fashions* que, según ellas, eran los únicos cocteles para machos. Menos mal y estaba el Chino que ganaba sueldo de doctor con experiencia en la clínica de su papá, porque no había forma de que yo pagara la mitad de esa cuenta y menos después de haberme bajado de la mula en La Bombilla.

Mientras el tiempo pasaba, las chicas se iban viendo cada vez más atractivas, más provocativas. Y yo me iba sintiendo cada vez más liviano, más tranquilo, más alegre. Isa se me acercó y me dijo en secreto: «¿Nos vamos?». Le hice una seña al Chino y este entendió de inmediato. Con solo mirarlo le dije «tranquilo, yo me la llevo y en dos horas estoy de vuelta», y él, sin decirme nada, me contestó «dale sin miedo, cualquier vaina agarramos un taxi». Qué buen amigo era el Chino.

Salimos del bar abrazados y riendo a carcajadas. Nos metimos en la camioneta y cuando arranqué Isa empezó su rutina de siempre: «¿Te gusta mi *short*?» y separó las piernas. Eso era lo que me atraía de ella. Era desinhibida y sin la doble moral que tienen las niñas reprimidas que estudiaron en un colegio de monjas, pero a la vez se movía con elegancia. Nada era vulgar y ordinario en ella. No era mi estilo, pero me gustaba. Me gustaba su piel lisa y blanca, me gustaba su cuello largo, me gustaba que fuera un centímetro más alta que yo y me gustaba que aunque ya la había visto sin ropa, no me aburriría verla de nuevo.

En la billetera tenía algo de efectivo y la extensión de la tarjeta de crédito de mamá. Con los billetes me alcanzaría para un hotelucho de mala muerte, pero con la tarjeta podría llevármela a un lugar más decente. Ella no era exigente, era yo

el que no soportaba la decoración barata, las sábanas curtidas y los afiches pornos de los ochenta. Sabía exactamente para dónde la iba a llevar.

A un par de calles del bar quedaba un hotel muy viejo. Hace años seguro era el lugar perfecto para empresarios extranjeros, pero después se convirtió en un sitio de camas para gente como yo. No tenía cinco estrellas, pero era aceptable. Tenía un estilo parecido a la locación de aquella película de Kubrick, donde Jack Nicholson perdía la cabeza y quería matar a su esposa y a su hijo.

El hotel era tenebroso e interesante. Portones de madera, piso de granito, una fuente en la entrada que no tenía agua y una recepcionista que hablaba poco. «Es la cuarenta y tres», nos dijo la mujer sin mirarnos a la cara y nos dio el típico llavero de acrílico gigante con el número de un lado y en el otro un escudo medieval con el nombre del hotel: El Cid.

No recuerdo cómo llegamos al cuarto. No sabía si habíamos subido por las escaleras o el ascensor, ni en qué momento me había quitado los zapatos. Trataba de recobrar los sentidos para no confundirme de nombre, cuando estuve preso entre los muslos de Isabel. «Isabel, Isabel, Isabel», me repetía en silencio para no equivocarme y daba tumbos por el angosto pasillo que conectaba la habitación con la pequeña sala, donde una nevera ejecutiva oxidada hacía un ronroneo parecido al que hacen los carros cuando les cuesta subir por una pendiente muy empinada.

Isabel no estaba en la cama, ni en el baño, ni en el sofá, ¿dónde estaba? El viento sopló una sola vez y al mover la cortina del balcón descubrió su silueta completamente desnuda y de espaldas, mostrándole a la ciudad todo su cuerpo. Era tarde y ya no había nadie en la calle, pero a ella no le hubiera

importado que alguien la viera. No le interesaba ser perfecta, le interesaba sentirse libre, aunque eso fuera simplemente estar a la intemperie sin ropa. Entonces recordé a Francesca. La perra aquella que me destrozó en mil pedazos en la universidad. La única mujer con la que me hubiera gustado casarme y tener hijos. Isabel no se parecía en nada a ella, pero al verla ahí me provocó vengarme de alguna forma. Quería herirla, como Francesca había hecho conmigo. Castigarla por ser otra más. Una maldita más de ese montón, que lo único que quería era un tipo bello y con plata. «Quédate quieto», me dije y ella volteó al escuchar mi voz e inmediatamente volvió a su posición inicial, mirando hacia la calle como si nada hubiera pasado. Como si yo no estuviera ahí. Su indiferencia me atrajo. Sentí que la deseaba. Sentí que la amaba.

Fui caminando hasta el balcón como pude, mientras me bajaba el cierre del pantalón lleno de expectativas. No había tiempo de llevármela lentamente a la cama, ni de decirle estupideces al oído. Tenía que ser ahí donde ella estaba. Tenía que ser espontáneo, como había sido ella en la camioneta, cuando me enseñó el *short* y las piernas. Presioné mi cuerpo contra el suyo, le acaricié la espalda y los brazos, pasé mis manos por delante de su torso y le agarré las tetas. «¿Qué estás haciendo?», me dijo Isabel entre risas burlonas, pero su voz venía de otro lado. Giré la cabeza y detrás de mí, a unos dos metros de distancia, estaba ella viéndome extrañada, como asqueada y cínica a la vez. Todavía vestida. Entre mis dedos sentía el vacío de la nada que estaba abrazando. Mis muslos sentían el frío concreto del balcón, donde se apoyaban creyendo que era ella.

Isabel con una voz suave me dijo «ven» y extendió su mano. Me apresuré para alcanzarla. Ella, al verme, empezó a

correr por toda la habitación. No era una habitación, era un apartamento. No era un apartamento, era una mansión. No era una mansión. Era un castillo.

Ella comenzó a bajar unas amplias escaleras, corrió hasta llegar a un jardín interno lleno de flores y ahí dio vueltas como un carrusel, danzó descalza como una musa, rio alegre como un hada. Se veía hermosa, delicada. Parecía ser ligera como las alas de un colibrí. Tan ágil que pasaba, rozándome apenas, y seguía correteando como una niña. Yo intenté alcanzarla, pero era imposible. Se escondió detrás de las puertas, salió por las ventanas, entró en todas las habitaciones y cuando sentí que la iba a atrapar con las dos manos, como se atrapan los grillos en la grama, se desvaneció.

El silencio se apoderó del amplio salón donde me abandonó. No había nada a mi alrededor, solo paredes. Recordé al Chino y a Mariana en Greenwich. ¿Cuánto tiempo había pasado? Tenía que salir de ahí. «Isabel, ¿dónde estás?», grité. Mi voz se devolvió en un eco afilado y estridente. Caí al piso. No respondió mi cuerpo cuando le pedí que se levantara, no sonó mi voz cuando le pedí que hablara, no se abrieron mis ojos cuando les pedí que miraran. Yo sabía que estaba vivo y despierto, pero no podía hacer nada. Nadie me encontraría ahí. Ni yo mismo sabía dónde estaba. De pronto una calma se apoderó de mis pensamientos, dentro de mis párpados ya no se veían colores y destellos, todo se iba apagando. Hacía tanto tiempo que no me entregaba así al descanso. Se me había olvidado lo que era la serenidad. Lo que era no pensar en nada, lo que era renunciar a los tormentos. Sin testigos no tenía que pretender. Podía ser alguien normal. Alguien que duerme en medio de un salón, en un castillo desconocido.

De repente un susto. Un golpe. Un chillido. Mis párpados dejaron entrar una delgada línea de luz muy brillante. Poco a poco pude acostumbrarme al rayo de sol que entraba por la ventana. Ahí estaba yo, en medio de la habitación cuarenta y tres, con el cierre del pantalón todavía abajo, solo, con un pequeño río de saliva en la mejilla. La mucama seguía dándome cachetadas. Logré incorporarme y me senté en el suelo. Todo a mi alrededor era un desastre. El colchón contra la pared, las lámparas de cerámica rotas, la pantalla del televisor partida, huellas de sangre en la alfombra. «Señor, ¿me escucha?», me repetía la mujer una y otra vez. Claro que la escuchaba, pero poco me importaban su presencia y sus preguntas. Busqué en el bolsillo del pantalón y ahí tenía las llaves de la camioneta y el celular. Me puse los Ray-Ban de aviador, aparté a la señora del pasillo y salí de la habitación en calma, muy lentamente. Atrás se quedó la mujer gritándome.

El ascensor estaba ahí, pero preferí bajar por las escaleras. Caminé largo rato por el pequeño estacionamiento buscando el auto, hasta que por fin lo encontré. Encendí el motor y cuando pisé al acelerador me di cuenta de que estaba todavía descalzo y que tenía la planta de los pies rotas, ensangrentadas. No sentí dolor y arranqué.

En el camino de regreso estaba tranquilo. Bajé los vidrios y recordé lo mucho que odiaba mamá que lo hiciera. Encendí un cigarro y recordé que mamá también odiaba que fumara en el auto. Prendí la radio:

Cuando Juanica y Chan Chan
en el mar cernían arena
cómo sacudía el «jibe»
a Chan Chan le daba pena.

Me provocó bailar. «Ah, sí es verdad. Tú no sabes bailar», dije en voz alta viéndome en el retrovisor y me reí.

Al llegar a casa, estaba mamá sentada en la mesa del comedor frente a una taza de café. Le di un beso en la cabeza y seguí como si nada. «Se murió», dijo y me detuve sin voltearme a mirarla. «Estoy esperando al doctor para el acta de defunción. Ya tu tío Alfredo viene». Fui a abrazarla, pero ella no se dejó. «Tienes los pies rotos. Estás ensuciando la alfombra».

Como sabía que ya nada se podía hacer, me metí en el baño, cerré la puerta y abrí la llave del agua caliente de la ducha. Me empecé a desvestir viéndome al espejo. Al dejar caer el pantalón en el suelo, un ruido sólido me hizo levantarlo nuevamente. Revisé todos los bolsillos y ahí estaba la botella de las gotas. No le quedaba mucho, pero algo había. La puse sobre el lavamanos y seguí inmóvil, observando mi reflejo, que poco a poco se iba empañando.

El amor que decepcionaría al viejo Tarás Bulba Miguel Eduardo Gamboa Rodríguez

I

Antes de competir para el concurso, para ver si por fin batía el miedo y me mostraba al mundo literario, convencí a Javier de que también lo hiciera. No recuerdo bien quién envió a quién el tuit; ni mucho menos recuerdo qué nos dijimos por WhatsApp (sin duda una manera de comunicarse un tanto extraña para personas que viven entre libros). Lo que sí sé, lo que verdadera y tercamente sé, fue el tictac de mi cabeza: ¿de qué carajo vas a escribir? ¿El mismo cuento sobre Lorena? ¿El mismo cuento sobre el amor? ¿La misma historia contada desde Grecia hasta Shakespeare, pasando por *Ulises* y *Las palmeras salvajes*? ¿O serás un epígono de Onetti, Borges, Bolaño, Arguedas, Henry James? Etcétera, etcétera. Sí, etcétera, etcétera. Porque justamente ese etcétera deja de ser una interrogante, una palabra salida del tono interrogativo, para convertirse en una afirmación, en una reiteración.

Sobre mi relación con Lorena, sobre cómo perdí la inocencia con ella, sobre cómo nos asfixiamos, cómo nos atosigamos, nos extrañamos y despedazamos hay mucho que escribir. Un cuento, una novelita quizá. En ella no terminaríamos

juntos. Yo sería el típico escritor, bebedor de güisqui o ron (para ser criollos en esto) que frecuentaría burdeles para encontrarla. Luego de hallarla, quizá en otro país u otra ciudad, nos acostaríamos otra vez. Ella me hablaría en otro idioma y yo le respondería en castellano. Qué carajo te pasa, ¿vamos a volver o no? Y, por supuesto, no volveríamos.

Sobre el país se escribe todos los días. Javier me dijo, entre tragos y responsabilidades laborales, que él ya tenía un par de cuentos hechos. Recuerdo que se bebió un palo de Carta Roja y se frotó la cabeza. Pero no sé, yo creo que va a ganar uno que hable sobre la situación país. Un lugar común ganará, pensé. Recordé el texto de Harry Almela, publicado en *El Nacional*, sobre la eternidad de los lugares comunes y sobre la forma, el fondo y las historias por narrarse. Le dije a Javier que no importaba, que aún si ganaba ese, los jurados tendrían el criterio para notar el valor de nuestros escritos.

Sobre la existencia escribiré, me dije, pero eso tampoco tiene sentido. A un hombre que no tiene una erección no le pesa la existencia, le pesa la consciencia. Y eso hay que tenerlo muy claro: no es lo mismo la existencia que la consciencia.

Quizá si me pongo *sartriano* (palabra que Word reconoce), *nietzscheano* (Word no la acepta pero la RAE sí) o *kafkiano* (válida en todos los terrenos, pero una pesadilla para la literatura), daré con la ficción circular. Es decir: iniciaré, relataré y terminaré. Principio, nudo y desenlace. Pero no puedo apropiarme de algo que no es mío. Puedo desollarme, desollarme con la filosofía francesa, alemana y austríaca. Pero me rendiré al deseo de ser, como dicen Los Cafres, *tu aire*. Es decir: el aire de Lorena. Así que mejor escribiré sobre aquella noche, aquel día, aquel fatídico día en el que Javier y yo hablamos. Y estaba Mariana. Y estaba Alejandro. Y Fidel.

Y mi hermano que armaba un porro cada 30 minutos. Y mis padres arrechos por el ruido. Y Leonardo utilizando mi teléfono para hablar con una de las morenas más hermosas de la historia. Pero terminaré con Lorena. Tarde o temprano ese será el desenlace. El transcurrir es esta noche. Con todos estos personajes. El inicio será cómo carajo empecé una relación con una mujer que me desolló, que me desuella aún y que me desollará como un detective salvaje hasta que dé con la victoria en este concurso, o en otro, o en otro, como lo hizo Roberto Bolaño, como lo hizo Stephen King. Lo único diferente de este relato, señores del jurado, es que solo yo sabré si esto es ficción o periodismo. Ustedes pueden pensar lo que les dé la gana.

II

A un lugar con una mesa redonda concurren todo tipo de personajes. Lo que nunca imaginé fue que allí, en ese mueble con ocho sillas de hierro forradas de gamuza, estaría Lorena. Recuerdo que llevaba *Tarás Bulba*, que la ojeaba porque me daban mucha risa los personajes de Gógol. Y esa novelita, en particular, me hizo sentir como una especie de héroe. Un héroe que tenía una virilidad rara (pues Gógol era un maricón de novela), dispuesto a dejarse ver por un grupo de extraños. Llegué puntual al salón. Me acomodé en una esquina. Desde allí la luz del ventanal no me pegaba en los ojos, hacía su agosto con mi cabeza. No era una luz de agosto, pero sí era un calor horrible que iluminaba a Lorena, que la desdibujaba en su piel blanca, su cabello teñido de negro, su sonrisa siempre nerviosa. Para mí ya era una historia de amor. Hablaba de arte, de eventos de arte, de cómo podíamos

colaborar. Ya todos en el grupo me conocían por referencia, pero no sabían quién era. No sabían que me regresé de Mérida, que no terminé la carrera en la Universidad de los Andes (ULA) a causa del insomnio. Un insomnio pajúo (porque no hay otra forma de llamarlo) que era consecuencia de un temor a la homosexualidad. Pero ese insomnio pajúo se convirtió en mi *stairway to heaven* o *to hell*, para ser más precisos. Me aislé, trabajé como heladero, como entrenador de fútbol menor. Visité Caracas para comprar libros, libros y libros. Quería ser escritor. Empecé a salir con muchas mujeres. A muchas marqué, muchas me marcaron. Me la pasaba drogado. Iba a psicólogos. Iba a psiquiatras. Pero el temor seguía allí, latente. Era mío. Lo atesoraba: era mi excusa. Uno siempre es un cobarde. La mayoría lo es. Pero solo los verdaderos cobardes tienen excusas. En fin, me desvié. Hablaba de Lorena. Ella preguntó mi nombre. Se lo dije. Luego me dijo que contara algo sobre mí. Qué sobre mí, le dije. Algo, dijo, qué edad tienes. Se la dije. Empezaste tarde (creo que dijo, ahora no lo recuerdo). Sí, estuve un tiempo en la ULA. Ella me dijo que fue a Mérida chiquitica, que siempre quiso volver, pero nunca lo hizo. Luego preguntó por qué me regresé. Razones personales, contesté. Se ofendió como se ofenden las mujeres, con un tilín de curiosidad. Luego hablamos sobre libros. Y ella me dijo que quería *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley. Y yo le dije que lo tenía, que me había encantado (aún me apasiona el izquierdismo) y que se lo podía prestar.

Ella tenía novio. Era la historia de amor de Grecia, Dublín, Yoknapatawpha, Macondo, Santa María y Santa Teresa. En fin, un lugar común. Una esquina en la que venden perros calientes, en la que un perro cruza la calle a hora pico. Pero era mi hora pico. Su piel me disparaba. Poco a poco

la conocí. Entré en su vida. Le presté el libro. No lo leyó. Le presté otro. Lo leyó. Me prestó uno. Lo leí. Poco a poco nos íbamos conociendo. Entre nosotros se fraguó un deseo incommunicable. No nos hablábamos, pero nos pensábamos continuamente. Ella no sabía que era virgen, ella no sabía que me regresé de Mérida porque temía que me gustara almidonar solitarias. Pero yo la quería almidonar a ella. Aún quiero hacerlo, pero esa es otra historia. Como Molly Bloom a su marido Leopold, ella día a día le era infiel intelectualmente a su pareja. Y él la retribuía físicamente. Ese cóctel la acercó a mí. Y yo era experto para las mujeres atrapadas, sodomizadas en la castidad y ávidas por la libertad. Yo era una especie de King Schultz en *Django desencadenado*. El hombre que daba a las mujeres su libertad, como el dentista se la daba a los negros de Mississippi. Una vez una expareja me dijo: es que a ti te vemos como un escape. Al principio queremos amarte, casarnos contigo. Es como una orgía. Queremos esa orgía contigo. Pero nos damos cuenta de que estás tú. Solo tú. Y de nada sirves sin la orgía, la orgía que solo tú puedes prometer. Pienso que esa mujer fue cruda, pero infalible. Esa idea de la orgía resume mis relaciones con las mujeres. Resume mi relación conmigo mismo. Resume qué es la poesía para mí, qué es la narrativa y la música: una orgía a la que asisto solo yo.

Leonardo, uno de los amigos de los que hablé al principio, me dijo tras tomarnos unas cervezas que le escribiera. Yo era el cacho de otra relación. La mujer me enviaba fotos de su ropa interior, venía a mi casa, me decía te quiero. Yo quería estar con ella, pero no me sacaba de la mente a Lorena. A ella con el piano, a ella preguntándome por el viejo Tarás Bulba, a ella diciéndome que Baudelaire era un misógino, a ella discutiendo conmigo sobre si era o no lo era. La quería

para mí. Tenía que ser mía. Debía ser mía. Ya era mía. En ese ínterin visité a mi hermano, el marihuanero que cité arriba (casualidades literarias, ¿o periodísticas?), en Buenos Aires. Pasé como 14 días sin hablar con ella. Viví incomunicado y feliz, entre el subterráneo que atraviesa la ciudad de la furia, entre la cancha de Racing de Avellaneda, el *lobby* del hotel y los puestos de libros usados en la avenida Corrientes. Me traje muchos libros de filosofía: *Diario de un seductor*, de Kierkegaard, *Temor y temblor*, de Kierkegaard, y *Cartas de amor* a Regina Olsen, también de Kierkegaard. Compré a Maiakovski, Bukowski y a Juan Carlos Onetti.

Leí *El pozo* el día que regresé a Venezuela. Me quedé en un hotel junto a mis padres. Un hotel lleno de moho y humedad en el que dormí la primera siesta en años. Revisé mi teléfono: Te extraño, te extraño, dijo Katherine. Quiero que vuelvas, quiero ir a tu casa, pequeño, deseó Katherine; Marce, extrañamos tus chistes. Aquí lo que hacen es hablar paja. ¡Regresa, Marcelo!, dijo Gabriela; ¿Vamos a estar en el mismo grupo de Psicología?, preguntó Andreína. Otros mensajes intrascendentes. Ningún mensaje nuevo de Lorena. Un solo mensaje no leído de Lorena: un mensaje que me envió la noche que partí a Argentina; un vuelo raro en el que toda la tripulación estuvo aparcada una hora en la pista; un vuelo en el que un oficial nos dijo que había un desperfecto eléctrico; un vuelo en el que otro oficial desmintió al oficial; un vuelo en el que un arribista instó a la tripulación a que se bajara del avión hasta que la aerolínea nos garantizara un viaje seguro; un vuelo en el que ni mis padres, ni mi tía, ni yo, ni el arribista nos bajamos pero estábamos bastante cagados; un vuelo en el que 4 personas se bajaron. Mientras eso ocurría yo se lo comentaba a Lorena. Y el último mensaje

que me envió, antes de que arrancara y la señal la perdiera hasta volver a Venezuela, como si la comunicación del siglo XXI también dependiera de una frontera, era: Tranquilo, no seas exagerado, no te va a pasar nada. Cuando regreses hablamos. Que tengas un lindo viaje. Un besito y un abrazo. Ese besito, ese abracito lo recibí en Venezuela. Y fue una excusa para escribirle.

III

Conocí su casa por su tozudez. Organizó una reunión para los miembros del grupo. Para ese momento ya jugábamos a la estrategia de Tom Cruise en *Magnolia*. Y yo no me iba a disculpar por lo que era. Y yo no me iba a disculpar por lo que necesitaba. Y tampoco lo haría por lo que quería. Así que jugamos a lo Benedetti. Pura táctica y estrategia. Ya su relación estaba en la hora pico y yo era ese perro, testarudo, que iba a montarse en la isla, en esa isla oceánica de acero que resguarda a los osados que cruzan las calles y avenidas de Puerto Ordaz. Otros la pretendían. Pero ya era mía. Yo lo sabía. A la noche siguiente de la reunión, le dije que le había traído algo de Buenos Aires, pero que prefería dárselo a solas. Me invitó a su casa. Esta vez fue a mí, no a los demás. Y allí le entregué dos películas de Ingrid Bergman y *La balada del café triste*, de Carson McCullers. Nos sentamos en unos banquitos, en el patio del conjunto residencial. Ahí le dije que me gustaba, que me gustaba mucho. Y me abrí por primera vez con alguien. Fui yo quien dio la tarjeta de invitación a la orgía, a mi orgía espiritual. Le conté todo sobre Mérida. Y ella me dijo que también había dudado de su sexualidad, que a todos nos pasaba. ¿Pero todavía lo sigues dudando? Y

yo le dije que no, que me gustaban las mujeres, y que, por encima de todo, me gustaba ella. Y ella no me dijo que le gustaba, pero sí cuadró una salida el viernes de esa semana. Y fuimos a jugar tenis. Y ella se vistió como Scarlett Johansson en *Match Point*. Y bebimos cervezas. Y nos fuimos a su casa. Jugamos dominó y abrimos una botella de vodka. Y al final de la noche quería besarla. Quería besarla. Y lo hice. Y ella sonreía porque yo estaba temblando. Y yo sonreía porque era la gloria. Porque *bendito Dios, porque al tenerte yo en vida, no necesito ir al cielo tisú*.

Y la relación era así. Y perdí la virginidad así. Era como un temblor, como un terremoto que despacha su ropa como despacha rocas y piedras. Se la quitaba en un juego inocente. Ella perdía una mano en el dominó y se quitaba una prenda. Yo hacía lo mismo si perdía. Y recuerdo que yo tenía poca ropa. Y ella tenía zarcillos, pulseras y muchas más cosas que quitarse. Y yo quedé desnudo rápidamente. Y ella se desnudó poco a poco, palmo a palmo, hasta que quedó completamente desnuda, hasta que quedamos completamente desnudos y nos besamos, tocamos, desanudamos, enceguecimos como si estuviéramos en eclipse, pasmados ante tanta lujuria, ante tanta espera, ante tanto empuje. Y cuando salí de su casa todavía tenía el cierre abajo. Y cuando me lo subí reí. Quise llorar, pero no podía. Nunca deseé nada en mi vida. Todo simplemente aparecía por arte de magia. Mis padres, mis libros, mis amigos, las rumbitas, los chalequeos, el rock de Led Zepellin y de Gustavo Cerati, el *beat* de Headhunterz y D-Block & S-te-Fan, la poesía de Éluard, de Montejó y de Roberto Juarroz, la historia que me contó Leo Huberman y las disertaciones filosóficas de Karl Marx y Gramsci. Todo eso era una aparición. Lo que yo hice con Lorena, lo que hace

cualquier persona en ese lugar común de Harry Almela que es coger, que es amar, es magia al estilo de Hugh Jackman en *El gran truco*: pura electricidad.

Y así estuvimos varios meses. Ella y yo, centímetro a centímetro. Comprábamos libros. Los leíamos y los discutíamos. Cogíamos, cogíamos, cogíamos. Viví repetidas noches en su casa. Le hacía arepas (algo sorprendente, dado que era un vago incorregible como Jeff Lebowski) y ella me enseñó a prender un fósforo. Recuerdo que la primera vez que lo hice sentí el fuego en mi cara, el calor dentro de mi piel. Temí tanto que lancé el fósforo al fregadero. Y Lorena se reía de mí. Se cuajaba de la risa. Qué miedoso, digo yo que pensaba. Y así era con todo. Basta con tener pareja para darse cuenta de que cada cabeza es un mundo. Yo no tenía nada para ofrecer. Algún día la elocuencia y el conocimiento se me acabarían. Algún día no sería suficiente el viejo Tarás Bulba y mi opinión sobre Renoir o Monet. Algún día el verdadero conocimiento, el conocimiento práctico, el que se aprende gracias a una erección de dos horas y múltiples posiciones sexuales; el que se aprende gracias a manejar una cuenta bancaria, a prender con un fósforo en mano la hornilla a gas; el conocimiento que se aprende cuando no se le tiene miedo a la vida. Algún día el verdadero conocimiento ella iba a necesitarlo. Y en ese terreno yo no podía brindarle nada. Ella guiaba a un ciego. A un ciego cuchi, a un ciego inteligente, a un ciego que puede ver, pero que se niega a ver.

Pero antes de eso cogimos. Y cogimos bien. Y lo hicimos muchas veces y pocas veces, porque cuando pasó el tiempo, no el tiempo ese de Heidegger y Proust, o el de Einstein y Faulkner, sino el verdadero tiempo, el que pasa segundo a segundo, día a día y mes a mes, nos dimos cuenta de que más bien lo

habíamos hecho poco. Muy poco. Bastante poco. Y yo me consideraba un pobre amante. Un amante burgués. A saber: una cama, una o dos posiciones, una felación, un *cunnilingus*, besitos en los pezones y un éxtasis complejo, pero mediano. Y a nadie le gusta la burguesía. Eso hay que tenerlo muy claro. Todos somos revolucionarios. Pero la burguesía es nuestro destino. Y la inconformidad revolucionaria es nuestro mantra. Y ella era revolucionaria en ese sentido, en ese sentido lleno de desaciertos de caligrafía. Mientras ella escribía una C, yo escribía una o, mientras ella escribía una G, yo escribía una e, y mientras ella insistía en una R bien mayúscula, yo creía que la R solo debía ser mayúscula. Para ella el sexo era mayestático. Así: COGER. Y el mío era así: CogeR. Mientras su aspiración era el Himalaya, la mía era pirenaica.

Por eso no me sorprendió que ella me dijera, mientras vacacionaba por Madrid, que ya no estaba segura de lo nuestro. Que todavía no había olvidado a su ex. *Ella usó mi cabeza como un revólver, incendió mi conciencia con sus demonios*. Y pensé en el lugar común de Harry Almela, en la canción de Cerati. Llegué tarde. Además tenía un fideo quemado, que se para cuando quiere, que se para cuando le da la gana y cuanto le da la gana. Y me di un baño cerebral, pero no estaba listo para ser amado. Y pasó el tiempo, el verdadero, y el vacío me pareció un lugar normal. Qué amo era Cerati. Así que mientras ella lloraba, yo pensaba en cómo la cagué, en cuánto la cagué. Y le dije, cobardemente, que mejor terminábamos.

IV

Ya estamos cerca del transcurrir, señores del jurado. Pero antes quiero contarles sobre aquellos dos años y medio de

separación. Apenas terminé con Lorena quería desollarme. A veces miraba películas y lloraba, lloraba con *Silver Linings Playbook*, con *Groundhog Day*, con *El príncipe de las mareas*. Nuevamente me sentí identificado con *En busca del destino*, aunque yo me veía más como el personaje de Ben Affleck, ya que con el de Matt Damon, salvo porque era igual de cobarde, no me parecía en nada. Era inverosímil crearme un genio. Pero la gente lo creía en serio. No solo mis padres. Mis amigos, mis colegas en el periódico, mis profesores. Parecía una de esas epidemias, una de esas pestes muy de Camus, muy de ese mundo absurdo en el que todos confían o apuestan por un personaje de mierda. Yo lo que hacía era pensar en Lorena. Pensaba en ella día y noche. Y escribía poemitas de amor, poemitas revolucionarios, contrarrevolucionarios, poemitas de los que me sentía bastante orgulloso (al principio, luego no) que utilizaban palabras de mierda como etéreo, efímero, ubicuo, ineluctable. Palabras que aprendí mientras leía el *Ulises* de James Joyce, que aprendí mientras leía *La Habana para un infante difunto* y *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante. Por favor, jurado, no vayan a pensar que este es un *chauvinismo* pendejo. No quiero vanagloriarme de lo que leí, que, además, es mucho menos de lo que ustedes leyeron. No se rían cuando digo esto, maricones: no les estoy jalando bola. Lo que trato de decir es que Lorena me motivaba. Comencé junto a Javier y Fidel un grupo de literatura. Allí metimos a Mariana, Alejandro, García, la parchita de Jonás, la comunista Ángela y, obviamente, metimos a Lorena. La que no podía faltar, aunque ya ella me faltaba a mí y le faltaba a nuestra relación.

Al principio intenté estar con otras, se los juro. Pero ese temor, mi excusa (que a veces me provoca ignorar el adjetivo

posesivo y escribir mí excusa) volvió y solo la apaciguaba su recuerdo. Entonces salí con otras mujeres, pero las quería idénticas a ella. Y, como adivinaron, no las encontraba. Pero lo más curioso de esta anécdota es que Lorena me buscaba a mí. Y evidentemente nos encontramos. Y salimos. Y volvimos a coger. Y volvimos a asfixiarnos, atosigarnos, abrigarnos. Volvimos a coger. Pero esta vez yo no era tan inocente. Y una noche lo hicimos con premura, pero con esa extensión de tiempo que habla con la memoria y no con la realidad. Y mientras la cogía pensaba en la búsqueda del tiempo perdido, en que perseguía el tiempo. Y la cogía y ella disfrutaba. Y ella se vino. Y yo me vine. Y luego nos bañamos juntos. Y me preguntó si me había acostado con otras. Y yo dudé, pero no le mentí. Y le dije que no había estado con otras mujeres, pero que sin duda hoy solo quería estar con ella. Y volvimos a ser Lorena y Marcelo, Marcelo y Lorena, casi todas las noches. Y digo casi porque mi fideo se ponía exquisito, o no se cocinaba bien, o el fuego no estaba alto, o no había gas, o el fideo estaba vencido. Y se quedaba ahí, sin ser comido. Y aunque uno diga que el sexo es puro cerebro, el sexo es puro músculo. Y el cerebro es el peor de los músculos. Y fíjense que necesitamos toda una infancia, casi todo un hito en la historia del tiempo y el conocimiento, para aprender qué nos gusta: si las letras o el deporte, si los hombres o las mujeres, si mujeres como nuestra madre, si hombres como nuestro padre, si somos unos fregadores de paciencia o si somos unos soberanos pendejos. Y se preguntarán por qué la palabra soberana. Y no quiero irme a la etimología, pero cuando pienso en soberano, en soberanía, pienso en algo muy arrecho, en algo grande, en algo hermoso como una patria, vasto como un latifundio, en algo tan inmenso como la

creatividad. Y cuando digo soberanos pendejos, quiero decir que son unos pendejos creativos, unos carajos idóneos para tener un terreno en el cerebro. Y entonces el cerebro jodía mi fideo, pero a veces mi fideo le ganaba al cerebro. Y ella y yo cogíamos, pero no era suficiente.

Cuando nos volvimos a separar no pude aguantar la cursilería. Escribí en una noche 45 poemas. Luego volvimos y cometí la soberana estupidez de decirle que le escribí 45 poemas. Se los di. Ella lloró. Nos besamos. El fideo se me estaba levantando, pero ella estaba muy emocional. Yo aún tenía miedo. Mi fideo estaba dispuesto, pero mi cerebro y el de ella estaban compungidos. Entonces no lo hicimos. Hablamos esa noche. Le regalé un par de libros de José Martí, como si ese poco de estrofas, rimas y versos no fueran ya suficiente. Pero ustedes saben, señores del jurado, que lo único atemporal es la mariconada.

Lo que empezó como un prelude a una reinterpretación de «Adiós Nonino», terminó convirtiéndose en el interludio de «Oblivion», cuando el bandoneón se oculta y les da el testigo a los violines. Y esos violines se empecinan en hacer llorar a la gente, en hacerme llorar. Y maldigo a Piazzolla. Lo maldigo, pero le agradezco porque gracias a él escribí otro capítulo. Porque cuando Lorena volvió de Madrid, con un nuevo amor, ya yo había conocido a otra. No leía a Milan Kundera, solo se leía libritos anticomunistas y sobre la filosofía de la comunicación. Le gustaba el voluntariado y pasaba sus tardes y noches viendo películas que no volvería a ver nunca más, porque no quería arruinar la emoción que sintió al verlas por primera vez. Le dije a Lorena, cuando quería regresar conmigo, que era mi chance de rehacerme. Ella me dijo que me lo merecía.

Pero tanto da el cántaro a la liebre que volvimos por una noche. Yo estaba con la princesita de películas y ella con un galán de telenovela. Ninguno de los dos sentía reciprocidad hacia el infierno, sentíamos reciprocidad hacia nuestra gloria, hacia nosotros. Y volvimos a estar juntos esa noche. Y ella me pidió, por primera vez, que me olvidara de las pastillas para dormir (que no cargaba encima) y que me durmiera a su lado. Y recuerdo que afuera también había una orgía. Una pareja tenía sexo. Un amigo lloraba por un amor no correspondido. Lloraba en ambas direcciones, de arriba para abajo y de abajo para arriba. Porque el pecho le latía al mismo ritmo que los ojos. Y lloraba con una botella de Cacique en las manos. Y nadie lo consolaba porque todo el mundo estaba pasándola bien, en intimidad. Entonces Lorena se durmió. Y yo empecé a bostezar. Cerraba los ojos, los abría. No me dormía, no podía. Y me maldije por no tener una vida normal. Pero luego la veía. Ella parecía feliz durmiendo y yo era tan infeliz despierto. La vida es un sueño, dije, aunque les confieso que nunca he ojeado a Calderón de la Barca. Si algún día los llevo a conocer, señores del jurado, díganme si vale la pena leer ese lirismo puro. Porque mira que cuando ojeé la oda que le hizo Garcilaso de la Vega a Fernando de Aragón sentí una absoluta congoja. Pero Lorena dormía y yo esperaba el amanecer. Y ahí pensé mil veces en Julio Cortázar y en el mito del eterno retorno de Mircea Eliade. Y me dije que Lorena era mi mito del eterno retorno. Y entonces comprendí *La insostenible levedad del ser*, pero a mí no me interesaba ser ni liviano, ni pesado, sino sobrellevar mi relación con ella, con ella que yacía dormida. Lo que me interesaba es que, cuando se despertara esa madrugada a mear, me viera rendido sin pastillas. Y dijera: este es el carajo, a este lo podemos arreglar

como un músculo, este minusválido sirve para algo, valida para algo, valida para mí. Pero esa noche, como dijo Onetti, el sueño no pudo recompensarme.

De todas maneras, como cualquier hiena, Lorena luchó contra la princesita de películas. Quería que la dejara, que el capítulo volviera a iniciar. Pero volver fue una tortura. Volver era el retorno de los problemas, el pasado. Nada se había olvidado. Para explicarlo se necesita una novela, un poemario y un epistolario. Pero solo tenemos estas páginas. Nadie que se reconozca como un lugar común, aunque en el fondo todos lo seamos, se soporta. Y yo no me soportaba. Y ella tampoco lo hacía. Entonces nos dejamos. Ella cogió su camino. Yo cogí el mío. Pero nos seguimos buscando, como aquel marinero japonés que entraña los tiempos de guerra, en los que se luchaba por un emperador y no por los deseos de Occidente. Aquel marinero que veía el mar como su destino, como si el claro de luna lo llamara y le dijera: ven acá, marinero, no te olvides de mí, no importa qué puedas hacer, lo habitable está acá y lo inhabitable también.

V

Ahora que estamos en el transcurrir, ahora que leyeron una visión muy literaria del hecho. A saber: subjetiva, pero objetiva a la vez (solo ustedes lo entenderán). Ahora que nos acercamos al ocaso, quiero advertirles que yo no sé cómo terminará la historia. Y que el fin de este cuento bien puede ser abierto, bien puede ser periodístico. Pero es un cuento, no lo duden. O mejor dúdenlo, que incluso sería mucho mejor.

Llegamos a la conversación con Javier. Y a su opinión sobre que este concurso, por el que ambos competimos, lo

ganará un cuentico al estilo novelesco de *The Night* o *Patria o muerte*. Antes que nada les advierto que a mí no me interesa ese tipo de literatura, ni escribir de esa forma. Si eso es lo que buscan, pues está perfecto, ese siempre ha sido el orden del discurso. Pienso en Malraux, Pasternak, Hemingway, Orwell y Adriano González León. Pienso en esos librazos, que eran testamentos filosóficos y políticos, y entiendo por qué hay un mito tras ellos; pero que el ganador sea eso, que sea un testamento filosófico y político, que no sea una mariguera poco reflexiva sobre lo que atraviesa nuestro país. Esto que cuento, esto que me atraviesa, así como lo que atañe a Javier, también es patria, también es pueblo, también es gente, también es literatura. Y no me perturba la idea de ganar este o cualquier otro concurso. Estoy convencido de que la literatura es un desgarró. Y que la única forma de curar ese desgarró es con las manos.

Entonces está Fidel, mi hermano marihuanero, Alejandro, Leonardo, mis padres, Javier, Mariana y, obviamente, Lorena. Y es mi cumpleaños. Y Lorena me está tomando fotos. Quiere que le haga una confesión para una serie fotográfica porque la niña, además, es fotógrafa. Y lo que es peor, es una excelente fotógrafa. Y la niña además no es vanidosa. Entonces me toma miles de fotos porque cree que ninguna le sale bien. Y yo le digo que no soy maderá para fotografía, que no soy lindo. Y entonces ella le dice a Leonardo que yo lo que quiero es oírle diciéndome que soy lindo. Pero ambos sabemos que no lo soy. Y ella se ríe mirando las fotos. Y le pregunto si quiere la confesión, porque ya yo la pensé, la pensé incluso antes de que me lo pidiera, porque sabía que tarde o temprano me la pediría. Y ella me dijo que no se la dijera, que a ella le gustaba que sus personajes se tomaran tiempo

para reflexionar sobre su confesión, sobre qué dirían y cómo lo dirían. Que se la enviara por notas de voz, por WhatsApp, por la herramienta que inició esta historia. Y yo le dije que ok, que estaba bien. Y luego mi hermano dijo que era un dragón, que él fumaba todo el día y que no se avergonzaba de ello. Y todos se rieron. Y mi hermano les dijo que quien quiera pasar a fumar al cuarto, que era libre de hacerlo. Y los más divertidos fueron rápidamente al cuarto. Pusieron a Los Pericos, Maná, Melendi y Lorena se reía con mi hermano. Se reía tiernamente, como si se burlara de lo drogado que estaba. Y yo entré y ella se vino conmigo: menos mal que viniste, tu hermano me estaba diciendo unas cosas. Y se quedaron Leonardo y Fidel en el cuarto eligiendo la música. Y afuera Alejandro y Lorena hablaban en el mueble. Y Javier y Mariana preocupados porque no tenían cómo irse a sus casas. Y yo amargado porque ningún taxi me contestaba. Y Lorena y Alejandro relajados. Y Fidel y Leonardo también. Y mi hermano se metió a mi cuarto. Y Lorena y Alejandro se pusieron a escuchar música con Leonardo y Fidel. Y aquí es que vino la conversación que describí al principio de este relato.

—¿Ya tienes listos los cuentos que me dijiste? —pregunté a Javier.

—Sí, tengo dos listos. Y estoy trabajando en un tercero. ¿Cuántas páginas tienen los tuyos?

—Coño, el que estoy escribiendo tiene como 7 páginas. Y ahora es que falta.

Javier se sentó en la mesa. Se sirvió un palo de Carta Roja y se lo bebió sin arrugar la cara.

—¿7 páginas? ¿Tú eres marico? El que leyó Mariana tiene como 5 páginas. Ella lloró y todo. Traté de que fueran

sobre temas que yo conocía. Entonces hice uno, el que te dije la otra vez, ¿te acuerdas?, sobre el incesto. Y por ahí le fui dando, marico. Pero todavía lo corrijo y lo edito. El otro que te comenté ya tengo otra forma de contarlo.

Y entonces yo le pregunté si le había gustado lo que le mostré. Y él me dijo que sí, que le había gustado cómo manejaba los diálogos indirectos. Y yo le dije que este tipo de diálogo era más sencillo porque hablaba el narrador y no el personaje.

—Porque cuando colocas el guion, marico, ya el lector sabe que está leyendo al personaje. Y eso le da un giro radical a la historia.

—Mmm... no sé, puede que tengas razón —me dijo Javier—. Pero, marico, al final yo creo que lo que escribí es bueno, pero seguro premiarán un cuento que hable de la situación del país.

Volvió a tomarse un palo de ron. Javier y yo somos demasiado amigos. A mí me interesa la política. A él no le interesa. Es una de las pocas personas que evade entrar en conversaciones de esa índole. A él solo le interesa la pornografía, el sexo, el jazz y la literatura. Puede hablar de cualquier cosa, incluso de política, pero solo de las cuatro anteriores habla con propiedad, dispuesto a rebatir o a dejarse convencer.

—Puede que sí, marico, puede que tengas razón. A lo mejor no ganamos esa vaina. Pero estoy convencido de que alguno de esos jurados sabrá apreciar el talento, si es que lo tenemos, y nos contactará para que participemos en un taller.

Él asintió y volvió a tomarse otro palo de ron. Cuando consiguió el taxi, cuando ya Mariana, Alejandro y él tenían cómo irse, quedamos en enviarnos lo que escribimos. Porque yo le dije que todo el mundo podía leer algo y disfrutarlo, pero

solo pocas personas piensan en cómo hacer lo leído mejor. Y que nosotros dos éramos así, que podíamos perfeccionar el cuento, el relato, la crónica, lo que ustedes quieran creer, señores del jurado, hasta que quedara eficaz.

VI

En la casa quedaron Lorena, Fidel, Leonardo y yo. Tenía la botella en la mano y ellos bebían guarapita mientras sonaba «Runaway», «Pupilas lejanas», «Tus ojos», «Aire». Y luego sonó Servando y Florentino. Y Lorena me cantaba a mí las canciones, me las dirigía. Había pasado casi un año desde la última vez que estábamos así, íntimos, cómplices. Y yo medio la abrazaba, aún con temor de hacerla mía. Y ella también se sentía incómoda. Quizá estaba drogada, quizá estaba borracha. Pero cantaba para mí. Y se reía como nunca. Fidel y Leonardo nos miraban. Se reían. Pero a ella no le importaba. Y a mí mucho menos.

Le dije que me acompañara a servir unos tragos de guarapita. Se vino conmigo. En la cocina saqué los vasos, puse el hielo, saqué la botella de guarapita. Ella me veía. Yo la veía. Entonces la abracé, la besé en los cachetes. La besé en la quijada, en la frente y luego la besé en serio. Nos besamos en serio durante varios minutos. A mí me gustaba besarla así, apasionadamente, con lengua y dientes, con mordiscos y chupones. Y ella prefería un beso de labios, un beso de tentación, de mordiscos silentes, de tiempos inexistentes. Y así nos besamos un rato. Cuando paramos los vasos estaban llenos de agua. En el cuarto los muchachos seguían oyendo música. Y ella se recostó en la cama. Dijo que iba a descansar un ratico, que quería dormir una media hora para recuperarse.

Pero solo yo sabía, porque ya me lo había dicho tantas veces, que esa media hora solo podía interrumpirse para una sola cosa. Y estábamos en mi casa. Y no solo estaban mis papás, sino que también estaba mi hermano. Y estaba Leonardo. Y estaba Fidel. Y tenía miedo. Y tenía excusas. Entonces no la desperté. Y poco después Fidel dijo que ya no aguantaba más, así que saqué la colchoneta y lo metí en mi cuarto. Y Leonardo me dijo lo mismo e hice lo mismo que hice con Fidel, solo que puse la colchoneta en la misma habitación en la que dormía Lorena. Y él se durmió mientras yo recogía parte del desastre. Dudé un segundo en si debía tomarme las pastillas. Quería decirle a Lorena, cuando amaneciera, que no lo había hecho. Y así ella pudiera decirse: valió la pena, él valió la pena, todo valió la pena. Pero no lo hice. Me las tomé y me acodé a su lado. La vi roncar quedamente, tiernamente. Y empecé a tocar sus brazos, su cara. Y ella dormía quedamente. Y cuando la tocaba se movía. Quería agarrarla, hacerla mía. Pero mi cerebro estaba ambivalente. Y ahora que lo pienso mi conducta es de pavor, no de valentía. Y entonces pienso en el viejo Tarás Bulba. Y pienso en su hijo Andréi. Y pienso en esa guerra, pienso en Andréi cuando se escabulló para encontrar a su amada y pasarse al bando polaco. Y me embarga la melancolía porque me convencí de que en esta historia, en mi historia con Lorena, decepcioné al viejo Tarás Bulba.

Chuchú

Daniel Fermín Millán

La primera vez que te dijeron que aparecías en el video no te lo tomaste en serio. La curiosidad y la insistencia hicieron que te sentaras a verlo. Una introducción con música de película de espías te pone en contexto: banda delictiva Los Sin Techo. Homicidios, robo de vehículos, secuestros, venta de sustancias estupefacientes, paramilitarismo, cobro a comerciantes y habitantes de la zona. Un mapamundi animado, tomado de Google Earth, se acerca hasta Venezuela, hace *zoom* en Caracas y se detiene en El Cementerio, la misma zona en la que vives. Tú lees eso y no entiendes cómo es que puedes salir en algo así. Te tienen que estar jodiendo. Ves cómo una cámara graba a distancia a un grupo de personas que van armadas entre los cerros. Comienzan a aparecer nombres, de personas y de armas: el Kimber, el Tiempo, una Fal, una Uzi, un M-16, un pasillo por el que trasladan a las víctimas, el René, Yonaiker. Y así, hasta que ves tu nombre, «Chuchú», y un círculo rojo que rodea la cara de un delincuente que se parece a ti, junto a una fotografía tuya. Dejas el video congelado unos segundos y vuelves a ver: Chuchú, el circulito rojo y una imagen que extrajeron

de tus redes sociales. Comienzas a asustarte. Ese no eres tú, Chuchú. Sí, el delincuente es moreno, como tú, gordito, como tú, con el pelo ensortijado, como tú, con los labios gruesos, como tú, y la nariz ancha, como tú, pero no eres tú. Terminas de ver el video. Aparecen más personas: Coca Cola, Baleiro, Jeiker, Caucho, un hombre a punto de degollar a otro, una subametralladora y la pantalla se va a negro. Te preocupas, Chuchú, porque lo que acabas de ver es un video oficial de una de las organizaciones policiales del Estado y lleva ya días publicado en internet. Lo descargas y lo guardas para ir a aclarar todo ante las autoridades. Porque tu único delito, Chuchú, es consumir algún porro con tus amigos una que otra noche. Tú no matas, ni robas, ni secuestras, ni vendes drogas, ni eres paramilitar. Tu condena es parecerte a ese malandro perteneciente a la banda Los Sin Techo que la policía asocia contigo porque te vieron en internet o porque vives en El Cementerio. Intentas explicar eso, recurres a tus contactos, te reúnes con el ministro de las Comunas, la ministra de Prisiones, con funcionarios de la policía, haces lo que tienes a tu alcance. Todos te dicen lo mismo, o algo parecido: «Quédate tranquilo, que ese no eres tú», «No, vale, te pareces, pero no eres. Eso lo resolvemos nosotros». Y así, Chuchú, tratas de volver a tu vida normal, tratas de que la confusión no afecte tu rutina. Te levantas temprano, te preparas una arepa, les haces el desayuno a tu mujer y a tu hijo, te vas a la oficina y vuelves a salir a los barrios para formar agrupaciones que alejen a otros jóvenes del crimen. Y así pasas los días, hasta que el video vuelve a aparecer primero en una página web, luego en otra y después en otra. Y te regresa el miedo de que te confundan en la calle. Y vas y te reúnes con el director de la organización policial que hizo el video y le

explicas lo mismo que ya les explicaste a los demás, que ese no eres tú, que hay un error, le muestras una foto que te tomaste con el mismísimo presidente de la república, dices que eres revolucionario y que defiendes esta patria, tu patria, la patria de todos. Y el director ve el video y te ve a ti y dice que no, que claro que no eres tú y que te quedes tranquilo, que no va a pasar nada, que eso lo arregla enseguida. Y pasan otros días y tú, Chuchú, esperas y tratas de retomar una vez más tu vida cotidiana: el trabajo, la familia, las colas por conseguir comida, las anécdotas y chistes con tus amigos —«qué loco, pana, yo integrante de una banda paramilitar»—. Hasta que otra vez se repite la historia, pero ahora peor: el video ya no solo está en internet sino que salta a la televisión, a cadenas de noticias internacionales, se ve en Brasil, en Argentina, en Ecuador, en Perú, en Chile, en Bolivia, en Colombia, en Uruguay, se ve en toda Suramérica apoyado por el testimonio de un alto político del Estado, uno que fue alcalde, policía, diputado y ahora ostenta otros cargos públicos y dice frente a las cámaras que Chuchú es el líder del grupo, que es el hombre clave. Y te señala, como si no bastara ya la foto tuya y el circulito rojo y tu nombre, Chuchú, y dice que ese gordo negro que está ahí con una camiseta azul es quien manda, es el miembro principal de Los Sin Techo del barrio El Cementerio. Y eso, Chuchú, te causa pánico. Porque sabes que eso, en Venezuela, significa mátenlo. Eso, en Venezuela, significa que algún policía al verte te dé la voz de alto y te dispare, que algún enemigo de esa banda, Los Sin Techo, te caiga a tiros sin previo aviso, que la comunidad de cualquier barrio tome justicia por sus manos y te linche. Te asustas, Chuchú, porque no quieres que pase eso, no quieres que te metan preso o te asesinen por una equivocación

policial. Decides ir a los medios de comunicación y hacer tu defensa o tu denuncia pública. Y vas y cuentas tu caso, tu historia: dices tu nombre, Chuchú, dices que tienes veintiocho años, que naciste y te criaste en el sector Los Sin Techo de El Cementerio, que tus padres sufrieron para mantenerte y que tus vecinos te ayudaban a pagar tus estudios, que tienes una mujer con la que te casaste hace cinco años y un hijo de cuatro, que quisiste ser basquetbolista profesional y de niño jugabas a ser Carl Herrera en la NBA, pero la vida te llevó a otra cosa y te frustró tus aspiraciones, y ahora trabajas en el ministerio con el plan Jóvenes del Barrio y pasas todo el día bajo el sol animando a los muchachos a jugar baloncesto, y recuperas las canchas y les pones películas motivacionales a los chicos. Dices que nunca fuiste a la universidad, que tu nombre, Chuchú, es sinónimo de deporte en tu zona y en otros lugares de Caracas —«el gordito promotor deportivo», «el negro que saca a los chamos de la mala vida», «el camarada luchador revolucionario»—. Dices que tu vida cambió a partir de ese video que realizó la policía, que has tenido que esconderte en las últimas semanas, que ya no sales a hacer las colas en los supermercados para darle de comer a tu hijo, que tienes que mandar a tu mujer porque no quieres exponerte y que ya no vas hasta la parte baja del barrio a cargar agua porque incluso te tuviste que mudar a otra zona, a casa de tu suegra, mientras se aclara todo. Dices que vives con terror, de la delincuencia y de la propia autoridad. Vas a los medios, Chuchú, con la esperanza de que por lo menos la gente conozca tu experiencia, de que las autoridades reaccionen antes de que sea demasiado tarde para ti o para tu familia. Porque imaginas, Chuchú, que te pueden tener vigilado y que así como grabaron aquel video con una cámara a

distancia también te pueden grabar a ti, el verdadero Chuchú, en tu día a día mientras vas al trabajo o realizas tus actividades en algún barrio o cuando llegas a casa y le das un beso a tu mujer. Decides dejarte la barba, poblada, para diferenciarte del delincuente del video, esperas, o deseas más bien, o le ruegas a Dios mejor, para que el malandro no se la haya dejado crecer. Un día tienes que salir aunque no quieras, el país te obliga, Chuchú, tu mujer también, tienes que ir a hacer una cola en un mercado porque tu hijo ya no tiene comida en su casa y tu esposa te pide que vayas, que ella no puede, que salgas a un sitio alejado o que vayas con tus amigos. Y tú sales porque tu esposa ya está cansada de la situación —«o arreglas esta mierda o verás qué haces porque yo no puedo vivir más así»—. Te pones una gorra, una camiseta ancha, unos pantalones cortos y unos zapatos deportivos y caminas al mercado más próximo en el que te dijeron que había llegado la leche y el pollo. Y vas y haces la cola, Chuchú, una, dos, tres, cuatro horas de una cola que apenas avanza sin indicios de que vayas a conseguir lo que fuiste a buscar. Y mientras esperas se te ve nervioso, volteas de un sitio a otro, como si te estuvieran persiguiendo, como si te hubiesen seguido. Crees que alguien desde que saliste de casa de tu suegra está detrás de ti. El miedo te acompaña, no se ha ido de ti porque el video sigue ahí y cualquiera puede verlo. Piensas en tu hijo que tienes una semana sin ver, en tu esposa que reclama tu ausencia como si tú fueras culpable de parecerle a ese delincuente, como si tú hubieses elegido, de entre todos los habitantes de ese planeta que se ve en la introducción del video, ser idéntico al malandro, ser su doble. Piensas qué será de tu hijo si te llega a pasar algo, piensas en tu mujer, recuerdas cómo la conociste en un viejo torneo juvenil de baloncesto

en el que participaste hace casi diez años —ella pegada a la reja, al otro lado de la cancha, se acerca al terminar el partido, salen, se toman unas cervezas, se hacen novios, se casan, nace tu hijo—. Piensas en eso y escuchas que se acabó la leche y que tampoco queda harina y que el pollo no va a llegar. Y ves cómo surgen los gritos, las protestas, los reclamos —«¡vendan esa mierda!», «¡acaparadores!», «¡el pueblo tiene hambre!»—. Ves cómo empiezan los empujones, los golpes, los disparos al aire de los guardias para intentar controlar a la multitud. Ves eso y te vas de ahí, y piensas que no te queda más opción que ir a los buhoneros, al mercado ilegal, a comprar productos revendidos. No te gusta comprarles a ellos porque va en contra de tus principios revolucionarios y de tu propia economía, pero no te queda otra opción, Chuchú, tienes que ir hasta allá. Vas con la misma angustia anterior, volteas para un lado y para el otro, te siguen, no te siguen, llegas al mercado y compras una leche y una harina a diez o veinte veces más de su valor real. Coges los productos y los metes en un bolso, rápido, tratas de huir de ahí, como si llevaras droga encima, sin que nadie te vea, como si fueras un homicida, un ladrón, un secuestrador, un traficante o un paramilitar líder de una banda de El Cementerio. Regresas a casa de tu suegra. Te vuelve la tranquilidad al cuerpo y llamas a tu mujer para que pase a buscar los productos y traiga al niño para verlo unos minutos, y juegan y le dices que todavía van a estar un tiempo más separados por el bien de todos. Y así será tu vida por un rato, Chuchú, hasta que tengas que reincorporarte al trabajo tras tus días de permiso. Y entonces tendrás que ir de casa de tu suegra a tu oficina, de la oficina a las canchas de los barrios, casi a escondidas, siempre con la inquietud encima, y te tocará hacer otra cola

en un abasto para ver si consigues algo nuevo para ti, para tu hijo o para tu esposa y tampoco conseguirás nada, tal vez un día sí pero otro no, y tendrás que volver a los revendedores, meterte en un barrio que no conoces, andarás asustado, inquieto, como antes, pendiente de casi todo salvo de un policía que verá pasar tus casi dos metros de estatura y tus cien kilos de peso, que verá tu cara y recordará un video o una foto, y te gritará la voz de alto. No escucharás esa voz, Chuchú, y tampoco escucharás nada más después de eso.

Papá Heberto José Borjas

Comenzando el mes de marzo a Papá le diagnosticaron cáncer en Maracaibo y todos se lo hemos ocultado. El oncólogo colaboró con el secreto. Se acordó por unanimidad no revelarlo sino al estricto círculo familiar: pulmón izquierdo con tejido diezmado debido a tumores malignos que empezaron a hacer metástasis en el hígado y los riñones. Hace un mes la fibrosis de las paredes pulmonares dio el aviso correspondiente mediante una dificultad para respirar que provocó la hospitalización de emergencia y nebulización inmediata. Y ahora yo lo sé, gracias a las distancias que acorta WhatsApp. Nunca falta alguien que se adelanta al resto y revela todos los pormenores: tía Nena en mi caso. Esta mañana gélida, como son casi todas las mañanas de Bogotá, no ayuda a recibir una noticia así. Creo que el frío no debe de ser tanto por la hora del día como por mi temor a una partida inminente. También estoy gélido, como encerrado en una burbuja de hielo que he ideado para inmunizarme ante las noticias provenientes de Venezuela, pero más que todo estoy pasmado de pensar que en pocos meses él se convierta en una nebulosa que me toque reconstruir

en la memoria al punto de idealizarlo con virtudes que no tuvo y hasta forjar anécdotas que no vivimos juntos. Así es la memoria, benigna con la grata recordación, creativa a falta de antecedentes. El plazo que dio el especialista me trastornó: tres meses, quizás un poquito más. Algo etéreo predomina en el optimismo que pretenden transmitir los galenos incluso cuando dan una noticia de cruel pronóstico. De lo contrario, no habría justificación para decir que el tiempo de vida depende de cuánto colabore el paciente y que sus ganas de vivir son determinantes para que sean minimizadas las probabilidades de una agonía larga y dolorosa. ¿Qué significa eso viniendo de alguien que debe sus dictámenes a lo que el método científico puede determinar? ¿Acaso insinúa que Papá podría desarrollar la capacidad de dar órdenes directas a sus células para que neutralicen a las otras malditas que se lo están comiendo por dentro?

Los seres amados son espejismos cuando se encuentran a la distancia, materializados por la nostalgia, y una vez que se van, eternizados por una fuerza que quién sabe si se debe más a la terquedad que a otra cosa. Pero a lo que no me termino de acostumbrar es a la finitud del amor, porque lo asocio con algo tangible como un espaldarazo o una caricia en la cabeza, porque se me antoja que venerar a un espejismo encierra un masoquismo acaso injustificable. Traer a un finado a colación a través del recuerdo es tan cómodo como doloroso. Por más inmenso que sea el sentimiento que nos une con el que se fue debo aceptar que hay que dejar ir a alguien cuando le toca. Lo que se siente luego de la partida del ser amado no puede ser amor, es algo bello, sublime, pero se me antoja parecido a la nostalgia. El amor es una acción. Es patente en cada hecho que lo demuestra. ¿Un recuerdo se ama? ¿O simplemente se

sufre la melancolía de que aquello que se fue no podrá volver a ser experimentado con los sentidos? Di por sentado que Papá siempre estaría allí, aunque fuese a cientos o miles de kilómetros de mí, animándome con su gracia congénita para contar chistes, comentando sus recientes hallazgos musicales, llenando su i-Pod de tanta música (por el mero afán de colección) que hasta ha llegado a incluir la que no le gusta solo por el placer de alardear que nada se le escapa de su sabiduría de melómano. Él saca una ocurrencia jocosa de todo, disfruta como nadie el café negro por la mañana, aguanta sesiones de bebezón de whisky con sus amigos, respeta la memoria santa de sus padres ya fallecidos, almuerza puntual a las doce del mediodía con su infaltable ración de plátano maduro horneado con nata, y ahora que su cabello es blanco y ha perdido la masa muscular que tuvo en sus treintas, se ha vuelto más cariñoso y me dice «te quiero, hijo» con mayor frecuencia. Nuestras diferencias, que a veces nos han llevado a dejar de hablarnos por meses, se han disipado. Muchas veces fue por dinero, porque siempre faltaba en mi casa, porque me lo debía o porque él lo gastaba en cosas aparentemente más prioritarias que yo, porque se justificaba con tener que mantener dos casas dado su carácter de divorciado. Mi escasez de juicio para sopesar toda razón me hizo juzgarlo inmisericordemente. Durante aquella época, al momento de la ducha fui tan soberbio como él lo es cuando alguien se atreve a reprocharle una pifia. Inventé monólogos para espetarlos en su cara recriminando su ausencia y su talante tacaño, pero al fin la solitaria ponzoña terminó yéndose por el desagüe cada vez que yo cerraba el grifo. Sin embargo, esos desahogos no fueron tan estériles del todo. Me ahorraron decirle mis inquietudes frente a frente y agrandar la brecha de la distancia espacial

y espiritual que nos separaba. Apenas dos veces me atreví a asomar algo de mi malestar. Mi discurso fue tan comedido que perdió contundencia y le dio pie para defenderse con sus argumentos de siempre, y aunque ambos terminábamos botando una que otra lagrimita las cosas no cambiaban: él seguía visitando mi casa cada quince días, durante veinte minutos, dejaba plata desglosada en varios ítems anotados en un papelito y se iba dándome un abrazo y regalándome un caramelo Halls de los negros, los que provocan más picor. Y mientras tanto, amistades diversas le decían a mamá que habían visto a Papá llegar de Coro (donde vivía con la segunda familia que formó) para meterse a beber sin mesura en casa de no sé quién hasta no sé qué hora y por mi casa no pasaba ni para dejarme el caramelo de menta picante. Por años supuse que también se había divorciado de mí y que nuestra relación se debía más al deber que al afecto. Pero hoy comprendo que a papá simplemente lo dominó siempre la imposibilidad para expresar el cariño, como si corriese algún peligro mostrando su alma en total diafanidad. A eso debimos acostumbrarnos sus dolientes. Y por ello no descarto que yo también padezca de tal síndrome. Más de una exnovia me lo criticó.

A la altura de la calle 100 camino por un puente peatonal atestado de gente que no aprendió a caminar por su derecha (¿quién es responsable por no inculcar desde la niñez que ese es el lado natural para transitar en nuestros países tercermundistas?). No son los únicos a los que debo esquivar, sino también a los vendedores que se han apoderado de los escasos tres metros de ancho de la pasarela, el muchacho de los libros infantiles y de cocina, la muchacha trajeada formal de las galletas de mantequilla, la vieja de los sándwiches para los desayunos apurados, y hasta el barrendero que arrumba en la

mitad del paso la tierra que ha reunido para pedir monedas. Todos ya han marcado su espacio, poseen un nicho que se supone es para circular mejor a pie, todos me hablan a los ojos con el anhelo de que les compre sus mercancías, pero no saben que mis pupilas solo pueden reflejar cansancio y tensión, que es todo con lo que les respondo, porque, ajá, con dos días sin dormir pensando en papá dígame quién puede mantener un semblante fresco sin ojeras grises. Ya cuando termino el puente peatonal no me da la gana de prestarles atención a las chicas sonrientes y lozanas que reparten el ADN y el *Publimetro*, los diarios gratuitos con los que los transeúntes de la capital colombiana se informan de manera exprés. Doy clases de inglés a una señora adorable que es más buena que el pan recién horneado con mantequilla, bebo un tinto en una de las innumerables sedes de Juan Valdez Café, almuerzo en un *corrientazo* (un plato repleto de diversos carbohidratos con una mínima porción de proteína animal), y sigo pensando en la probabilidad de que en un corto plazo tenga que despedirme del papá-hombre y le dé la bienvenida al papá-recuerdo. Mis hermanos y mis tíos insisten en que yo debería visitarlo porque mi presencia junto a él le sentaría tan bien que podría ser factor que catalice esa suerte de curación milagrosa e inexplicable para la ciencia con la que sueñan los parientes del canceroso. Y entonces me sobrecoge la idea de que yo sea importante para mi padre, de que una visita sorpresa a sus aposentos en el Hospital Coromoto de Maracaibo provocará una reacción en cadena que recomponga el tejido diezmado de sus pulmones y, como la metástasis pero al revés, se esparciría hasta su hígado y riñones, y quién sabe si hasta lo librará también de las amibas del estómago, llegará a remozar el pigmento de su cabello y este pasará de

blanco a negro y lo rejuvenecerá para continuar viviendo por muchos años. Pero no quiero mentirme. Todo parece indicar que morirá al corto plazo. La mayoría de la familia lo ha aceptado, a pesar de que algunos miembros no han perdido por completo la esperanza del efecto de tanto rezo, trabajo de santería y limpieza espiritual, en el cuerpo de Papá, que ahora se torna escuálido, de hombros estrechos, óseo como nunca según las fotos que recibo de tía Nena. Mi hermano mayor le llevó una lata grande de Ensure y el batido ha surtido efecto, le ha devuelto a papá un apetito de adolescente que ni yo tuve en mis años más voraces. A pesar de su voracidad, todavía no recupera el peso de antes. En las notas de voz que me ha enviado no termina de definirse estabilidad alguna en la fuerza de su voz. A veces suena ronco y fatigado al respirar, otras veces suena un envión gutural que a veces me ha confundido porque lo mismo podría ser una señal de mejoría que el último uso de sus cuerdas vocales antes del estertor final. Sin embargo, me alivia que me haya comentado que dejó de usar el respirador artificial, lo cual le debe de haber devuelto el optimismo por la total recuperación. Me gusta y me entristece a la vez esa actitud que vaticina una vuelta a la normalidad. Quizás sea mejor no saber nunca cuándo será el último despertar, y que los enfermos terminales se vayan para siempre sin despedirse, como si dieran por sentado que mañana, o un día de estos, retomarán la vida normal, los asuntos que dejaron pendientes. No me gustan las despedidas, y mucho menos si son para siempre.

En el seguimiento de una enfermedad a distancia también se sufre porque las imágenes que uno se figura pueden ser peores que la situación real. Debe de ser feo ver al padre quejarse de malestares, pero no deja de mortificar la sarta de

situaciones con que el cerebro juega malas pasadas al angustiado. He imaginado a Papá conectado a cables, postrado en un lecho de donde no se despega ni para ir al baño, con la motricidad perdida y la cadencia para hablar diezmada por la falta de aliento. No quiero saber cómo en estas condiciones un chiste podría sonar gracioso en sus labios. Es fácil suponer que su bajón de ánimo ya empezó a hacerse evidente para quienes lidian con él en casa de mi tía Nena, quien adecuó un cuarto en su casa grande para que Papá tuviese allí su morada fija desde que le dieron de alta del Hospital Coromoto. Y ya lleva casi tres semanas instalado en aquellos aposentos, esperando que el tratamiento respiratorio lo devuelva a la normalidad. Se le ha dicho que debe tener paciencia, y él ha comprendido que no se va a devolver a su casa de Coro tan pronto como pensaba al inicio de su ingreso a la sala de urgencias. Se ha sometido a exámenes de todo tipo para descartar cualquier otro mal funcionamiento en su organismo hasta el extremo de que ya lo toma con guasa. «Imaginate que hasta tuve que soportar que un doctor me metiera el dedo en el culo para detectar si tengo problemas en mi próstata», me dijo por teléfono. Nos tiene a todos contentos el buen talante con que ha seguido las instrucciones de los especialistas ahora que ya salió de aquel lúgubre cuarto de hospital. Tan estable me dicen que está que he decidido viajar a Maracaibo a verlo, confiando en que lo veré repuesto, con más peso y quizás con ánimo de contar algún chistecito. Quién sabe si ya empezó a obrarse un milagro en él y está en camino de ser el mismo de antes.

* * *

¡Ay, Maracaibo, te me pareciste tanto a papá esos días! No entiendes que todo tu potencial es la misma razón de tu desmedro. Tus aguerridos habitantes sobreviven entre la anomia y la esperanza, entre la queja y la viveza criolla. Cada vez que te visito te veo más arrugas, tus tejados están pelados y descoloridos de tanto sol que han recibido, pero no hay mano que quiera repararlos. Ignoraba que las ciudades se enfermaban, que sufrían achaques de anciano, y entre finales de marzo y principios de abril no supe distinguir quién estaba peor entre Papá y tú. Llegar a ti fue todo un ejemplo de que uno hace ciertas cosas por amor, y punto. Creo que es la más sublime razón que justifica tomar un avión de Bogotá a Riohacha (¡semejante cambio brusco de temperatura!), tomar un taxi hasta un paradero de carritos por puesto en la calle, llegar a Maicao una hora después y cambiar pesos a bolívares con un cambista sentado en medio de una acera y a la vista de todos los transeúntes de un caótico *downtown*, abordar un carrito por puesto destartelado y que te toque junto a un gordo que ocupa un asiento y medio pero que solamente pagó uno, tres horas y media de camino por un paisaje desértico aderezado con los cuentos del conductor sobre los atracos y chivos en medio de la carretera y demás riesgos del camino, aguantar el hambre porque quisiste no perder tiempo sentándote a almorzar, hacer innumerables paradas para que los militares revisen el equipaje y te hagan preguntas sobre tu destino y razón de viaje, el calor seco a la intemperie, la fila para sellar el pasaporte al salir de Colombia y entrar a Venezuela, el mototaxi que hay que tomar desde el puesto fronterizo hasta el punto donde te recoge de nuevo el carro al salir de la trocha de tierra regentada por guajiros, soportar un aire acondicionado encendido que parecía

estar instalado al revés porque echaba el calor al interior del automóvil, llegar a tu feo terminal terrestre casi al final de la tarde con hambre y cansancio y asombro de tantas imágenes del desbarajuste institucionalizado que se apoderó de la frontera. Radamés, uno de tus más ocurrentes y leales hijos que se convirtió en mi hermano del alma, me recogió en la fachada del terminal, como casi siempre que te visito, acompañado de su mujer y sus dos niños. ¡Qué fiel es Radamés! No lo cambio ni por un *affaire* secreto con Sofía Loren en sus mejores tiempos. Tu actual condición, adorada mía, me fue mostrada tan pronto me monté en el carro de mi amigo. A pesar del calor y del aire acondicionado dañado, me recomendó mantener mi ventanilla casi cerrada como medida de precaución ante el riesgo de que algún ratero me quitara el celular de la mano de un solo tirón. «Son capaces de cortarte la mano con un machete con tal de llevarse lo que quieren», agregó, entre la broma y la advertencia. Y recorriendo las calles de Los Haticos, la avenida Libertador y la avenida El Milagro te vi sucia, oscura ante la inminente puesta del sol, marginada y sin un real, como reza la vieja canción. Percibí que me miraste avergonzada y cabizbaja, como si admitieses un grave error cometido, pero también me sonreíste con cierto rictus de pesadumbre en tus pupilas que seguí viendo hasta cuando cerré los párpados a la hora de dormir. Quise ponerte la mano en el hombro o abrazarte, pero algo me dijo que quizás era yo quien iba a necesitar un espaldarazo a corto plazo. La lástima la inspiraba yo, huérfano en preaviso, azorado en mi afán de aprovechar un trozo de las semanas finales de mi progenitor, arrepentido de todas las veces que no le expresé mi afecto, avergonzado de la soberbia con que dejé de hablarle durante meses siete años atrás. Faltaban apenas

horas para darle la sorpresa a mi viejo. Mamá y parientes me hicieron el favor de guardar el secreto de mi llegada. Ya me tocaría inventar una excusa para no decirle a Papá que había llegado de Bogotá solo para verlo por última vez. Porque yo, a diferencia de otros esperanzados del clan familiar, me hice a la idea de que aquel sería su último marzo, su último abril, y de que todos los chistes que me contase y todos los abrazos que nos diésemos no volverían a repetirse sino gracias al agridulce bálsamo de la remembranza.

A Mamá la vi igual que siempre en esta etapa de su existencia en la que no puede concebir calma alguna sin tomar pastillas para sus diversos achaques, que me parecen muchos, pero más numerosos me parecen los medicamentos que ingiere con una disciplina religiosa que quizás haría el mismo efecto si solo fuesen placebos. La mente tiene el control de todo, dicen, y la de mi madre le juega malas pasadas con tanta frecuencia que ya en la familia hacen bromas sobre sus malestares porque a veces no pueden ser localizados en ningún órgano. Al parecer, son síntomas de nervios incontrolables, fruto de la soledad de sexagenaria divorciada y peluquera jubilada, admite ella misma, de manera que en cada visita que le prodigo suelo encontrarla de buen talante y a veces rejuvenecida, mas no falta el momento en que me refiere con rostro quejumbroso que le duele el cuello o la boca del estómago, que la psoriasis llegó de nuevo para reseca sus codos, y vuelve al pastillero, cuenta las pepas de diversos colores y tamaños, y no siente alivio hasta que las ha engullido con fruición, como si hubiera pasado horas de hambre y se encontrase frente a una hogaza de pan caliente para saciarse. Bueno, amada, tú lo sabes mejor que yo, para qué te lo cuento. Has sido testigo de cada episodio, de cada

susto que nos hace pasar con sus *morideras*, como le decimos mamando gallo. Pero en general está bien. Por años creí que Mamá moriría primero que Papá, intoxicada sin querer a punta de barbitúricos o a causa de un sofocón mortal manejando su carro. El respeto que ella le guarda a la muerte linda con el miedo con bordes irreconocibles. Por ello ha llevado al extremo el consumo de alimentos sanos. Pero en general el aburrimiento de su retiro ha logrado paliarlo leyendo y pintando mucho, visitando a mi abuela y mis tías, atendiendo en casa a su vieja clientela del salón de belleza.

A Papá le llegué de sorpresa el sábado por la tarde, luego de entrar a casa de tía Nena por detrás, mientras hablaba con tío Nerio en el patio lateral, que antes fue un estacionamiento pero que ahora estaba cerrado y contaba con un potente aire acondicionado que hacía del área mi sitio preferido de toda la casa. De una vez entré y le pedí la bendición, sin demasiado aspaviento, como si lo hubiese visto ayer. Su rictus confundido y asombrado duró un par de segundos, placenteros, lo que tardó para asimilar mi repentina llegada. Y su sonrisa justificó toda la incomodidad e incertidumbre de mi trayecto hasta ti, terruño de mis nostalgias. Su sonrisa me lo dijo todo y sus pupilas se iluminaron como jamás había visto en un mortal. Eran los ojos verdes más bellos del mundo a pocos palmos de mí dándome la bienvenida. Pocas veces le vi a Papá una reacción tan alborozada, o así quiero recordarlo. Pero el primer abrazo, a pesar del cariño que transmitía, me dio mala espina. La delgadez galopante apocaba su anatomía, siempre fornida en antaño, y me vi cercando con los brazos un tórax de adolescente mal nutrido, casi un esqueleto de esos de plástico usados para explicar la osamenta humana. A pesar de su condición, su buen humor y su repentismo eran los

mismos. El cáncer no había minado su sagacidad para hacer comentarios chistosos sobre cualquier tema. Acusaba mala vista en su ojo izquierdo, una pierna no tenía la movilidad de días atrás, pero se mantenía esperanzado en que su tratamiento comenzaría a hacer efecto y pronto asistiría a cuanta juerga lo invitaran. Me comentó, como quien se libera de una apretada corbata, que ya no necesitaba el respirador artificial, que dormía bien, y que se había negado para siempre a tocar un cigarrillo: estaba convencido de que su afección pulmonar solamente estaba relacionada con sus casi cincuenta años de fumador. Estaba intacto su talante juvenil, su optimismo ignorante me partía el alma a la vez que me hacía suspirar de alivio porque él mismo le negaba a la muerte el gusto de verlo agonizando por una larga temporada. Así no era Papá. De haber sabido desde el primer día que padecía cáncer su actuar habría sido el mismo: nada de quejidos constantes ni de días enteros echado en cama. Pero, por si acaso, todos decidimos ocultarle su real estado. La ignorancia era el mejor coadyuvante. Y Papá, hasta el momento, colaboraba con sus chistes continuos, entretenido con las visitas que recibía a toda hora, y su buen apetito. Al fin y al cabo, los doctores habían recomendado complacerlo en todo. «Si le provoca un trago de whisky, no se lo nieguen», le dijo uno de ellos a tía Nena tras un chequeo, a solas. Sin embargo, la debilidad general apenas le permitía sostener los cubiertos a la hora de comer y los libros que leía en sus horas de descanso. Había perdido no menos de diez kilos en los últimos tres meses. Y nadie a ciencia cierta podía saber qué dolores él se callaba para no atormentarnos. Sabía que no queríamos verlo de regreso en el Hospital Coromoto. Algo combinado entre el orgullo y la dignidad le impedía permitir que se le considerase un bulto

de difícil carga. Papá se tomó ciertas cosas a la ligera, nadie lo niega, pero jamás consentiría ser el motivo del sufrimiento continuo de sus seres queridos por culpa de las vicisitudes de su cuerpo. Si alguien no hubiese soportado ser parálítico o estar en estado vegetal por un día era él.

No sé si todo tiempo pasado fue mejor. La noción que tengo del mismo apenas abarca unas pocas décadas, que son nada en comparación con la evolución del mundo, pero tu desmedro y el de Papá me hacían entender que el tiempo no se mueve en espiral ni de forma circular, como los analistas de los países subdesarrollados que repiten sus errores vez tras vez, sino que es una línea recta e indolente en la que se pierde toda posibilidad de desandar caminos y borrar huellas. Cada recuerdo es la puntada de esa aguja que cosió la tela del existir constante y que descoser sería tan abominable como es de imposible. Nada puede traerse al hoy, apenas hacemos intentos por perpetuar ratos felices. Un recuerdo por naturaleza es frágil (no así quien lo trae a la superficie), pero no por eso menos necio, y más le vale al nostálgico poner los pies en la tierra o se diluirá su esencia en el presente igual que el puñado de sal que cae por error en un pozo. Por eso dejé de recordar a Papá en sus días de cabello negro y espalda ancha, cuando era capaz de aguantar una noche entera empinando el codo con tragos de whisky y entonando canciones de Alí Primera con su cuatro, instrumento que aprendió a tocar de oído. Ese no necesitaba mi presencia, mi espaldarazo, mi buena vibra silenciosa. Ese era una nebulosa irrepitable, hermosa, de diversos matices, pero de una consistencia imposible de tocar. Era mi pasado, ni más ni menos. Por el contrario, quien requería toda mi atención era ese sesentón desmedrado de cabello blanco que tosía seco y guapeaba por mantener su

dignidad a pesar de que ya ni siquiera le provocaba beber licor ni fumar. Entonces me dediqué a hacerlo casi exclusivamente mío durante las visitas que hice a casa de tía Nena, como si yo fuese su única descendencia. Almorzamos juntos, hablamos de libros y de música, me echó chistes con los que todavía mostraba histrionismo y entereza para terminarlos con gracia. Sin embargo, debí compartir el tiempo con los visitantes que a cada rato llegaban a verlo por ratos. En un día la casa de tía Nena les abrió las puertas a seis o siete personas (a veces más), viejas amistades que se quedaban a conversar y reír a carcajadas con los cuentos de Papá. Le dejaban dulces, comida preparada y hasta la bombona nueva de oxígeno para su respirador artificial, por si acaso. Así pude reencontrarme con gente a quien no veía desde hacía años, incluso desde la niñez. En la segunda visita me pidió que llevara a reparar la montura de sus gafas porque tenía rota una de las patas que se apoyan en el tabique, e hice que Mamá me llevara en su carro hasta el Centro Comercial Galerías para hacerle el favor. «Te respondo hasta por trescientos bolívares», me dijo con sorna. Costaron seis mil, que Mamá tuvo a bien pagar sin refunfuñar porque la piecita en cuestión costaba lo mismo que una carrera en taxi hasta el aeropuerto por aquellos días. Me sorprendió verlo engullir durante los almuerzos casi las mismas cantidades que normalmente consumía en sus años de mejor salud. Creía que la efectividad del Ensure había sido un infundio optimista de tía Nena por WhatsApp. Pero con cada bocado Papá simulaba una vitalidad renovada que a todas luces se desvanecía al soltar los cubiertos, pues no subía de peso y de vez en cuando lanzaba al aire un ¡ay! que hacía temer lo peor. Se le cocinaba a su antojo y se hacía el desentendido. Ponía a tía Nena y a mis primas en apuros para

conseguir los ingredientes a contrarreloj: siempre almorzaba a las doce en punto del mediodía, creo haberlo dicho. Ese tipo de complacencias debían de levantar suspicacias en él. Sabía que su salud no era la de siempre, pero la abnegada atención de rey que recibía daba lugar a sospechas, sin duda.

En la tercera visita me di cuenta de que era más que obvio que la ceguera súbita de su ojo izquierdo y la inmovilidad de su pierna izquierda no eran condiciones pasajeras que se aliviarían con una pastilla o la inyección de un fármaco potente. Esta vez decidió pasar más tiempo acostado en su alcoba de huésped especial. Casi todo el tiempo compartido lo pasamos allí, haciendo *zapping* entre la mediocre programación de la televisión nacional y conversando de cuanta trivialidad viniera a cuento. Esos eran los momentos que valían oro a su lado. Papá no era dado a conversaciones solemnes ni derroches de filosofía con fines didácticos. La seriedad prolongada de las tertulias se le daba por tramos cortos. A él le entusiasmaba más que a nadie sopesar la experiencia humana a través del prisma esperanzador de la música y de la evocación de Cabimas, su suelo natal. No por nada había sido cantante profesional de gaitas zulianas por más de quince años. Cada charla en la que participaba desembocaba en un buen disco o un buen libro o en alguna andada de su juventud. Su memoria sobre álbumes y cronologías de cantantes y agrupaciones lo convertía en el centro de atención entre melómanos y aficionados de las buenas anécdotas como yo. Por iniciativa propia, en uno de los ratos a solas que tuvimos, me preguntó cómo iba mi proyecto literario sobre The Beatles, un ambicioso libro del que le había hablado desde al año anterior. «Solamente llevo 45 páginas escritas —respondí mientras encogía los hombros—, la historia que quiero contar

se ha ramificado mucho en mis notas». La justificación de mi lento avance fue comprendida por él. Me dijo que confiaba en mi sentido común para armar un relato coherente y que mi intención de hablar sobre el misterio que envolvía al cuarteto británico podía darme buenas críticas y convertirse en un *hit* de ventas si mi pluma maduraba y contaba con buena promoción. «Hacelo todo con cuidado, ¿sabéis? En la novela vais a hablar de gente que aún vive —remató con tono imperativo—. Tenéis que documentarte bien, no te vayáis a ganar el odio de sus fanáticos». Y disertó sobre los rumores que ya circulaban en los años sesenta sobre que la banda consumía drogas y que la psicodelia del *flower power* les hizo perder algo de la identidad cohesionada de los primeros años, pues más que un grupo parecían cuatro tipos reunidos en una misma grabación por meros fines comerciales. «Sin embargo, sin esas sustancias que se metían no hubiesen grabado los tremendos discos que publicaron en los cinco años antes de su separación», arguyó con un tono realista que distaba de hacer apología del consumo de drogas. Era realista. «Lucy in the Sky with Diamonds» o «Tomorrow Never Knows» no hubiesen existido como las conocemos de no haber contado con el estado de alienación que produce el LSD. En los silencios frente al televisor me sentí cómodo. Hoy reafirmo que no me siento mejor con nadie como cuando estoy en silencio con esa persona y no tengo ganas de irme o de decir cualquier pendejada solo por no hacer más insufrible el instante. Papá me daba esos momentos que lo mismo podían durar media hora que de repente ser interrumpidos con algún chiste o pregunta sobre alguna fruslería. Aquella tarde, como era de esperar, el silencio terminó con la llegada de otro visitante.

No te creas, Maracaibo de mi decepción, que la atención sobre Papá me obnubiló al grado de no percatarme de tu situación. Estás adormecida justo en la hora en que deberías estar en pie de guerra. Das la impresión de haber tomado una larga siesta luego del almuerzo. Tus dirigentes, tus honestos y tus pillos se han mancomunado para eternizar el cruel *statu quo* del malvivir, que pone a prueba toda paciencia, que hace de la vida un concepto laxo que admite mil y un padecimientos. Los que sufren se acostumbraron al marasmo. ¿Qué te pasó, que el clamor de un pueblo menesteroso se desdibuja cada año con el inicio de la nueva temporada de la Liga Profesional de Béisbol? Con la temporada gaitera de fin de año se mandan los pesares al carajo, admirable tendencia a la alegría que ya hace daño porque siendo un bálsamo ha mutado hacia una negligente evasión. Apenas llega la Feria de La Chinita la gente se emparranda y soporta cuanta salpica-dura de mierda que le llega por cualquier flanco. La historia y los indicadores actuales revelan que eternamente tendrás un pueblo esperanzado, todo se le niega, todas las puertas se han cerrado. Y así el círculo vicioso del refunfuño y la distracción se institucionaliza hasta convertirse en la única noción de estabilidad concebible. Me he saciado de escuchar el descargo de la «necesaria válvula de escape», del «pero uno no se puede amargar la vida para siempre» y del «mientras se pueda pagar por la distracción, ¿por qué no hacerlo?», lo cual me hace replantearme el concepto de crisis. Se nos dijo desde chamitos que estábamos en crisis, pero que el país se adecuaba a la clasificación académica de aquellos que estaban *en vías de desarrollo*. Evidentemente, algo nos truncó el destino. No me atrevo a propalar qué nos impulsó más a llegar a este estado de inobservancia de la ley e irrespeto a la vida,

pero creo que al fin y al cabo fuimos nosotros mismos. Lo que mis ojos atestiguaron de la vida cotidiana maracaibera me provocó un respingo en el corazón. Volví a ver las filas de gente a las puertas de algunos supermercados en espera de algún producto de precio regulado, volví a pagar un exagerado monto por almorzar con Mamá en Lago Mall, volví a sucumbir al miedo de detener el carro ante un semáforo en rojo, volví a ver a los policías y militares mirando con desdén a los transeúntes, volví a mirar hacia atrás a menudo mientras apretaba con la mano el bolsillo donde guardaba la billetera, volví a escuchar la retahíla de quejas de parientes y amigos sobre el alto costo de la vida, volví a saber de cuentos de robos a mano armada por doquier y a las horas menos pensadas, volví a tener ganas de irme. Te jodiste, tierra del sol amada. ¿Qué cambió, qué mejoró respecto a mi visita anterior, quince meses atrás? En tu caso el tiempo no parecer ser lineal: es un estadio estancado, un trozo de hielo invariable dentro del congelador. Todos conocemos el diagnóstico de tus pesares pero carecemos del tesón para aplicar la cura. Hace tiempo dejé de creer en políticos y en autoridades religiosas. De ellos no vendrá nada que no sean rentables verdades acomodaticias para su propia conveniencia. Pero de la masa pisoteada tendrá que renacer la conciencia y el liderazgo que te reconstruirá. Cada casa tendrá que forzarse a ser un hogar, cada familia tendrá que inculcar valores aunque no cuente con la pedagogía necesaria, o seguiremos envejeciendo y muriendo y multiplicándonos y dejando mustias trazas durante décadas macerando la esperanza en gobiernos eficientes. Toda la rabia de la involución maracaibera se me abalanzó sobre los hombros la mañana en que quise comer en Pasteles Edward de la avenida Universidad. Mamá me llevó pero no quiso

comer ni un pastel, tan acostumbrada ella a la frugalidad de sus desayunos. Yo fui por cinco o seis piezas más una botella de malta, como debe hacer todo maracucho que se considere tal: la explosión de sazón casera potenciada por la grasa de la masa frita, el amargor suave de la bebida que te prepara para el otro envión, la salsa tártara que amenaza con salpicar tu propia cara en cada mordisco. No hay hábitos alimenticios más idóneos para una saturación arterial que los de Maracaibo. De inmediato noté la presencia de cuatro o cinco chiquillos que no pasaban de los diez años pero cuyo lenguaje corporal y vocabulario soez me hizo pensar que estaban tan o más curtidos en la vida que un adulto. A cada cliente que llegaba al mostrador le pedían dinero o un pastelito para paliar el hambre. Quise ignorarlos pero no lo logré. La escena de la mendicidad me había tocado en primera fila, repetida a cada minuto. Así apuré tres pastelitos de papa con queso hasta que llegué al de carne y dejaba la mandoca para el final. Y se me acercó uno de los carajitos. Mi mirada asqueada fue la única respuesta que le di. «Ya gastamos la plata, chamo», intervino Mamá, y lo alejó. El desdén que la dependienta y quienes despachaban los pastelitos prodigaban a los clientes me avinagraron los últimos bocados. A cada quien le hablaban como buscando una excusa para insultarlo, impacientes, prevenidos para un *impasse* y entonces vomitar un poco de su frustración. Los entiendo, pero no me compadezco de ninguno. Lo contrario sería convalidar cualquier excusa para el maltrato contra extraños. Ya me quería ir, encerrarme en el apartamento de Mamá y ver televisión hasta que los ojos se me pusiesen cuadrados y que llegara el dos abril, domingo, para partir a Bogotá. Al devolvernos al carro parqueado en la acera de enfrente un tipo salido de no sé donde le pidió a

Mamá una *colaboración* dizque por haberle cuidado el carro. Su aire sobrado, que nos decía que ejercía su oficio de la manera más alevosa, daba a entender que era mejor extenderle un billete o dos, por más bagatelas que fueran, o nos meteríamos en problemas. «Hay *coñoemadres* que te rayan el carro con una llave si no les pasáis plata», me dijo Mamá apenas cerró su puerta. Y entonces empecé a esperar ansioso la llegada del domingo. Me quedaban dos días en la ciudad y ya estaba harto de ella. ¡Todo se ve tan límpido e inocuo desde las ventanas del apartamento de Mamá! Podría pasar entre sus paredes semanas enteras sin salir. Es una fortaleza donde me gusta arrellanarme y desconectarme del mundo de fuera. Si hubieran llevado a Papá hasta allí no hubiese vuelto a la calle sino para tomar el camino de regreso a Bogotá. A cada visita te sufro cual si fueses un trocito de vidrio incrustado en la planta del pie que me hiere al dar cada paso. No hay aliviadero sino apenas la opción de dejar de andar, detenerse a sufrir cada pulsación del dolor. El aliciente que elegí fue huir y retratarte en la mente mintiéndome con una versión moderna y respirable de la ciudad que me parió.

La última visita que le hice a Papá fue algo más corta que las anteriores. Él estaba cansado y apenas eran las once de la mañana. Sus zancadas tardaban más y su semblante no dejaba de acusar la impaciencia de no sentir mejoría ni en el ojo ni en la pierna. Pero mantenía el buen apetito y con el ojo que aún le servía estaba devorándose *Inferno*, el *best seller* de Dan Brown de más de quinientas páginas, que ya llevaba por la mitad. Al notar el gordo ejemplar reposando en su mesa de noche no pude evitar preguntarme si la vida le alcanzaría para llegar a la página final de la novela, que ya yo había terminado un año antes. ¿Llegaría a descubrir que

Sienna Brooks traicionaría a Robert Langdon? ¿Llegaría al punto en que se diera cuenta de que el virus buscado no tenía como objetivo matar gente sino hacerla estéril para así reducir gradualmente la población mundial con el paso de los años? Papá ya no estaba para darse el lujo de completar nada sino para disfrutar en lo posible la experiencia de cada día que el cáncer le daba de propina, como si su existencia no fuese propia sino la dádiva desdeñosa de un conjunto de leyes o de una autoridad indolente que ni siquiera tendría la deferencia de avisarle la llegada de su último día o del zarpazo indolente que lo simplificaría todo a un fardo de piel y huesos que embutir en ropa y enterrar en una caja rectangular de madera. Quizás ya no existía alguna diferencia sustancial entre él y yo, entre él y el resto del mundo. Todos estamos sometidos a normas de las que denigramos. ¿Qué distingue a un cáncer de un gobernante opresor, de una arruga imborrable en el rostro, de la prevalencia de la gravedad? No hay libertad sino la que ofrecen la imaginación y la memoria: una se forja, la otra se adorna, todo por nuestro bien. A él se le acababa el tiempo, a mí se me acababa él, y era inevitable. De esto no se escapa uno despertando de repente, con la consecuente sensación de alivio. Es la configuración misma de la experiencia carnal lo que la hace tan inefable, terrible y espléndida al tiempo, pero la única que se nos dio experimentar. Acordé con Papá enviarle un libro que ahondaba sobre el halo de misterio que rodeaba a The Beatles, quizás enviarle las primeras páginas del manuscrito, y confirmarle la fecha de lanzamiento de un libro de relatos que estaría en librerías para la segunda mitad del año. Almorzamos pasta con salsa de carne molida preparada por la tía Nena, como siempre. Para el adiós final no quise un abrazo efusivo

que denotara mi temor a no repetirlo. Aquella despedida debía lucir como tantas otras de otros asuetos en los que sabíamos que solamente dejaríamos de vernos por un lapso de meses. Papá vestía *shorts* azules, o así lo recuerdo, y una camiseta de esas de estar en casa, sus cotizas de goma, sus gafas de montura recién reparada, su aire jovial de todos los encuentros familiares, y quedamos, como siempre, con algo pendiente por compartir. Es la mejor manera de no hacerse a la idea del fin cercano: que siempre exista una excusa que motive el siguiente encuentro o la siguiente llamada telefónica, pronto o tarde. Tragué gruesa y agria saliva al darle la espalda y caminar hasta el carro de Mamá. Puede que ella también intuyese que sería la última vez que lo vería respirando. Por el resto del día me dediqué a empacar de nuevo mis cosas en la maleta (incluido un cuadro abstracto pintado por Mamá que cupo de puro milagro) y ver televisión sin ponerle demasiada atención. Un rato de silencio o de introspección era lo que menos necesitaba porque me derrumbaría en excesivo llanto y aparecería la jaqueca y el moco hasta el extremo de la congestión nasal. Vi dos o tres películas consecutivas por HBO sin entender qué había pasado en ellas. La última era protagonizada por Tom Hardy, hacía un doble papel, era sobre un par de gemelos mafiosos y sus avatares llenos de violencia y negocios turbios en el glamuroso Londres de los años 60. No recuerdo el título del filme pero me entretuvo. Faltaban pocas horas para irme a dormir y levantarme temprano a iniciar el mismo periplo de una semana antes, pero al revés. Radamés me dejaría en tu horrible terminal terrestre y en adelante me tocaría valirme de mis instintos y cruzar los dedos por mi buena suerte. ¡Oh, esa desagradable sensación de que se acaba el paseo! Nada más deprimente

que la seguridad de que solo faltan horas para la vuelta si el viaje ha valido la pena.

Me despedí de ti en silencio en la cama, mientras me cubría con el edredón, te deseé la mejor de las venturas, mas no logré aplacar el amargor que tu agonía me produjo en el paladar. También estabas muriendo, lentamente, como para darnos a todos tus hijos tiempo de vivirte por unas últimas veces. Cuando pasen las eras y de esto que hemos experimentado solo quede una polvorienta reseña eternizada en tinta (y quizás ni eso), ojalá alguien tenga la oportunidad de transmitirle a otro que una vez la palabra Maracaibo tuvo un significado, que nació y gozó de una apoteosis ya remota, pero que también sus mismos moradores la asesinaron no sin antes acabar con la gaita zuliana, los patacones rellenos, el puente sobre el lago Coquivacoa, el petróleo del subsuelo y hasta la tablita con la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, porque en vez de ciudadanos se habrán transformado en sombras carentes de discernimiento para distinguir lo correcto de lo conveniente, su dignidad será como un material maleable que desconocerá los principios que lo rigen, la bota del poder los aplastará con su hedionda suela y entonces muchas cosas valiosas habrán perdido su significado por no poderse canjear con dinero. En consecuencia, aquello que definía la identidad maracaibera será una trivialidad fútil con la que no se podrá comer ni tomar un boleto aéreo para huir. Se habrá consumado tu exterminio, amada, aunque sigan edificios en pie y automóviles crucen tus esquinas.

Aquella noche anterior al regreso dormí bien, pese a las emociones de las horas recientes. Ha sido una constante mía dormir con placidez la noche antes de una jornada que prejuzgo importante. ¿Será síntoma de una inconsciente

indiferencia o un recurso para estancar el pánico que me produce vivir? La noche antes del nacimiento de mi hija, la noche antes de mi primera cirugía ocular, la noche antes de mi matrimonio, la noche antes de mi mudanza a Bogotá, la noche antes de mi graduación universitaria fueron precedidas por sesiones de sueño largas y reparadoras en las que no se presentó la ansiedad que acompaña el insomnio. En todo caso, no es el insomnio lo peor sino la ausencia de una expresión artística que lo justifique, un buen libro, una buena película, una buena canción.

* * *

La naturaleza de cada afecto atañe a su origen pero también a su terminación. Si se deja de juzgar su génesis no queda otra conclusión que valorarlos asido de la esperanza en la longeva duración, en que esa despedida ineluctable luzca tan distante que nos engañe con la probabilidad de su no ocurrencia. Y esa es la belleza de ciertas quimeras: hacernos fantasear con presentes alternativos, virtuales, aunque siempre terminamos reconociendo que la realidad se los traga cual depredador que engulle su presa. La salud de Papá no podía ser la excepción. Pero lo tangible, lo que se puede oler y palpar, nos distrae de lo que en verdad amamos (o deberíamos amar). Debe de ser ese el motivo por el que rendimos tanta pleitesía al cuerpo. Siempre asocié el amor a lo palpable, a aquello que los sentidos pueden percibir y que enriquecen la nostalgia desde diversos ángulos. Mas hoy reconozco que el envoltorio, de suyo, no puede tener la misma esencia que lo envuelto, o de lo contrario sería su extensión. ¿Entonces por qué en lo referente al cuerpo logran fundirse? Papá no puede ser tanto la

estructura de órganos y huesos como la influencia que ejerció en mí, para bien o para mal. Aún suelo leer los reportes que mi tía me enviaba mediante cortos textos de WhatsApp en los que me detallaba que la fuerza de Papá se iba alejando, y tras cada masoquista relectura me arrellano en un rincón, permito que el abatimiento me abofetee. Se me dificulta el llanto pero tampoco tengo un yunque en vez de un corazón en medio del pecho. Es efímero pero intenso. No es del todo negativa la cualidad humana de ceder al sufrimiento, aunque sea para que quede constancia de que incluso entre los escombros del desencanto todavía nos atrevemos a sentir algo genuino. Desde la semana siguiente a mi vuelta a Colombia Papá volvió a usar el respirador artificial y perdió el apetito a un nivel alarmante. Volvería a ser internado en la clínica, más tarde que temprano. Nadie tenía duda de ello, creo que ni él mismo. Su certeza de que le quedaban semanas de vida también era mi agonía. ¿Cómo pude ir a trabajar y sonreír y hacer el amor y experimentar un variado rango de emociones tan plácidas mientras en Maracaibo mi viejo pasaba los días sin comer ni hacer el esfuerzo por caminar? Era la quimera del milagro la que mantenía como algo eludible la noticia fatal del pronto deceso. O quizás haya sido la prevalencia del instinto que hace considerar la vida un bien que debe mantenerse nunca quieto, nunca inmóvil. El universo empezó con el movimiento, con el choque, y al parecer es el ejemplo más fehaciente de que la existencia es una constante agitación que sobrepasa toda ejecución de estados estacionarios como los producidos por la congoja. También un estímulo inesperado tuvo que ver. Una especialista, que hasta el momento no había participado del caso de Papá, revisó su historial médico reciente y se atrevió a decirles a mis tíos que aún se podía tener la esperanza en

un tratamiento de quimioterapia que le extendiese la expectativa de vida unos pocos años, pero comenzando lo más pronto posible y con la venia de un consentimiento general de los parientes. La noticia me confundió. Resultó, según ella, que el problema podía atacarse desde el punto de vista hematológico y los medicamentos necesarios que prescribió en una larga lista no se conseguían en el país. Quizás alguna ONG u oficina gubernamental podía contar con ellos. Las ampollas además de costosas eran de difícil obtención. El canal regular, las farmacias, era inútil. El país del siglo XXI, o lo que quedaba de él (o en lo que se haya convertido), era apenas un lugar delimitado por las fronteras impuestas por el hombre donde convergían soñadores, pendejos, bribones y hasta gente honrada, pero sin la fuerza ni la mancomunidad suficientes para que la normalidad de la vida adentro incluyese ir a una farmacia y conseguir sin dificultad el contenido de una receta médica, entendiendo por *normalidad* todo lo que ocurre a diario a nivel mundial y que no tiene por qué salir en un telenoticiero pues se da por tácito. La definición de *normal* había cambiado hasta volverse un término en desuso salvo para comparaciones entre esos días aciagos y los hábitos de la segunda mitad del siglo XX, *cuando éramos felices y no lo sabíamos*, suelen decir por ahí. No por muy repetida la frase deja de contener la pena de reconocer que el gentilicio de hoy es aceptar la condición de ser fantasmas de lo que una vez fue y se extravió cuando se suponía había que preservarlo con celo. Democracia, inocencia, solidaridad, puede tener cualquier nombre, pero en todo caso es un bien escaso si no discontinuado ya.

Y empezó la brega por tener lo imposible en las manos. La familia publicó en cuanta red social había la petición de

ayuda para encontrar las ampollas, se preguntó sobre su disponibilidad a cuanto especialista se conocía, se visitaron fundaciones y se consultaron *websites* para cotizar precios. El resultado infructuoso de las diligencias arrojó una desesperada conclusión para nosotros: había que mandar a traerlas del extranjero. Priscila, vieja amiga maracucha residente en España, me escribió tan pronto vio mi *post* en Instagram y me dijo: «Yo te averiguo todo eso y te comento los precios, y si puedo las compro y te las envío por *courier*. Luego vemos cómo me las pagas. Aquí en Barcelona no son costosas». Resultó que apenas un día después visitó solo una farmacia y de una vez me envió por WhatsApp la foto con un papelito que contenía el nombre de cada sustancia, la presentación disponible y el precio por unidad. Y entonces creí sentir una mano en el hombro que me brindaba el aliciente de tener derecho a volverme optimista sobre la salud de Papá. Él era lo único en lo que podía tener esperanza. A Maracaibo (a todo el país, valga subrayarlo) se lo había llevado la marabunta de nuestra depauperación ciudadana, al ralenti, como el hisopo que se introduce con cuidado para limpiar la oreja, sin más rimbombancia que la apreciación que cada cual tuviese del detrimento y las noticias públicas que no fuesen objeto de autocensura. Esa progresiva debacle, cual puñal afincándose sin premura milímetro a milímetro en el pecho de la patria, no terminaba de herirla de muerte y por ello daba lugar a ciertos respiros, escapes fugaces, oasis placenteros que distraían la constante sed en el desierto. Nunca fue más latente para mí sentirme extraño como esos especímenes que provocan asombro en un zoológico. Se puede ser extranjero en el suelo natal. Basta con que quieras mostrar sindéresis en medio de los polos que se repelen para que los demás (o tú mismo) te

vean en cierta medida como un paria, como un exabrupto que incomoda y debe ser neutralizado. Nada ofusca tanto a la mayoría como esa piedrita en el zapato que representa aquel que se cuestiona todo en derredor. El maniqueísmo defendido por el *establishment* nos quiere hacer creer que la realidad es simple, que todo se reduce a una lucha de virtuosos contra inicuos. La manipulación suprema se perfecciona con la creencia exclusiva en tales bandos. Nos mudamos de país porque nos sofoca la miopía del tercero, porque creemos poseer *la* verdad, esa convicción que no encaja para los otros. Hay algo de ego en el emigrante que cree que debe huir de la mayoría adoradora de la mentira. Y entonces ocurre la paradoja graciosa: una vez lejos del terruño, por la supervivencia hasta se reniega de un dios y se cuelga el orgullo en la pared oscura de una cueva. Sin embargo, mi querida Priscila mantuvo su *don de gente* (¿puede definirse esto con exactitud?) en España. Los estragos que procura el gentilicio en nuestra mentalidad no la desdibujaron. La nobleza que me demostró al comprar las medicinas y enviarlas a Maracaibo la hacen merecedora de cuantas loas le prodiguen.

Papá me envió una nota de voz por WhatsApp durante la segunda semana de mayo como respuesta a mi habitual *cómo te sientes* de los últimos días. Sostuvo que no perdía la fe en la quimioterapia y que el consenso familiar le daba el apoyo moral que necesitaba. Solo le faltaba ganar fuerzas para empezar el tratamiento. Su cadencia para proferir cada sílaba ya no denotaba vejez ni fatiga. Eran las postrimerías de alguien asido del tallo de una flor al borde del desfiladero. Me era desconocido el timbre de voz. Él había vuelto al Hospital Coromoto. Sus exiguas fuerzas no le permitían ni levantar la cabeza. De la estampa ancha de otros años quedaba una

calavera cubierta por una tela delgada de descolorida epidermis. Se alimentaba de suero. A partir de entonces los partes de su deterioro me fueron referidos por la tía Nena a diario, con fotos incluidas, terribles todas. No volví a tener contacto directo con Papá. Eran los mismos días en que alrededor del mundo se veían por televisión imágenes de muchedumbres en Caracas, en Maracaibo, en Barquisimeto, en San Cristóbal protestando contra unas autoridades tan mediocres como opresoras cuyos verdugos en la calle (los que se supone debían protegernos) mostraban un pulso atinado al disparar contra los desarmados. Cientos de miles de davides soportando arremetidas de los goliats trajeados de verde. Hoy las imágenes están borrosas en mi mente. De la barbarie sobre el concreto recuerdo goterones de sangre, caídos con hoyos en la cabeza, llantos de impotencia y rabia, motorizados enseñoreados de las vías públicas derrapando con pistola en mano. Las pérdidas correspondían en su mayoría a jóvenes que ni si quiera tenían edad para votar cuando la tiranía se entronizó, muchos de ellos apenas chiquillos en brazos. Si bien su lucha parecía a veces no tener un foco definido y careció de un revulsivo que la robusteciera, su arrojo los llevó a la inmolación con que nos recordaron el error de nuestra generación, la que se desperdició. Recibí con estoicismo los rumores y partes de tonto optimismo que procuraban las protestas. Mi viejo era mi patria. Solo de él esperaba el milagro o la debacle. Hasta ese punto se había simplificado mi patriotismo a distancia. A Papá no le alcanzó el tiempo prestado por la Providencia para decepcionarse del desenlace de meses de vana refriega. Un bando bajó la guardia; el otro ganó tiempo.

Las medicinas que Priscila envió desde Barcelona llegaron tarde a Maracaibo, desde luego. Por mandato de

ella hubieron de donarse a una fundación días después. El dieciséis de mayo a las nueve de la mañana la tía Nena me escribió que Papá había dejado de padecer y que se encontraba en el alto cielo convertido en nuestro nuevo ángel de la guarda, en presencia de Dios, o eso recuerdo de la redacción. Le agradecí en silencio la cuidada prosa para describir algo tan profano como la muerte. Por mayor adorno lingüístico aplicable era eso: haber dejado de respirar, el cuerpo vuelto una cosa que guardar bajo tierra, una elucubración con licencias poéticas sobre el destino del alma, una compañía y una ausencia a la vez, dolorosa y tierna. Me negué a asistir a su funeral. Lo tenía decidido desde antes de viajar a Maracaibo a finales de marzo. Las implicaciones emocionales y económicas de viajar a Venezuela solo se justificaban por verlo vivo y con algo de esperanza en la mejoría. Aquel martes tuve que cancelar mi última clase del día y ser sincero con la alumna con respecto al motivo. El caudal de lágrimas que represé por horas se desbordó por fin en la noche y luego me dejó dormir con cierto sosiego. Luego vendrían los sueños con él, echando chistes en una fiesta, o postrado casi desnudo en una cama y con avergonzado rictus, pero siempre presente, el centro de atención de la escena. La noción de perdonarlo por considerarme víctima de un padre ególatra con incapacidad para demostrar cariño se desvaneció como las colillas de los tantos cigarrillos que se fumó porque me invadió la sensación de que él en su última hora supo del total impacto de su existencia en la mía y reconoció, con la hidalguía que solo el agonizante tiene, que pudo haber hecho todo distinto, mejor, y que su mayor lección para mí era la de superar con mis años futuros cada prejuicio, cada defecto que yo haya idealizado en él. Y fue ese el acto de amor que siempre esperé

recibir de su parte, justo al momento en que aceptó que no podría tomar otra bocanada de aire. Hoy sé, a propósito de ser su descendencia, que el amor es indefinible porque es tan simple y profundo que colisiona con las intrincadas pulsiones de los humanos, viene de otro ámbito, en este mundo apenas vislumbramos algo de sus propiedades. Solo podemos intentar sentirlo y demostrarlo. Aun con la comprobación de que es una dádiva divina o un artificio del hombre, es un concepto difuso pero que nos esforzamos por experimentar. Solo una posibilidad. Un portal que quién sabe a dónde conduce. Un bálsamo que de la forma más conveniente ejecutamos para darle sentido a nuestro devenir. Y con esa falible hipótesis me consuelo.

Asuntos respiratorios

Juan Manuel Romero A.

Cuando llegó la invitación las cosas no podían estar peor en la ONG donde yo fungía de líder espiritual. El famoso comunicado me hizo suponer que la respiración controlada y las contorsiones sí desencadenan —tarde o temprano— resultados terrenales.

Aunque para ser justo, debo exponer que en la organización lo *terrenal* estaba instalado desde hace mucho rato. Quizá *terrenal* no era la mejor palabra que calificaba nuestra mera vulgaridad.

Me explico: el maestro Fernández, mi amigo intachable, con 22 años de haber transformado su vida y con más de seis visitas a la India, me dijo sonriente y lloroso (cuadro impensable para un maestro) que yo le gustaba. En su momento me sentí como si yo estuviera en medio de una guerra de almohadas de plumas voladoras y que mi cuerpo estuviera lleno —¡ay, papá!— de aceite de carro. Por otra parte, los demás yoguis de la ONG estaban en proceso de divorcio, lo que los volvió un poco descreídos y su único tesoro verbal era hablar del tema, una y otra vez. Además, en varios recintos penitenciarios, repletos —entre otras cosas— de intolerancia, nos

estaban cerrando las rejas en la cara, no por lo de la declaración del yogui sexodiverso Fernández hacia mí, sino porque la situación carcelaria ya andaba por esos días encaminada al despeñadero, como para, de paso, estar dándole permiso a un grupito de yoguis sospechosos para que impartieran güevonadas dentro de los penales.

Con frecuencia me digo que al yogui no se le perdona que sea elástico y, además, humano. Por supuesto el listado de rencores es más largo. No nos perdonan, por ejemplo, que la bioquímica de nuestra sangre sea igual a la de los demás. Tampoco nos perdonan que también vivamos —tan bien, incluso— de aire. Aunque, si a ver vamos, el meollo del asunto es el nirvana. Pocos logran tolerar que la iluminación y la serenidad la tenga alguien en este país. Pero no quiero que se me escape la verdad: mi aparente medida, la que he terminado llamando *paz interior* o *modus vivendi*, solo ha respondido al bombardeo químico: una gragea de bromazepam en ayunas.

Más o menos así era la postal de presentación de nuestra ONG cuando llegó el famoso *mail*.

Era una invitación al Foro Para una Paz Sostenible.

Para entonces en la organización éramos cinco yoguis. Pero solo yo era quien quería seguir echándole pierna al asunto. Aquellas líneas me las tomé como un trofeo ante tanta exposición franca de pellejo. Porque el asunto, desde cualquier óptica, es un acto de fe: dar clases de yoga a reclusos venezolanos.

Al evento me fui solo. Con un bolso liviano. Barbado. Como un apóstol.

* * *

El mar no era lo único turbulento allí. El aire salitroso y el calor daban una bienvenida rotunda. Allí todo fue un asalto, un sobresalto.

Al llegar pensé que la paz también es así: se tiene o no se tiene; que la paz no se anda con cómicas; que la paz es frontal.

A los invitados nos recibieron unos señores con lentes oscuros, por cuyo grosor exagerado llegamos a pensar que o eran antibalas o el sol de afuera derretía los ojos al menor descuido. Uno de estos señores tomó la palabra: «No olviden sus chalecos. Anden rápido. No se preocupen por tomar fotos, nosotros les enviaremos a sus correos un *collage* de los mejores momentos del foro».

Al mencionar la ciudad cede del evento, los desesperados e implacables protocolos de seguridad pasan a ser comprensibles: Mogadiscio.

—Lo malo, hermano, es que uno ya no sabe de cuál lado está el terror —me dijo un colombiano que corría conmigo hasta el taxi blindado.

¿Por qué invitaron a nuestra ONG? Entiendo que debió resultarles «interesante» escuchar tal oficio (o tal *modus vivendi*) de la ingenuidad en medio del infierno. Los organizadores del foro también nos asomaron que si había disposición de nuestra parte podríamos impartir algunas clases los mediodías, antes del almuerzo.

Desde las palabras iniciales a cargo del ministro de la Defensa ya no había más que esconder. Afuera del Palacio Central de la Paz —eufemismo de un centro militar que aún no había sido visitado por la anarquía y por los de Al-Shabab— se sentían próximas las ráfagas de metralla y las constantes explosiones.

El ministro nos dio la bienvenida con un discurso aplomado (que llevaba mucho plomo en el ala), aunque ocasionalmente se le escapaba una mirada de soslayo a sus guardaespaldas quienes, como unos ventiladores, asentían para que continuara hablando. Explicó que el presidente nos enviaba un caluroso abrazo del combatiente pueblo somalí. Y que el mandatario iba a seguir *on line* desde su búnker, paso a paso, la conferencia.

Entre otras cosas, nos informó, en medio de una confusión de papeles y fichas en el ambón, que el lema del Foro Para una Paz Sostenible de ese año 2011 era «Tribute». Muchos debimos sospechar que algo allí iría mal apenas percibimos el tufito del lema. Sin embargo, para maquillar desde temprano las circunstancias ambiguas, desde el techo parpadeó en rojo una palabra: *Aplausos*.

Salió el ministro rodeado.

Sería la última vez que lo veríamos.

Dos días después —el 10 de junio—, cerca de la media noche, una sobrina del ministro entró a su habitación para darle las buenas noches. Al abrazarlo accionó el chaleco de explosivos. Otro *boom* somalí. Uno que no fue atribuido a los piratas de mar —dueños de otro tipo de terror—, ni a los señores de la guerra, ni a ningún clan tribal islámico. Allí las firmas del horror son claras y rápidas: la sobrina era parte de Al-Shabab.

Mientras tanto, dentro del palacio, el tributo a los pacifistas más grandes de la historia reciente nos llenaban los ojos de lágrimas. Una de las actividades sublimes fue leer en quince idiomas el «Yo tengo un sueño» de Martin Luther King. Excepcional. Con holgura pudo resultar más entretenido decir *om* durante media hora.

Terminé trabando amistad con el paisa colombiano que corrió junto a mí al taxi blindado. Se hacía llamar Santi. Periodista, chivudo como yo y de gran contextura. Por esos días tecleaba algunas crónicas para un semanario de París. Como quien no quiere la cosa me hizo varias preguntas a lo largo de los días sobre mi negocio en Venezuela y nuestras cárceles verracas. Traté de responderle de la mejor manera, sin inventar, sin maximizar y, sobre todo, sin omitir. Él sabía que mi ONG se convertiría, tarde o temprano, en un texto audaz de su autoría. Él creyó que estaba sacándome información discretísimamente. Pero los tintos —los cafés y los vinos— lo delataron. El idioma materno delata. Y a un yogui no se le engaña con facilidad. La cuestión es que afilamos la lengua muchas horas en el bar y nos perdimos, por tanto, varias conferencias. De todos modos el paisita quería cumplir con su agenda, con su cronograma laxo. «Lo cumplo para justificar el sueldo», afirmaba. Finalmente me dijo: «Venga hombre, acompáñeme a una charla de esas».

A la que fuimos se llamaba «Vigencia del pensamiento gandhiano en la violenta sociedad globalizada». Al culminar, un señor calvo y extremadamente corpulento, de lentes negros y una corbata como de mi altura, tomó la palabra para dar una buena nueva: «Esta charla ha sido grabada íntegramente con el fin de ser transcrita y llevada a libro. Acá hay dos editoriales españolas que desde ya quieren los derechos de la grabación para publicarla; esto ya es otro debate... [risas]. Me comentan que el libro ya tiene título. Maestro Gandhi, con su permiso, el libro habrá de llamarse *Todos ciegos. Palabras que exploran el ojo por ojo*». Auditorio de pie. Arriba, otra vez, la palabra parpadeando con desenfreno. Cinco minutos de aplausos sostenidos. El conferencista estaba frente a la tarima y se

inclinaba para recibir la ovación; también lloraba. No dejó de sonar un coro de John Lennon a un volumen superior al de las metralлас. Santi, mientras tanto, tomó decenas de fotos y tecleó algunas notas en su portátil a una velocidad alucinante.

Al segundo día —el último por obligación— corrió todo con normalidad... Santi, después de brindarme un té, me condujo hasta la conferencia central: «Grandes logros. Una visión detallada de los últimos veinte premios Nobel de la Paz».

Al inicio, cuando dijeron Rigoberta Menchú el auditorio otra vez se puso de pie. Aunque la verdad me pareció sospechoso que no parpadeara nada en el techo. Casi tres horas después, cuando nombraron a Obama, un auditorio cansado volvió a ponerse de pie. No hubo algarabía a pesar de que el *Aplausos* en rojo no dejaba de atormentarnos.

Las puertas se abrieron y el desalojo de la gran sala fue en paz. Le dije a Santi que estaba un poco inquieto porque después de dictar mi clase vendría mi intervención. Los organizadores me habían dejado en claro mi tiempo: no más de 20 minutos.

—¿Cagado o qué? —preguntó Santi sin medias tintas.

—Algo así.

Un periodista siempre le debe su éxito a su frontalidad. Sin embargo, le enfaticé que lo mío solo era inquietud. Cuando uno ventila en el exterior la anatomía de los intestinos de su país siempre hay inquietud.

—Hermano, no sea pendejo. ¿Ud. no escucha cómo está eso allá afuera? ¿Ud. cree que algo pueda estar peor que la ubicación de esta conferencia? ¿A Ud. le parece que va a detallar las entrañas del infierno cuando es evidente que estamos en él; cree que va a destapar alguna olla, que alguien se va a

escandalizar por lo que Ud. cuente? Hermano, llévela suave, diga lo que se sepa, pero eso sí, dígalo bien y con sinceridad.

No pude decirlo. Ni bien ni mal.

Una señora tan flaca como una cigüeña y tan lustrosa como la «Niña bonita» de Ana María Machado me interceptó luego de mi clase. Me notificó que mi intervención y la de otros señores de Albania, Sri Lanka, Belice, Islandia y del vecino país de Etiopía habían sido pospuestas para el día siguiente —o sea, para nunca—, debido a que —justificó la señora tremendamente animada— un compatriota mío acababa de llegar al palacio y querían su intervención para esa misma tarde.

Para el final de la tarde el plato fuerte, nada más y nada menos, era el *venezolano* Walter Martínez, quien hablaría de sus grandes entrevistas y la objetividad periodística como una forma pacifista frente a las guerras a las que él, otrora, asistió aunque sin ser tan exitoso como Kapuscinski debido a que él, aclararía más adelante en su conferencia, no escribió nada sino que lo dejó todo en la olvidadiza televisión de los setenta y ochenta.

Pero si soy del todo sincero, en el auditorio solo se esperaba el final de su alocución para que diera la paz en varios idiomas de la misma manera como lo hacía en *Dossier* los días viernes... Y así lo hizo.

Solo que mientras varios imaginamos que Martínez también diría «disponga Ud. de las cámaras, señor director», el ambiente de pronto se enrareció.

Entraron unos afrodescendientotes con unas armas tan grandes y potentes como el islam que los aviva. Soltaron lenguaradas eufóricas. Dispararon al techo. El recinto fue un caos: una presentación de Somalia.

Los efectivos de seguridad estaban en el piso, ahora no me atrevo a decir que muertos (o quizás sí, de miedo). Todo fue como un ventarrón de arena en el que quedamos ciegos. Apenas llegué a escuchar la voz temblorosa de un traductor al español que había sido capturado por los rebeldes. El sometido tomó un micrófono y dijo: «Esta gente sabe que aquí hay un yogui; que se entregue para evitar el plan B. No sé qué carajos es el plan B, pero si de verdad hay aquí algo de eso de lo que están buscando, ¡no jodáis! ¡Entrégate!». El traductor fue ejecutado allí mismo, apenas terminó.

Santi, agazapado junto a mí, me susurró: «Está jodido, hermano, alce la mano si las tiene bien puestas».

Sinceramente no estaba aterrado como los demás. Solo estaba buscando el potecito de mis pastillas y haciendo ejercicios de respiración para mantener el ojo de atrás bien cerrado. Logré tragarme dos pepas y, después de culminar la respiración como si estuviera pariendo, me levanté y grité: «Yo, yo soy el yogui».

Me habría gustado que ese famoso plan B no se diera, pero fue inútil. Los disparos siguieron. A mí me elevaron unos soldados fornidos y me sacaron del lugar.

Recuerdo el *jeep* dejando polvo en un camino estéril como única imagen y único paisaje. Éramos cuatro en el carro. Dos tipos adelante: uno que manejaba y el otro que iba hablando, sin parar, como tratando de amainar la aridez. Atrás íbamos el que me cuidaba y yo. Por un momento creí que me pondrían una capucha para no reconocer el lugar, pero en Somalia hasta los lugares comunes se los saltan. En todo caso, todo el desierto es una burka.

Varias horas y arenales después, el hablador de adelante se bajó y desplazó con fuerza una cerca desnutrida. Unos tipos sonrientes nos recibieron. Hubo abrazos entre ellos, a

mí me palmearon el hombro. Fui llevado hasta la sala alfombrada y con aire acondicionado de un señor —¿qué otra cosa puedo decir?—.

No sé de dónde salió una mujer catira, de voz áspera, vestida con una vestimenta militar decadente y una pañoleta marrón en la cabeza que le retenía una cabellera de alambres rubios. Era la traductora, pero al inglés. Es decir, que casi quedamos en las mismas.

Lo que entendí es que yo estaba allí para hacer lo que mejor sabía. Para dar unas cuantas sesiones de yoga. Y que tenían que ser las mejores. Debía dárselas a los soldados estresados por tanto sol, por tantos disparos, por tantas circunstancias que Alá les deparaba. Seguro, respondí. La catira dijo ok. Los demás también dijeron ok y rieron y sus armas temblaron. La primera sesión será mañana temprano. Ok, otra vez.

Medité en un cuartucho que me designaron. El sol tardó en desaparecer, pero al llegar la oscuridad el frío me ladró en la piel. Dormí. Creo que así se llamó aquello cuando cerré los ojos por un rato.

¿No estaba yo en un cuartucho?

Unos postes de luz se encendieron para herir los ojos. Estaba en el piso de una cancha. Cerca de mí había una pila de esterillas. Como una temblorosa escena entraron doce soldados y la traductora dispuestos a recibir su primera sesión trascendental. Cada hombre tomó una esterilla. Luego pasaron a quitarse las botas y las camisas. Por último, antes de intentar relajarse, dejaron las armas a un lado. Carraspeé. Di algunas instrucciones básicas. La catira —a quien de repente le habían caído como veinte años encima— tradujo groseramente. Las palabras sonaron en su boca como una película de Tarantino. Les mandé a decir que así era la postura de la

estatua. Que esta era la del perro. Que intentaran imitar la del gato, vamos. Ahora esta, la del guerrero —acá todos hicieron un rugido luego de la traición de la traductora—. Bien, meditemos. Vamos a liberar nuestras mentes. Ellos, quizás por el traslado de púas de la catira, entendieron que la liberación era de otro tipo. Les dije: cierren sus ojos. Sus pulmones se están llenando (como suele decirse en estos casos) de paz y de bendiciones. Exhalen lentamente el estrés. La traductora tenía rato sin decir nada, se había dormido, así como también unos cuantos soldados, quienes no solo roncaban sino que empezaron a liberar escandalosas flatulencias.

Del fondo de la cancha se escuchó la orden: «¡Atención!», y de inmediato las luces de los postes estallaron y los soldados, la traductora y yo quedamos envueltos por las tinieblas del desierto.

Luces varias. Amarillas. Azules. Rojas.

Detonaciones. Ayes. Silbidos incrustándose en la carne y en paredes blandas.

Una linterna me amaneció de golpe el rostro. Volví a ser elevado (después supe que fueron soldados ugandeses). La vida en estos estos casos se vuelve tan coyuntural que uno no sabe si es presa, trofeo o qué.

Sin que dejara de rebotar ni uno solo de mis órganos vitales fui trasladado, a través de la aurora, en *jeep* hacia un búnker de la Liga Pro África Libre. Los focos del carro se perdieron en la carretera empolvada y las luces altas se fueron metiendo entre las primeras del día.

Cuarenta y ocho horas después fui trasladado a Etiopía. Y como papa caliente pasé a Egipto, en donde, en plenos ánimos caldeados, me invitaron a dar una clase multitudinaria en la plaza Tahir.

Un señor muy educado me entrevistó al culminar la sesión frente a toda esa cantidad insólita de personas. Me preguntó qué opinaba de la Primavera egipcia. Por un momento creí que la pregunta se debía, otra vez, a un error de traducción, pues es evidente que en junio al norte de África la primavera está muy lejos; sin embargo, como vi que el señor educado esperaba mi respuesta con expectativa —al igual que el público—, decidí darle una respuesta diplomática: «Acalorada —dije—, su primavera me parece acalorada». El señor respetuoso tradujo al árabe. La respuesta causó furor. Desde entonces fui tomado como activista pronación en este país.

Di *encendidas* clases de yoga una vez a la semana en plazas públicas. Y creí que siempre me iría bien allí. Pero debí sospechar que toda primavera precede —o anticipa— otros pavores. Y si los árabes tuvieran algo que ver con los judíos hasta me atrevería a decir que esa primavera no hizo otra cosa que incitar otra shoá.

* * *

Antes de que regresaran los rigores a Egipto (por aquellos días, la peor enfermedad fue el eufemismo), cuando aún pensaba que el bromazepam solo podía ser parte de una idiosincrasia pasada, recibí un correo electrónico de la ONG en Venezuela.

Lo escribió un integrante nuevo, quizá el que me reemplazó, quizá halado por el yogui Fernández. Sí, tenía que ser un nuevo, pues los otros miembros, como era predecible, se habían largado y estaban felices dando clases en varios *spas* de Caracas.

El muchacho nuevo me preguntaba que cuándo volvería. Que a quién iba a designar (¡ja!) para ingresar a Tocuyito, a El Rodeo, a Uribana ... También escribió que allá en Caracas tenía un par de *asuntos*: el primero era un sobre desde Mogadiscio con un álbum exquisitamente diseñado y editado con las mejores fotos del foro; el segundo era de muy distinta naturaleza, era un asunto literario, se trataba de una novela con una portada preciosa que me fue enviada con matasello de Roma, cuyo nombre era *Necrópolis*. Según, en la dedicatoria rezaba lo siguiente: «Para un tipo que las tiene bien puestas. Santi».

Le respondí que no tenía pensado volver. Le escribí muy largo sobre los cordones umbilicales rotos con mi familia, con el país.

Me dio por responderle, ya casi al final, que aquí los asanas eran respetados con misticismo y que los pranayamas eran los caminos más aiosos que la gente quería respirar.

En todo caso, terminé escribiéndole dos o tres infelicidades más y ocultándole algunas otras *cosas*: por ejemplo, con quién vivo —pues no quería pulverizarle la paz al yogui Fernández—; tampoco le hice mención de que aún añoro nuestras miserias. Le escribí con la altanería que solo nos dan los miles de kilómetros y las dunas y las guerras y las ilusiones y los fracasos de por medio.

También en el correo le respondí que ... no tenía pensado volver.

Durante el gerundio ardoroso «enviando» se me extravió el ritmo sereno y sanador de la respiración diafragmática. Y eso, en este aireado mundo del yoga, es similar a la idea cristiana del pecado.

La olla de Camboya

Ander Harun de Tejada

Andrés De Melo fue el profesor que más nos volvió cenizas la autoestima. Una vez se refirió a nuestros cuentos como la mierda que caga una burra tras la penetración recreativa de un llanero. Algo suave, diluido, expulsado debido a estimulaciones exteriores. Nosotros nos miramos y yo tuve que agarrarle la mano a mi amigo Felipe, ya que Felipe viene de Camboya y, según cuenta, allá el honor vale más que el dólar negro. Allá el honor vale la vida. La perfecta metáfora del profesor fue acompañada por un mar de risas de los compañeros de clase. Yo pensé que todo era así porque, simplemente, estaba bien posicionado: se levantaba en el podio de profesor y lo envestía la institución misma. Felipe se echó hacia atrás. Todos nos miraron. La clase se terminó y el profe se despidió:

—Ustedes dos, chamos. Pilas con las burras.

Felipe lo miró, se volteó lentamente y, justo después de salir del aula, lo interpelló:

—¿Qué te pasa, rolitranco de gafo?

—¿Tú quieres ser escritor, pendejo? ¿Tú crees que un escritor se comporta así? —le respondió De Melo.

Mi amigo, herido en el alma, me dirigió la mirada, como pidiéndome que aprobara el golpe, mientras más y más alumnos se congregaban alrededor de nosotros, como en una olla callejera, como en una olla en Camboya.

—Te recuerdo que si me llegas a pegar la ley va a pesar sobre ti. Yo te voy a dar unos coñazos de todas maneras, pero la ley va a pesar sobre ti.

Felipe enrojeció aún más. Yo me acerqué lentamente y él, por su parte, se acercó más al profesor. Se acercó hasta que su nariz quedó encogida con la presión de la de Andrés, hasta que las respiraciones de ambos se volvieron una sola corriente. En ese momento, ninguno se atrevió a detener la posible pelea. Imagino que fue por la figura poderosa del profesor, por creerlo capaz de controlarlo todo. Entonces, en esa situación tan tensa, al hombre se le ocurrió reír, y no es que esté mal reír, no es que sea un pecado ni que sea condenable. El problema es que la risa es quizás una de las formas más fáciles de emprender un reto. De Melo lo sabía. De Melo conocía a la gente.

En Camboya los retos se acaban rápido. Felipe me lo había relatado varias veces. Siempre hablaba con una estupefacción de otro mundo sobre los momentos en que había que debatirse el honor. Siempre me recordaba, además, que el tema de su tesis iba a ser ese. Yo le preguntaba si estaba seguro y él me decía sí, marico, el honor. Ninguno de los dos tenía idea de qué era eso, pero creo que Felipe lo tenía más claro que yo, creo que encontraba algún concepto en medio de las ráfagas de tiros y de las motos ronroneando en el acecho, en esa dilución del mundo frente al conflicto individual.

Una noche, mientras nos tomábamos una botella de ginebra en la platabanda de su casa, con la cabeza apoyada

en un tanque vacío y con los ojos puestos en las luces lejanas del centro, me lo comentó por primera vez.

Estábamos borrachos, quizás muy borrachos, o quizás solo hacíamos el ridículo:

Le pasé la botella.

—Eso es mentira que la ley puede salvaguardar el honor —me dijo.

—¿Cómo es eso? —le pregunté yo.

—Es mentira que el honor se mantenga en pie por la aplicación de un artículo.

Me pasó la botella.

—Hay muchas cosas que la ley no salvaguarda —le dije.

—La ley no te salvaguarda a la jeva —dijo Felipe.

—Por ejemplo.

Le pasé la botella.

—Pero al final todo, hasta la tenencia de la jeva, te lleva a la cuestión del honor, y el honor no te lo salvaguarda la ley. No lo pienses como una cuestión construida por las arcas infernales de esa sociedad patriarcal que pone a los hombres a acuchillarse. Piensa en la hermosura misma y no en sus raíces: desde los griegos salvaguardando sus tierras hasta Miguelito, en el bloque ocho, cayéndose a plomo porque un cómico se burló de sus orejas de elefante.

—¿Cómo se burló?

—Escribió «satélite Miguel en órbita» en la pared frente a su casa.

Me pasó la botella.

—Qué feo.

—¿Pero me estás entendiendo? ¿Te parece una estupidez? Es que yo sé lo que dicen los movimientos progresistas y todos los floripondios de este siglo, pero no les paro

cuando pienso en eso. Es decir, desde carajito. De verdad, yo no recuerdo un te quiero en la voz de mi papá. Lo único que le escuché decirme a la cara fue una vaina relacionada con el honor y cómo mantenerlo.

—Sí, creo que sí entiendo.

Le pasé la botella.

—Es interesante saber por qué nos obsesionamos tanto con eso, por qué nos duele tanto una invención que no tiene nervio alguno.

—¿Qué salvaguarda el honor, don Filipo?

—Las palabras, por un lado.

Me pasó la botella.

—Ajá.

—Las palabras como forma de darle coñazo a alguien
—aclaró.

—¿Y por el otro?

Le pasé la botella.

—Los coñazos, Luso, los coñazos de verdad.

Felipe tenía 22 años. El profesor De Melo no podía catalogarse como un viejo, pero sí era considerablemente mayor que nosotros. Cualquier persona le hubiera referido una supuesta madurez para enfrentar situaciones así. En ese momento, incluso, parecía estar dominando la contienda por haber sido Felipe el del acercamiento inicial. Consideré intervenir en la situación justo después de que De Melo se rio en la cara de mi amigo. Vociferé al aire pidiendo el fin de la demostración de hombría, pero ambos, al mismo tiempo, me levantaron la palma de sus manos como si lo tuvieran todo bajo control. Yo obedecí sus órdenes y me quedé quieto junto a todos los demás.

De Andrés De Melo no se sabía mucho más que los tres libros que había publicado y lo que, de vez en cuando, se decía en los pasillos. Tenía un libro de cuentos, maravillosamente escritos, que tituló *El escape de los guardias* y que ganó tres premios nacionales; había escrito una novela corta titulada *La mujer de nieve* y varios ensayos larguísimos sobre filosofía política. Con esas obras se había posicionado como una eminencia dentro de nuestra escuela. Dicha fama no solo le valía para ser el abridor de casi todos los simposios habidos, sino también para recorrer los mundos eróticos de aquellas excitadas con el intelecto. Era una celebridad y actuaba con la arrogancia de una. Siempre miraba, alababa a las hembras y después defenestraba el alma de los machos por la basura, como acabando con la competencia, depurando el suelo de los débiles, como si la debilidad fuera, de alguna forma, un pecado mortal. Sin embargo, un tiempo después, un compañero me dio una noticia como si conociera el odio que le teníamos: Melo se la pasa en un callejón fumando piedra; después, una supuesta amiga: Melo se la pasa cogiéndose a las putas de Sabana Grande; después, otros compañeros: Melo es un violento, les pega a las mujeres, se coge a los carajitos y despelleja a los animales por pura diversión.

Sin embargo, yo supe que todo aquello era mentira y se lo aclaré a Felipe un día en que nos encontramos en la entrada de la universidad. Le dije que no había que cometer errores por aquello del rencor. Que, por el contrario, había que tener cuidado. Él me creyó. Serenó sus ganas de actuar frente a los atropellos y, como siempre, volvió a hablarme del honor.

Sin embargo, un día que paseábamos por una de las calles de Camboya, Felipe se tropezó, teniendo en la mano todas las bolsas del mercado, cuando vio a lo lejos a De Melo, sentado en la acera, con un cigarrillo encendido en cada mano, llorando a moco suelto en ese lugar tan peligroso para la extranjería. Pasamos detrás de él sin que este se percatara de nuestra presencia. En ningún momento volteó a vernos, sino que se quedó fumando con cada mano, sin mover siquiera un poco la cabeza, con la mirada fija en el asfalto desgastado. Caminamos lentamente hasta la casa de Felipe y no pudimos dormir en toda esa noche pensando en lo que habíamos visto: ¿era posible que un ser así sufriera? ¿Debíamos olvidarnos de nuestra rabia?

Al día siguiente fuimos al lugar en donde se encontraba la noche anterior, pero no lo conseguimos. Le preguntamos a la gente que andaba por ahí. Dimos la descripción: alto, pelo negro, barba negra y piel blanca. Comenzamos con el vendedor de jugos, seguimos con el panadero, después con el dueño del bar y, por último, tocamos las puertas de las casas. Añadimos el nombre completo a la descripción física. La única que sabía algo de Andrés De Melo era una mujer con las piernas largas y morenas y con una voz de puro vapor caliente. Nosotros la escuchamos de principio a fin: De Melo, una vez al mes, pasaba la noche en esa calle sin importarte el sucio ni la antítesis entre Camboya y la literatura fina.

Felipe lo odió más desde ese momento. Yo me apiadé un poco: todos habíamos dejado el honor abajo por una mujer.

—¿Cómo se recupera el honor ahí, Felo?

—Con la palabra, obviamente.

Siendo como era con los asuntos del honor, para él la verdad era una cosa incuestionable y por eso era tan obsesivo

en la labor de escribir: pensaba todo el tiempo en la voz interior y esa voz interior lo hacía hablar, naturalmente, del barrio Camboya. De Melo se lo preguntó en una de las primeras clases:

—¿Tú eres de allá?

—Sí.

—De ese barrio no sale nada bueno. Fíjate: ni siquiera un escritor decente.

Por eso aumentó el odio. Por verlo llorando después, con el honor en el suelo, sabiendo que hablaba pestes del sitio que parió a quien, justamente, le pisoteaba la integridad.

La risa de De Melo era ácida y grave. Después de que los dos levantaron las manos, el profesor volvió a ensayarla, pero esta vez, como estaba pegado a la cara blanca de Felipe, lo hizo captar todo su aliento a cafeína con enjuague bucal. Yo vi el movimiento de mi amigo en cámara lenta: arrugó la cara, la echó unos centímetros para atrás y la sacudió de lado a lado como un perro. Después, los pliegues cambiaron de la forma del asqueado a la forma del molesto. Yo le dije Felo, piénsalo, y él me dijo no hay nada qué pensar, Luso, cállate la boca. El profesor sonrió. Además de ácida, la sonrisa de De Melo era asimétrica y amarillenta.

Volvieron a ponerse cara a cara. A partir de entonces los segundos pasaron muy lento y cada vez se congregaron más personas en la olla de Camboya. Quise actuar por una tercera vez, pero Felipe, muy en serio, me dijo:

—Al que se acerque le entro a coñazos. A ti también, Luso.

Los coñazos son la segunda forma de mantener el honor, les recuerdo.

Una vez, en medio de otra rasca, me lo explicó mejor:

—Hay veces en que la palabra es imposible. Es decir, ¿cómo te mides con palabras frente a un hijo de puta en descontrol?

Esa vez, sin embargo, todo se podía ver claramente: estaba frente a dos personas que dominaban la palabra. Uno lo hacía de forma magistral y el otro todavía daba sus primeros pasos en ese fango que es la literatura. Sin embargo, parecía que las palabras mismas, entre ellos dos, se habían agotado y por ende el honor solo era disputable a través de su segunda forma. Pero también había que tomar en cuenta que Felipe era un mago que hacía que los momentos de la realidad mostraran su médula poética. Por eso hizo lo que hizo y por eso lo hizo en ese momento específico, justo cuando De Melo sentía que todo estaba a su favor, que era mi amigo quien iba a lanzar el primer golpe y que, como todo muchacho inexperto, se iba a equivocar. Pero la equivocación no estaba planteada dentro de sus posibilidades. Yo lo supe desde que me miró. Sus ojos, dirigidos a mí de esa manera, solo podían significar dos cosas: la muerte más humillante o la alegría más deliciosa. Y así, echando mano de esos indicios, asumí su plan con entusiasmo.

Todo fue perfecto.

Mi amigo Felipe cogió una bocanada de aire y su cabeza emprendió una marcha rápida y fuerte hacia adelante. Fue un beso que apuntó directamente a los dientes del profesor y al que le prosiguió un sonido de succión vomitivo pero hartamente eficaz en una situación así. Se vio su lengua pasear como una brocha por encima de la parte interna de los labios presionados del profe. La mano derecha se la puso sobre la nuca para poder clavarle el beso con propiedad, como un

italiano mafioso dando un beso de buenas noches, y en el que la superposición de los labios fue totalmente efectiva. Fueron cuatro segundos, según lo que pude contar. Los cuatro mejores segundos de mi vida.

Fue entonces cuando De Melo, con un fuerte empujón, se desprendió de la boca de Felipe.

—¿Qué dice la Ley de Universidades sobre los besos? —le preguntó mi amigo.

De Melo se quedó estático durante varios segundos en que pareció pasearse por sus pensamientos más profundos. Se sintió un crujido en el ambiente o algo que marcó el cambio en su ánimo: de la perplejidad pasó, entonces, a la ira total, junto a un enrojecimiento progresivo de su rostro. Dicha ira se materializó cuando lanzó su cuerpo equino sobre el de Felipe y lo hizo caer fuertemente contra el suelo frío. Teniéndolo ahí, sometido, le conectó tres veces en la cara con su inmensa mano. Uno en el labio. Otro en la nariz. Otro en el pómulo. En ese momento supe que tenía que actuar y lo inmovilicé desde atrás con la ayuda de unos amigos. El honor de Andrés De Melo. El honor pisoteado de Andrés De Melo, pensé.

No cedió ante nuestras llaves y se movió como un cocrilo cegado hasta que más personas se sumaron a la inmovilización. Éramos nueve. Solo las grandes emociones causan esa fuerza. Felipe era así. Generaba grandes emociones y no solo a través de las letras.

A De Melo no se le dio ningún golpe. No hubo ley que salvaguardara su honor.

Yo sentí tristeza porque habían golpeado a mi amigo, pero esa tristeza se disipó al ver que, a pesar de sus espantos llenos de coágulos, me miraba con una sonrisa triunfal,

como diciéndome Luso, lo logramos, somos los héroes de esta puta vida.

—¿Cómo defendiste tu honor ahí, Felo? —le pregunté esa tarde.

—Con los coñazos —me dijo—, solo que al revés.

Realismo

Rafael Urdaneta

Eran las cinco y media de la tarde cuando el doctor Julián Ramos dejó la comodidad de su camioneta blindada y de sus escoltas para atender la cita con Realismo 21, una firma de opinión pública que contrató para medir su popularidad de cara a la campaña presidencial.

Al entrar a un edificio del este de Caracas el sol se ocultaba y Ramos apenas podía disimular la incomodidad de acudir a una presentación de resultados al final de la tarde, cuando todos los despachos estaban quedando vacíos y la ciudad se disponía a bajar su ritmo de vida; para él, era el momento de ir a un restaurante o a una reunión de negocios que terminaría en buena compañía femenina.

Mientras subía en el ascensor hasta el piso 40 de la torre, el político se revisó en el espejo detallando su corbata y ensayando sus mejores gestos para la campaña que prometía la silla más deseada del país y por la que había tomado las decisiones más radicales de su vida. Atrás habían quedado amigos, socios y algunos seguidores.

Julián Ramos había escalado y fomentado su jefatura del partido a pulso, sin piedad y con codazos a quienes estorbaban

el paso; fue implacable en su ascenso desde concejal, alcalde y luego diputado, desde donde ayudó a crear las condiciones para que las calles ardieran; instó a jóvenes a tomar las calles en la defensa de los ideales en una gesta en la que varios terminaron presos o muertos para poder brindar una excusa que obligara al Gobierno a aceptar la salida electoral que sería negociada en una mesa, pero, mientras y con astucia, fue sacando de competencia a los rivales en su propia tolda que se habían negado a su postulación. El horizonte prometía la llegada a Palacio sin problemas.

«Bueno, Julián, te llegó el momento de montarte donde hay y asegurar la vejez. Yo no tengo la culpa de que la gente no piense bien las cosas». De pronto recordó las críticas en diarios y algunas entrevistas. «No joda, siempre dijimos que buscábamos elecciones, la gente no entiende que la política no es cosa de héroes sino de negocios», dejó escapar una sonrisa pícara.

Sonó el timbre del elevador y Julián salió de su meditación. Se chupó los dientes frente al espejo y se dirigió a la oficina de Realismo 21, donde fue recibido por una secretaria rubia, de piernas largas, medidas perfectas y una sonrisa de labios rojos.

—Señor Ramos, bienvenido, por favor espere mientras el señor Duchard lo atiende. Será cosa de cinco minutos mientras termina de preparar el salón de presentaciones.

—No se preocupe, mi linda, yo espero cinco minutos y por ti espero hasta diez —dijo Ramos en un tono pícaro que fue respondido con una desviación de mirada por parte de la chica.

Julián se sentó y mientras miraba a la secretaria y su minifalda, solo pensaba en lo tonta que podría ser al rechazar

a un político con una carrera exitosa y futuro presidente de la nación: «No importa, ya vendrán muchas». Había tenido varias y seguiría con otras, una distracción de la tensión nada más.

Al entrar, observó que la oficina blanca, de amplios pasillos, comenzó a parecerle opresiva a medida que los minutos pasaban y se le hacían eternos a Julián Ramos. De pronto, se abrió una puerta ancha y de ella salió un sujeto alto, de perfil europeo, con cabello castaño claro y modales finos.

—Bienvenido, doctor Ramos, permítame presentarme, soy Gaspar Duchard, presidente de Realismo 21, y decidí que personalmente le mostraría los resultados de su estudio, es un placer. Gracias por consentir en dejar a su escolta, nuestros métodos y resultados son confidenciales, lo que nos ha ganado un nombre como firma internacional.

—Caramba, señor Duchard, para mí es un gusto conocerlo y gozar de estas atenciones que, sin duda, implican resultados favorables.

—Sin duda, doctor Ramos. Por favor acompáñeme al salón VIP para la presentación, no creo que tome más de una hora. Mariel, puedes retirarte. Hasta mañana.

—Gracias, señor Duchard, que tenga feliz noche y hasta mañana —con un breve gesto la chica tomó su cartera y se retiró de la oficina.

Ambos caminaron por un largo pasillo blanco hasta llegar a un salón con puertas anchas y gruesas que daban paso a una estancia donde un mesón largo, sillas de piel y suelo alfombrado brindaban todas las comodidades necesarias para una presentación corporativa.

—Por favor, doctor, siéntese en este primer puesto frente a la pantalla, donde en instantes comenzará la presentación

de nuestro video. Es necesario recordarle que somos una empresa pionera en la nueva forma de mostrar resultados, hacemos que el cliente viva cada resultado a fin de brindar la mejor experiencia y canalizar mejor los mensajes.

—Por supuesto, por eso los contraté, no quiero nada con esos bagres de siempre, son unos vendidos que me ponen de malo ante el pueblo y necesito mostrar algo nuevo y pronto.

—Es necesario, doctor, que le ratifique que lo expresado en este video y nuestras acciones posteriores gozan de su pleno consentimiento, tal como lo manifestó al firmar el contrato de servicio.

—Sí, Duchard, tranquilo, mire, soy hombre de poco tiempo y realmente quisiera ver ya los resultados, tengo cosas que hacer.

—Está bien, nuestro estudio se basa en cuatro preguntas. La primera es: ¿Conoce usted al doctor Julián Ramos?

Las luces se apagaron y en la pantalla apareció una mujer de mediana edad, con cabello corto, ropa vieja y sin dos dientes que con cara de desprecio afirmó: «Claro que sí, ese coño'e madre es un ladrón».

Ramos sonrió ante el desparpajo de la mujer, era de esos políticos de piel gruesa a los que los insultos burdos le resbalaban.

La segunda persona era un joven de veintitantos que negó con la cabeza, mientras que el tercero era un hombre mayor que aseguró: «Ese es un corrupto, ya ni sé con qué partido está, va y viene como le conviene y miente todo el tiempo».

En esta tónica pasaron seis personas más para luego mostrar una gráfica donde se colocaba el resto de la muestra en la que la mayoría afirmó conocer a Julián Ramos.

—Como verá, doctor, su nombre no es desconocido; la evaluación positiva o negativa es otra cosa.

Ramos se arregló el saco disimulando su incomodidad ante el análisis de la encuestadora y las obvias reprobaciones que mostraban los entrevistados.

—Pasaremos a la siguiente pregunta: ¿Qué haría si tuviera al doctor Julián Ramos frente a frente?

Empezó a correr el video y el primer rostro afirmó: «No joda, ese diablo se merece unos latigazos».

En ese momento las luces se encendieron y Julián Ramos no supo de dónde salieron dos personas que lo levantaron, le quitaron el saco, la camisa y lo apoyaron frente al escritorio.

—¿Qué vaina es esta, Duchard? —preguntó Ramos entre forcejeos.

—Doctor Ramos —dijo Duchard sin ninguna alteración—, somos una firma que presenta los resultados con absoluto realismo y sin figuraciones.

—Coño, pero qué significa esta vaina, suéltanme...

Cuando iba a completar la frase, Ramos sintió el pulso hiriente de un látigo en su espalda y que arrancó, junto con su piel, un grito desgarrador:

—Malditos, coños de madre, no joda, me la van a pagar —dijo el político entre llantos que fueron interrumpidos por un segundo latigazo.

Mientras se cumplía con la muestra, Duchard paseaba por la oficina tomando una taza de café sin fijarse en el castigo ni sentirse aludido por los gritos de Ramos, que cesaron luego que diez latigazos marcaran su espalda.

—Trate de calmarse, doctor, ninguna herida es de cuidado extremo, las laceraciones se curarán, por favor siéntese para continuar la presentación.

Entre jadeos, Ramos dijo:

—No seas marico, a mí no me jodes.

El político se levantó y trató sin éxito de abrir la puerta hasta que el cansancio lo venció y lo llevó a sentarse mientras escuchaba a su anfitrión.

—Doctor Ramos, solo somos un servicio, usted nos contrató y cumplimos. ¿Qué clase de personas seríamos si no cumplimos con lo que pactamos, si no aplicamos la obediencia ante las necesidades de las personas? Usted firmó un acuerdo plenamente explicado, quizás con letras muy pequeñas, pero explicado, donde aceptó nuestros términos, incluido el curso final de la presentación, ergo, debe quedarse y mis buenos amigos acá —señaló a los dos hombres corpulentos que lo levantaron de la silla— están dispuestos a actuar si es necesario a fin de que podamos cumplir.

Julían supo que no tenía salida y se resignó a ver a la segunda persona que aparecía en pantalla diciendo: «Coño, no sé, yo le daría un poco'e coñazos pa' que respete al pueblo. Nos mandó a la calle, nos dejó solos y muchos terminamos torturados y muertos, eso no se hace».

La dinámica se repitió, los sujetos levantaron a Ramos, lo tiraron al piso y una lluvia de golpes y puntapiés cayeron sobre su espalda, abdomen, cara, piernas y brazos. Luego, ellos mismos lo sentaron.

El siguiente rostro fue el de una anciana que con dulzura y confianza dijo: «Ramos ha sido un tipo duro, pero es porque lo necesitamos así, con carrera y cuero fuerte; en el fondo es bueno, quiere al pueblo y yo solo tengo para él cosas buenas».

En cumplimiento de lo mostrado, los sujetos curaron las heridas del político que se debatía entre la neurosis y

el asombro. En su mente buscaba formas de escapar, pero estaba en un sitio con ventanas antirruído y encerrado. En algún punto, Julián Ramos empezó a rezar para que todo terminara pronto.

La siguiente encuestada era una señora en sus cuarenta que con lágrimas en los ojos gritaba su odio por los políticos del país y pedía a gritos que le partieran los dedos. El pánico se apoderó del político nuevamente, quien sintió una a una cómo sus extremidades eran destrozadas entre gritos de clemencia.

—Por favor, doctor Ramos, ya vamos a terminar.

En la pantalla del salón apareció el rostro del propio Duchard:

—Es difícil vivir afuera, doctor Ramos, me fui de Venezuela muy joven, dejé a mi familia, pero desde Europa apoyé las causas para llevar la libertad a mi país. Marché, manifesté e incluso voté por ustedes. Pensé que los políticos nos salvarían, vimos en su rostro, en Julián Ramos, a un líder que nos podría sacar del foso y por eso, cuando llamó a la calle, muchos acá salieron, dieron su vida, quedaron lesionados de por vida, creyeron en un país mejor que podía nacer con el trabajo de todos y con un liderazgo que valiera la pena. Una de esas personas fue Jennifer González Duchard, mi hermana, media hermana para ser exactos; pero igual era mi niña, una chica hermosa, con un futuro que terminó con una bomba lacrimógena en su cabeza el mismo día que ustedes anunciaron el fin de las protestas por el pacto con el Gobierno, donde aceptaban que era imposible el cambio total del sistema y nos traicionaron por unas elecciones sin condiciones donde todo sería hecho a espaldas de la gente, a beneficio de los mismos dirigentes de siempre.

Julián Ramos miró a Duchard, quien parecía haberse convertido en una estatua, no lo miraba, no reflejaba ninguna emoción visible mientras estaba a pocos metros y, aunque lo intentaba, de su boca no lograban salir palabras: lentamente comenzó a temblar mientras por sus piernas comenzó a correr un delicado río cálido de orina, sentía miedo.

—Mi sentencia para los traidores, señor Ramos, es la muerte; que retazos de su piel sean arrancados lentamente, que fierros candentes lo marquen y sufra minuto a minuto, pero, a veces los placeres más sencillos son mejores...

Sintió unos pasos a su lado y, cuando giró su cabeza, lo último que Julián Ramos pudo ver fue el cañón de una pistola frente a su cara.

Esta edición de

PREMIO DE CUENTO

POLICLÍNICA METROPOLITANA

PARA JÓVENES AUTORES

ha sido impresa

en los talleres de Podiprint.

Málaga, España.